

PEDAGOGÍA DE VINCULACIONES

APUNTES SOLO PARA EL IPK

JUNIO DE 2014

I. INTRODUCCIÓN

1. La triada pedagógica

En los dos primeros volúmenes de esta serie, nos hemos referido a la triada que constituye el núcleo del sistema pedagógico del P. Kentenich: la pedagogía del ideal, de vinculaciones y de alianza.

La pedagogía del ideal busca forjar un tipo de hombre que se guíe por los valores e ideales más altos. La pedagogía de vinculaciones alude a la capacidad y necesidad que tiene la persona humana de dar y recibir amor. Y la pedagogía de la alianza se refiere a que esta persona, que busca ideales y que está enraizada en una comunidad, tiene que llegar también a sumergirse en el mundo de los vínculos a las personas del orden sobrenatural.

Estas tres pedagogías son parte de un mismo proceso pedagógico. Existe entre ellas una constante interacción.

No considerar esta interacción puede llevar a se produzcan unilateralidades, de modo que, por ejemplo, se aplique la pedagogía del amor dejando en segundo o tercer plano la pedagogía del ideal. Esto se da, por ejemplo, cuando el educador cultiva casi en forma exclusiva el vínculo a los suyos, sin dar mayor importancia a mostrarles ideales que los enaltezcan, exijan y amplíen sus horizontes.

El educador podría también acentuar de tal modo la pedagogía de la alianza o de la vinculación a la Virgen María y a las personas del mundo sobrenatural, que se llegase a desvanecer la importancia que revisten los vínculos personales en el plano humano, cayendo de esta forma en una especie de sobrenaturalismo. Por otra parte, en caso contrario, se podría acentuar de tal forma los vínculos en el plano humano que pasen a un segundo plano los vínculos sobrenaturales.

2. Todo por, para y en el amor

La pedagogía del amor o de los vínculos ocupa en la tríada que hemos mencionado un lugar de primera importancia: es el nervio vital de todo el sistema.

El actuar del pedagogo está determinado por el objetivo que quiere lograr: ayudar a que los educandos alcancen la plena realización de sí mismos.

Tras todo objetivo pedagógico siempre subyace una concepción del hombre. En este caso, el hecho que el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios. Y Dios se revela, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, como un Dios que esencialmente es amor. También es verdad, es justicia, etc., pero, detrás de todas estas cualidades, está siempre el amor como lo determinante.

En esta perspectiva, el P. Kentenich aduce un principio que formula san Francisco de Sales: "Dios hace todo por amor, en el amor y para el amor". Él saca como consecuencia que por eso el amor debe llegar a ser también la ley fundamental de nuestra vida y de nuestra educación.

Sobre este fundamento se desarrolla la pedagogía de vinculaciones. El P. Kentenich lo explica en su *monografía "Mi filosofía de la educación"* del siguiente modo:

Schoenstatt saca de este principio fundamental, -el orden de ser determina el orden de actuar- consecuencias teológicas y filosóficas esenciales y las convierte en fundamento y núcleo central de su estilo de educación.

En una carta al P. Alex Menningen afirma:

Me contento, pues, con traer claramente a conciencia qué lugar ocupa el amor en nuestra educación. Desde allí se iluminan suficientemente para nuestros fines la peculiaridad propia y las dificultades de la pedagogía de amor. Así, pues, declaro lo siguiente: ***la pedagogía del amor toma en serio en todos los grados y en todas las direcciones la posición central y absolutamente descollante del amor en la plasmación cristiana de la vida.***

Y agrega en el mismo lugar una cita de la *Santificación de la Vida diaria*:

Así como el cuerpo ha sido creado para el alma, así ha sido creada el alma para el amor. Dios, que ha creado al hombre a su imagen y semejanza, quiere que, al igual que en él, también en el hombre todo suceda mediante el amor y para el amor. El amor del hombre a Dios tiene su origen, su progreso y su perfección en el amor eterno de Dios a los hombres" (*La santificación de la vida diaria*, 233).

La meta pedagógica es el amor. El actuar del pedagogo debe brotar y estar regido en todo por la ley fundamental del mundo: el amor. La meta

que este persigue, es enseñar, capacitar y acompañar a los suyos a que se abran al mundo del amor, que aprendan a amar y aspiren a la máxima realización de sí mismos en el amor a los hombres y a Dios.

El P. Kentenich usa a menudo como sinónimos la expresión “pedagogía del amor” y “pedagogía de vinculaciones”.

Entiende por vínculo un lazo de amor permanente, libre, lúcido y cargado de afecto. El acento está puesto en el carácter de permanencia.

Ese amor está llamado a despertar en el tú un amor en respuesta. De esta forma se genera una comunidad de amor, un vínculo recíproco de amor. En la medida que se expande este amor a otras personas, se crea una red de vínculos, en el lenguaje del P. Kentenich, un “organismo del vinculaciones”.

En este organismo de vinculaciones se dan los vínculos a personas, a lugares y a ideas. Se trata, en este caso, de un amor en el sentido lato de la palabra como, por ejemplo, cuando hablamos de “amor a la verdad”, que amamos un lugar o una cosa determinada, o que una idea o convicción capta todo nuestro ser. En cambio, el amor en sentido estricto, solo se refiere a personas, sea en el orden natural o sobrenatural.

La pedagogía de vinculaciones que aplica el educador quiere, por tanto, fomentar y formar la capacidad de comunión en el amor, de modo que la persona viva y se desarrolle plenamente en una poderosa red de vínculos personales, locales e ideales.

3. El pedagogo del amor

La ley fundamental del amor tiene que llegar a convertirse para el educador en la ley fundamental de vida y luego, en la ley fundamental de la educación. Un significativo pasaje, de la monografía del fundador de Schoenstatt que citamos, ahonda en lo que significa para el educador la primacía del amor:

No debería ser difícil sacar de ello, en particular, consecuencias para la vida personal y la actividad educadora.

En el primer caso, en la conducción de la propia vida, tiene inmutable validez el principio: lo que hago y dejo de hacer, lo que digo, lo que arriesgo, nace siempre primariamente de un movimiento de amor.

El educador que en su interior está enteramente compenetrado por la ley fundamental del mundo o que la ha convertido en su actitud fundamental, marcha por buen camino. En toda su actividad tiene siempre una clara meta ante sus ojos, aun en las situaciones más difíciles. Nunca llegará a convertirse en una caña que el viento agita hacia cualquier lado. Puede ser que múltiples motivos lo impulsen en su actividad de educador; puede ser que busque con ello asegurar su situación económica; puede ser que encuentre una alegría espontánea en el contacto con la juventud; puede ser que siga un impulso interior hacia la docencia ... Estos y otros motivos semejantes pueden estar vivos en él. Pero todos ellos, sin excepción, deben llegar a unirse en un doble amor: el amor a Dios y el amor a su imagen en los suyos. Este amor quiere y debe llegar a iluminar todo, debe traspasar y animar al educador desde la cabeza hasta la punta de los pies. Ha de ser un amor extraordinariamente personal, cálido, dispuesto al sacrificio y vigoroso.

El amor simplemente no sólo es el mayor poder en el cielo y en la tierra, sino que ha de ser visto y valorado como el gran poder creador en la educación. No en vano se escucha en el Movimiento de Schoenstatt *que educadores son hombres que aman y que nunca dejan de amar. Los verdaderos y auténticos educadores son genios del amor...*

Pero éste quiere ser *un amor que impulse a los hechos*. Así lo exige la segunda parte de la ley fundamental de la educación: *todo por medio del amor, es decir, a través de hechos de amor*.

A menudo el P. Kentenich cita a Don Bosco en este contexto, refiriéndose a lo que Don Bosco denomina en su testamento, al decir que su pedagogía es "hija del amor":

Si quieres que se te obedezca, debes lograr ser amado. Si quieres ser amado, entonces debes amar. Y esto solo no basta. Debes dar un paso más: vuestros educandos no sólo han de ser amados por vosotros sino que deben llegar a darse cuenta de ello. ¿Cómo ocurre esto? Debéis preguntárselo a vuestro corazón, él lo sabe.

II. LA PEDAGOGÍA DEL AMOR EN UN TIEMPO CARENTE DE AMOR

1. Una mirada a nuestra época

La acentuación de la pedagogía de vinculaciones o del amor, responde a la centralidad que tiene el amor en la concepción del hombre, creado a imagen y semejanza de un Dios que es amor. Pero, además, lo hacemos porque nuestra pedagogía quiere responder a una situación cultural que ha destruido sistemáticamente todos los vínculos queridos por Dios, que requiere fomentar en la persona misma y en sus relaciones los vínculos de amor.

La pedagogía de vinculaciones –explica el fundador de Schoenstatt– es una respuesta a la ausencia de vínculos, al desarraigo universal y a la pérdida de vinculación al nido que sufre el hombre actual. Todas éstas son desvinculaciones que constituyen el clima más fértil para la gestación y el desarrollo del hombre colectivista. La negación y el hacer caso omiso de vinculaciones hacen al hombre radicalmente falto de carácter, de alma y, por eso, de religión. (Terciado de Brasil, 1950)

En nuestros días se ha confirmado cada vez más la siguiente experiencia: quien en su vida, sobre todo en su infancia y años de desarrollo, ha tenido que sufrir gran carencia de amor y hambre de amor, normalmente permanece enfermo a lo largo de toda su vida en cuanto a su *capacidad de amar*.

Por eso, con razón se habla hoy en todas partes de *la dificultad, de la debilidad o de la incapacidad de contacto del hombre moderno*.

No es esta una enfermedad contagiosa de tipo corriente, sino que debemos catalogarla como *una tremenda epidemia que penetra en todas partes*, causando daño no sólo en las relaciones interpersonales sino también en el seno sacrosanto de la familia. Cuán a menudo hay que reconocer que los padres de hoy son ya hijos de padres que cuentan con una capacidad de amar perturbada. No hay que admirarse, entonces, cuando sus hijos, en lo más profundo de su ser ya no cuentan con el poder del amor sino, a menudo, tan sólo intentan torpes y conmovedores gestos de amor.

Lo que suele darse como fundamento de las mutaciones del individuo y comunidad en el tiempo actual, al ser examinado más de cerca, se revela como síntoma, es decir, como expresión y efecto

del mencionado bacilo. Esto se refiere, ante todo, a las crecientes tendencias de masificación que arrancan con violencia al hombre de su vinculación básica y elemental con Dios y con los hombres.

No cabe duda de que, en la medida en que desaparece el amor personal al tú personal humano y al tú divino, se “cosifica” y se instrumentaliza la relación natural - o al menos fundada en su ser - tanto respecto a los hombres como a Dios.

De este modo se abre camino al hombre masa sin alma, o sin interioridad, cansado de la libertad e incapaz de decidir, que puede ser movido de un lado a otro como una caña mecida por el viento de la opinión pública o por el látigo del dictador.

Aquí se encuentra también la raíz de la notable apatía moral, del desenfreno de los instintos, así como también de la exaltación del ídolo femenino que constatamos hoy en el mundo.

Allí donde la moral tiene sus raíces y su corona en un verdadero amor, o donde la vida instintiva es gobernada por el amor con una sabia y vigorosa disciplina, se está en camino de convertir al amor, ley fundamental del mundo, en la ley fundamental de la vida y de la educación, dando así al individuo y a la sociedad la impronta querida por Dios. (*Mi Filosofía de la Educación*)

La vitalidad de la Iglesia se salva cuando se supera en la pastoral y, en general, en la pedagogía de la fe, el impersonalismo. Recuérdese lo que plantea Benedicto XVI en su encíclica *Dios es Amor*:

No se llega a ser cristiano por el cultivo de las ideas o la propuesta de una moral; nuestra fe, antes que nada, es un encuentro personal, un acontecimiento. (*Cf DC n. 1*),

El amor apasionado al Señor y el amor a nuestros hermanos constituyen la esencia de nuestra vida de fe. La pregunta es cómo lograr generar ese amor.

¿Qué sucede hoy al respecto, tanto al interior de la Iglesia como a la educación en general? Sucede a menudo que aplicamos todas nuestras fuerzas para aclarar la recta doctrina, para explicar racionalmente cómo son y deben ser las cosas; se dan directrices, se establecen normas; se perfecciona la organización, se hacen campañas de evangelización, se conforman equipos, etc. y todo ello de algún modo debe hacerse, pero no es lo más importante.

*Para el educador actual, comenta el P. Kentenich, la pregunta principal sigue siendo la siguiente: ¿cómo podrá el hombre, que se ha convertido ya en una máquina, llegar a ser nuevamente un auténtico hombre, un verdadero cristiano? O sea: siendo así que todas las vinculaciones de su alma, todos sus lazos interiores están desgarrados o amenazados, cómo haremos que el hombre entre nuevamente en un sano organismo de vinculaciones, tanto a personas, a lugares, como a ideas? ¿Cómo podemos llegar a tener una pedagogía de vinculaciones adecuada para la época?*¹

Lo que está aquí en discusión es una importante pregunta dentro de esta temática: la pregunta por el tipo y grado de las vinculaciones personales.

¿Cómo aprende el hombre actual, cuya vida psíquica está tan tremendamente deshecha, a amar como corresponde a Dios y al prójimo? ¿Cómo aprende, sobre todo, a amar filialmente?

En circunstancias normales, estos sutiles procesos de vida se pasan rápidamente por alto. Se los deja cubiertos por un velo, se habla poco o nada al respecto. Pero la situación es distinta, muy distinta, cuando ese elevado bien está amenazado desde todos los flancos y sólo puede ser rescatado por un cálido entusiasmo, por una idea vista con claridad.² **Ya hace mucho que el amor es un huésped infrecuente en el mundo. (...)**

El déficit de amor hoy supera toda medida... Por eso, todas las preguntas de este tipo adquieren nuevo cariz e importancia. Son eternamente antiguas y, al mismo tiempo, extraordinariamente nuevas. (*Estudio 1949*)

La conclusión que saca el P. Kentenich es clara:

La total ausencia de vinculaciones debe ser subsanada por una plenitud de vinculaciones, vinculaciones firmes y entrañable. (Studie 1960)

2. Vigencia del diagnóstico del P. Kentenich

El P. Kentenich vivió en el siglo XX, caracterizado por dos terribles guerras mundiales. En la última etapa de su vida, en el tiempo de la guerra fría,

¹ Véase José Kentenich, *Una presentación de su pensamiento en textos. Eje Temático 4, Doctrina del organismo.*

² Véase al respecto *Estudio 1949*, 190s, en José Kentenich, una presentación de su pensamiento en textos, op. cit.

vivió en Estados Unidos en una época en que cobraba enorme fuerza el desarrollo tecnológico y el progreso económico en la cultura de occidente.

¿Es válido todavía el diagnóstico que hace el P. Kentenich?

Por cierto que ha habido cambios. Ya no existen las dictaduras del nazismo ni del marxismo. En occidente, hoy vivimos un sistema social, político y económico, donde mayormente impera la democracia. Los avances de la tecnología son admirables: nunca había experimentado el mundo las maravillas que hoy día podemos gozar.

Sin embargo, cabe la pregunta: ¿cuál es la realidad de los vínculos interpersonales hoy día? En el contexto de la enorme oferta de medios de comunicación social, ¿se da verdaderamente una mayor relación interpersonal? ¿Cuál es la calidad de los vínculos personales que hoy se vive?

Tal vez un buen termómetro para medirlo es la situación actual de la familia natural. No podemos extendernos aquí al respecto pero es fácil percibirlo; no se necesita mayores encuestas para ver la realidad. Otro termómetro para medir la calidad de los vínculos personales podría darlo la observación del mundo del trabajo y de los negocios.

Otra señal podría darla una encuesta a los psicólogos y psiquiatras en nuestro tiempo.

Como nunca estamos comunicados. *Internet, Facebook, Twitter, etc. etc.*, permiten una extraordinaria comunicación virtual, ¿A qué altura se sitúa la comunicación personal?

No cabe duda que existe también hoy una reacción positiva, que añora y busca otra manera de vivir más “humana”, más feliz.

¿Cuál es la situación si planteamos esta pregunta a otro nivel, el de la relación con el Dios vivo? Lo que se observa en este sentido es justamente la ausencia de Dios en nuestra cultura: las culturas del pasado tenían un sentido de Dios; en el ser se daba incluso una actitud atea militante. Hoy ya no es necesario, no nos importa si Dios existe o no. El vínculo de amor filial a Dios simplemente se ha esfumado.

Una vez más, gracias a Dios, existen reacciones. Pero, vistas en la globalidad aún son débiles. Para muchos la búsqueda de la trascendencia termina en un dios fuerza universal, impersonal, que no conoce la calidez ni el amor de un dios personal.

Se podría también recoger variados ejemplos al respecto. Pero, ¿qué es lo que predomina?

Pensamos que el diagnóstico que da el P. Kentenich en relación a la necesidad de una pedagogía del amor hoy es más actual que nunca.

3. Un ser ligado a un nido

La propuesta de una pedagogía de vinculaciones está cargada de esperanza. Si el instinto de dar y recibir amor y el instinto de trascendencia están profundamente arraigados en la naturaleza del ser humano, por más grandes que sean los daños que sufren en nuestra cultura, ciertamente que nunca podrán ser acallados.

De aquí la importancia que reviste la pedagogía de vinculaciones. El fundador de Schoenstatt recoge, en este contexto, una imagen propuesta por el pedagogo Pestalozzi: la de la telaraña. La araña teje lazos uniéndolos en una malla unos a otros. Ahí crece, se alimenta y se desarrolla. Si la tormenta destruye parte de esa telaraña, luego la reconstruirá.

Pongamos primero un fundamento donde apoyar nuestras reflexiones, explica el P. Kentenich. Lo mejor será acudir a la imagen de la telaraña propuesta por Pestalozzi.³ Con esta imagen Pestalozzi nos quiere decir que el hombre es un ser ligado a un nido. Es algo que está en la esencia de su condición de creatura. Dios mismo (por decirlo así) es un ser ligado a un nido, no por debilidad, sino por plenitud de vida; porque Dios es Trinidad, tres personas. De ello pueden inferir cuán hondamente anclado debe estar en el hombre el instinto social, dado que el ser humano es imagen del Dios Trino.

El hombre tiene que estar arraigado en un organismo de vinculaciones. El hombre será sano en la medida en que esté integrado a un organismo de vinculaciones (trátase tanto de un organismo de vinculaciones en el plano natural como en el sobrenatural, y de su interrelación). Decíamos pues que Pestalozzi compara al hombre con una araña que teje su tela y descansa en el centro de la misma. La araña teje su tela por sí misma, cuánto

³ Heinrich Pestalozzi, *Wie Gertrud ihre Kinder lehrt (Cómo Gertrudis enseña a sus niños)* (1801), Baden-Baden, 1947, p. 72.

quiere y cómo quiere. El hombre no es tan independiente. (*Que surja el Hombre Nuevo*, 1951)

Es cierto que el hombre no es tan independiente: cuando viene a este mundo necesita de los padres y luego de los educadores. Con su ayuda será capaz de desarrollar una personalidad que le permita no sólo vencer los embates del tiempo sino convertirse él mismo en constructor de fuertes telarañas para muchos.

III. FUNDAMENTO DE LA PEDAGOGÍA DE VINCULACIONES

1. La fuerza unitiva y asemejadora del amor

Adentrarse en la naturaleza del amor nos permite comprender mejor la fecundidad y eficacia de la pedagogía de las vinculaciones.

Como educadores buscamos medios que nos conduzcan al objetivo pedagógico que queremos alcanzar. Quien quiera poner en práctica una pedagogía de las vinculaciones, debe conocer la enorme riqueza que entraña todo amor noble.

El amor posee una extraordinaria fuerza

- *unitiva*
- *asemejadora*
- *creadora*

Una fuerza “unitiva”, porque une a las personas que se aman. **Una fuerza “asemejadora”**, porque implica un mutuo intercambio de vida y de intereses. y busca agradar a quienes se ama.

Esto hace que el amor represente una extraordinaria fuerza **“creadora”**: la unión y el intercambio de vida da alas, despierta la creatividad y la iniciativa en quienes aman.

El educador conoce esta potencialidad del amor y la aplica conscientemente en su quehacer pedagógico.

En su curso sobre *Pedagogía Mariana* (1934), el P. Kentenich se explaya al respecto.

Ciertamente vale la pena detenerse en este lugar y preguntarse: ¿qué efecto tiene la vinculación orgánica, personal? Permítanme que se lo diga con una expresión técnica: tiene un efecto singularmente creador, ya que **el amor es el principio más**

creador en la naturale.⁴ Pueden preguntar a todos los que lo hayan experimentado por vez primera, al haber alcanzado una vinculación profundamente íntima con Dios, [y les dirán] cómo se despierta todo un mundo, un ritmo de vida, y ello en un lapso muy breve de tiempo. Por otro camino hubiesen sido necesarias, tal vez, varias décadas para que esa fuerza creadora de la vinculación alcanzara sus efectos.

¿Quieren escuchar otra expresión de lo mismo? Lamento tener que decir todo esto tan rápido. Queremos ver la personalidad como principio de educación. Podemos decirlo del siguiente modo: **la fuerza creadora de la vinculación reside en una profunda y singular transmisión, comunicación de vida.** Quiero exponérselo en términos científicos con un par de rápidos trazos, dando la respuesta en el sentido de la filosofía antigua, de la filosofía moderna y del pensar y sentir de la gente sencilla.⁵

En el sentido de la filosofía antigua. He señalado que la vinculación -o, dicho de otro modo, el amor, el simple quererse-, abarca dos fuerzas: **una fuerza unitiva y una fuerza asemejadora.** Son sólo expresiones diferentes para designar la transmisión de vida. Lo mejor será que estudien estas cosas en la vida práctica. Aquí expresamos sólo de manera científica lo que en la vida se encuentra como fenómeno originario.

Debo agregar, a propósito de la fuerza unitiva, que se trata de una fuerza unitiva orgánica, no mecánica, ya que esta es la herejía del tiempo actual, como también la de aquellos que se apasionan por el hombre y no se ven atraídos hacia Dios.

¡Qué profunda es esta fuerza unitiva en el ser humano! Es estar profundamente uno en el otro, en lugar de uno contra otro: yo en ti, tú en mí, y ambos uno en el otro. Así es como la vida nos muestra los actos de amor. Y este estar uno en el otro es tan fuerte que podemos hablar de una conciencia de identidad: yo en ti, tú en mí, y ambos uno en el otro.

Si aplican lo dicho a Dios, entenderán mejor muchas cosas de la teología dogmática. ¿Qué es lo que podemos y debemos realizar ya ahora, pero sobre todo en la *visio beata*⁶? Podemos participar de la

⁴ En la naturaleza del ser humano.

⁵ El P. Kantenich, en su actuar, consulta con frecuencia estas tres fuentes de conocimiento.

⁶ Visión beatífica (de Dios) en el cielo.

vida de Dios. Yo en ti y tú en mí. Y todo aquello que ven en la teología dogmática acontece de acuerdo a las leyes psicológicas del amor. Por esa razón, hay que ver estas cosas en la vida práctica de cada día.

Pero no sólo se da una fuerza unitiva, sino también una fuerza asemejadora: *idem velle et idem nolle*⁷, armonía de los corazones, de las inclinaciones. Ya los antiguos filósofos vieron esta realidad. Y la misma llega tan lejos que, en su forma extrema, uno se torna, sin quererlo, semejante a la persona amada hasta lo último. Esto es comunicación de vida.

¿Qué significa para nosotros que, en el tiempo actual, vuelvan a actuar con más fuerza estos fenómenos originarios de la vinculación orgánica personal? **Como educadores, si es que realmente lo somos, debemos crear un vínculo entre los que nos están confiados y nuestra persona, porque sabemos que el sentido profundo de esa vinculación a nosotros, según la quiere Dios, es la comunicación de vida. Primeramente debemos comunicar nuestra propia vida. La otra persona recibe mi vida, lo quiera o no. Esta es la psicología de la vinculación, este es el principio creador.**

¿Quieren escuchar la misma idea *en el sentido de la filosofía moderna*? Es sólo una descripción diferente. Si expresamos de forma psicológica moderna lo que dijeron ya los antiguos, alcanzaremos mejor el objetivo.⁸ Los modernos están muy orgullosos de lo que han descubierto, pero los antiguos ya lo sabían. Está bien, sin embargo, que experimentemos la alegría de los descubridores.

Según los modernos, son dos los efectos del amor, de la vinculación: **en primer término, se sacia mi necesidad de cobijamiento; es lo que los antiguos llamaban efecto unitivo.**

En segundo término, por medio de esa vinculación asumo la actitud de la persona amada no sólo de forma intelectual, sino también instintiva.

⁷ Querer y no querer lo mismo.

⁸ Véase Dionisio Areopagita: *De divinis nominibus*, c. 4 (PG 3, 709, 713): “*Amor est vis unitiva et concretiva*” (el amor es una fuerza unitiva y fusionante). También en la página 114 de su *Educación mariana*, el P. Kertenich hace referencia a los “antiguos”: “Podrán tener en claro la psicología del amor y de la vinculación. El amor posee una singular fuerza unitiva y asemejadora. Ya lo sabían los antiguos filósofos, a ejemplo de Aristóteles”.

Quiero subrayar especialmente la expresión “instintiva”. Esto es lo más importante hoy en día, en un tiempo en que procuramos encontrar el camino de lo individual a lo existencial. Esto es lo grande de nuestro tiempo: que **no nos quedamos detenidos en la cabeza, sino que debe darse satisfacción también al corazón, a los instintos.** Y esto es de una importancia particularmente grande cuando, como educador, soy una personalidad perfilada.

El camino normal para alcanzar el objetivo son sobre todo los padres, maestros y sacerdotes buenos y santos. Este es el camino normal, pensando directamente en nosotros. Y si no se nos permite más utilizar los medios de segundo orden, o sea, la vida de las asociaciones, etc., no debemos lamentarnos⁹ aunque sí luchar, mientras podamos hacerlo. Pero debemos dar importancia a suplir en nuestras personas lo que hemos debido abandonar al dejar los medios de segundo orden. **La personalidad es el principio primordial de toda la educación.**

¿Queremos escuchar de nuevo la misma idea? ¿Cómo lo expresa el pueblo sencillo? ¿Por qué medios alcanzaban nuestros padres el efecto que producían? **Por el poder del buen ejemplo.** Así pensaron y así actuaron. Queremos decirlo siempre con sencillez. Nos sorprendemos de lo sencillo que es todo esto, y nos sorprendemos de poder expresarlo de forma erudita.¹⁰ (*Educación mariana*, 1934)

Ciertamente el mayor factor pedagógico es la propia persona del educador. Si logra establecer y cultivar un estrecho vínculo con los suyos, se producirá la transmisión de vida y actuará la ley del alejamiento que genera el verdadero amor. Si su mundo personal es rico transmitirá riqueza. Si su mundo personal es pobre, los frutos de su pedagogía serán también pobres.

1.2. Cultivo de los vínculos personales sin temor

Afirmábamos anteriormente que la pedagogía de vinculaciones busca superar una visión en la cual el educador es más bien visto como una persona “objetiva”, que transmite una enseñanza sin que comprometa en ello su corazón..

⁹ Se hace aquí referencia a la política restrictiva del nacionalsocialismo.

¹⁰ La “ley de transferencia y traspaso orgánicos” será objeto de más extenso tratamiento en *José Kentenich, su pensamiento en textos, Eje Temático 4, Doctrina del organismo.*

En otros casos, trabas interiores del educador hacen que, al sentirse inseguro ante sus propias emociones, se inhibe y asume “un rol de profesor”, que guarda distancia e incluso frialdad frente a los suyos.

La no acentuación del carácter cercano y personal del educador, lo atribuía también el P. Kentenich a la influencia que ejercía, especialmente en Centroeuropa, el protestantismo. Este abogaba por la “inmediatez” de Dios, que descartaba las “mediaciones” o los intermediarios entre la persona y Dios: el Papa, los sacerdotes, los santos, la Virgen María y los sacramentos. Bastaba la Biblia, ya que todo lo humano estaba contaminado por el pecado original y personal.

Una determinada espiritualidad y ascética, que acentuaba unilateralmente el “*Soli Deo*”, imprimía al proceso pedagógico un carácter impersonal: solo Dios basta. O como dice una conocida canción “No miréis a nadie más que a él (a Cristo)...No confiéis en nadie más que en él...”

Explica el fundador de Schoenstatt:

El pensar mecanicista actual no sabe manejarse con esa ley (de la transferencia y traspaso orgánico). También hay hombres religiosos que creen que, si quieren servir a Dios, tendrían que negar por completo todo lo humano, también las vinculaciones a la propia sangre en el orden natural.

¡Cuántas deformaciones hay en el tiempo actual, cuántos católicos quieren ser exageradamente espirituales! El hombre unilateralmente espiritual se hunde mañana o pasado mañana en la más baja sensualidad.

Queremos llevarnos con nosotros estas verdades y estudiarlas cuidadosamente. Estas cosas no han sido “sacadas de la manga”. Detrás de ellas se encuentra la experiencia pedagógica de unos cuarenta años.

Nuestra pedagogía actual y nosotros mismos sufrimos del pensar mecanicista. ***Si quieren hacer una medición de la salud, háganla en base al tipo y el grado del organismo de vinculaciones.***

¡Cuántos estetas esclavos de la forma hay, cuántos ministros de la liturgia esclavos de la forma! Del mismo modo como hay algunas personas que se aferran hoy en día a las formas porque no logran vincularse sanamente a una persona. ¿De dónde proviene esto?

Nietzsche nos ha advertido que ya no hay más tierras de niños porque no hay más tierras de padres y de madres. Es decir: **nos**

encontramos con toda una cantidad de enfermedades psíquicas porque no tenemos suficiente vinculación a personas y a lugares.

Supongan, por ejemplo, que un educando está apasionadamente apegado a su educador, de modo que ese apego se ha tornado en una fijación compulsiva. ¿Qué debo hacer? Bajo cuerda, procurar que cobren vida las otras vinculaciones: vinculaciones a lugares y a ideas.

Los dictadores quieren lograr que el hombre actual, que de todos modos está en peligro de desvincularse del nido, esté completamente desvinculado de él. Nosotros, en cambio, queremos acoger a muchos en el nido -habrán escuchado la frase sobre el arca- a fin de inmunizarlos de ese modo frente al espíritu de la época. Con ello comprenderemos un poco qué hay que entender por pedagogía de vinculaciones. (Texto tomado de: *Pedagogía para el educador católico, 1950*).

Es interesante recordar en este contexto las palabras que dirige el P. Kentenich a los alumnos cuando asume el cargo de director espiritual en 1912:

Y ahora me han nombrado director espiritual sin que haya hecho absolutamente nada para ello. En consecuencia debe ser voluntad de Dios. Por eso, acojo esta voluntad, firmemente decidido a cumplir del modo más perfecto, mis deberes para con todos y cada uno de ustedes. Me pongo, por lo tanto, enteramente a su disposición, con todo lo que soy y tengo; con mi saber y mi ignorancia, con mi poder y mi impotencia, *pero, por sobre todo, les pertenece mi corazón.*

2. La ley de la transferencia y traspaso orgánico

2.1. Explicación de la ley

A lo expuesto en el punto anterior, el P. Kentenich agrega otra consideración que reviste gran importancia. Nos referimos a lo que él denomina “ley de la transferencia y traspaso orgánico”.

Para comprenderla debe tenerse en cuenta que él apunta a restaurar no solo la red de vínculos en el plano humano sino también en el plano del orden sobrenatural.

Por otra parte, debe también tenerse en cuenta que para él los vínculos de amor en el orden natural tienen que llegar a ser un camino para establecer vínculos profundos de amor con las personas del orden sobrenatural.

Se trata de que los vínculos profundos y permanentes que cultiva la pedagogía del amor deben fluir hacia el tú definitivo de Dios y no quedarse atrapados, por así decirlo, en el nivel de las relaciones interpersonales humanas.

Muchos educadores desconocen la trascendencia, es decir, no ven su persona en dependencia de Dios. Para ellos en la práctica existe solo el mundo de las relaciones interpersonales a nivel humano: Dios no cuenta mayormente en el proceso educativo.

Por otra parte, además, previene que el educador no “acapare” para sí mismo el afecto y dependencia de los suyos, sin que los conduzcan a que se vinculen estrechamente al Dios vivo.

Esta ley de la transferencia y traspaso orgánico reviste especial importancia en la perspectiva de la educación de la fe: cómo lograr que el hombre actual llegue a establecer un vínculo filial, profundo y cálido, con Dios Padre en Cristo Jesús.

Dios llega a nosotros a través de las criaturas (a través de los padres y educadores) y, a su vez, las criaturas (los educandos) llegan a Dios a través de éste (del educador).

Las criaturas son imágenes (de Dios), camino (que nos conducen a él) y garantía de nuestro amor a Dios (si se ama a las criaturas, ese amor testimonia que amamos a Dios: “si no amas a quien ves, no digas que amas a quien no ves”, (Cf. 1 Jn 4, 20).

El Dios creador y redentor *transfiere* a las criaturas parte de sus perfecciones, de su poder, de su amor, de su sabiduría, etc. Por eso las criaturas pasan a ser imagen suya y un camino para llegar a él, para conocerlo y amarlo.

Por otra parte, el Dios providente, como lo formulaba la filosofía escolástica, gobierna el mundo a través de causas segundas libres, es decir, hace de los hombres instrumentos que libremente cooperan en su obra. Es decir, estas no son solo una “imagen fotográfica” del Dios creador y redentor, sino que son una “imagen video-gráfica”, dinámica de Dios.

El educador “transparenta” en su persona o hace cercanas las cualidades de Dios (su amor, su sabiduría, su cuidado, etc.) para los suyos y, al

mismo tiempo, es un instrumento vivo de la Providencia divina, del Dios que nos educa y conduce.

Un caso ejemplar del proceder de Dios lo constituyen los padres. Dios les participa –transfiere- su amor creador, su capacidad de engendrar vida, el poder de su amor, etc. a ellos. Por eso estos están llamados a ser reflejos y “transparentes” del Dios Creador para los hijos. Esta es la base doctrinal del cuarto mandamiento: “Honrarás a tu padre y a tu madre”.

Así como Dios transfiere parte de sus cualidades a los padres, también los hijos transfieren a sus padres el amor y obediencia que de suyo le deben a Dios.

La ley mencionada comprende una segunda parte: los padres están llamados a *traspasar* el amor y obediencia que le entregan sus hijos a Dios, justamente porque ellos lo reciben como representantes suyos.

Esto que vale para los padres de familia como caso ejemplar, vale análogamente para los educadores. Dios les transfiere a ellos el encargo de educar en su nombre. Dios transfiere sus cualidades y perfecciones a los educadores; entrega su amor en el amor que estos prodigan a sus educandos.

De esta forma son también “transparentes o representantes” de Dios, pero no son sustitutos suyos (no se “endiosan” a sí mismos, centrando todo en su persona).

Acogen, en cambio, con gratitud y responsabilidad, el amor y docilidad que se les brinda, y buscan conducir o traspasar ese amor a quien en definitiva pertenece, al Dios vivo.

Debe tenerse en cuenta, por cierto, que en este proceso el educador no deja de amar y ser amado por los suyos, sino que lleva consigo ese amor, sumergiéndolo en el Dios Uno y Trino, poniéndose él mismo en un segundo plano.

Al mismo tiempo, de parte del educando, se debe dar un proceso de maduración del amor que profesa al educador. Normalmente los educandos, en una primera etapa, se apegan con un afecto de cuño primitivo al educador, hasta llegar vincularse a éste con un amor maduro.

Transcribimos algunos pasajes donde el P. Kentenich explica este proceso:

Hay todavía una segunda ley que opera en la vinculación orgánica: la ley de transferencia y traspaso orgánicos. Escúchenlo una y otra vez: ¡orgánicos!

Veán el gran plan salvífico de Dios. Dios quiere tenernos para sí, y esto no debemos cuestionarlo. Él nos quiere tener de manera absoluta, con todas las fibras de nuestro ser y con cada uno de nuestros instintos: el instinto filial, el paternal, el maternal, el de hermana y hermano, el esponsal. Dios, mi todo. **Dios quiere que todos los instintos de amor estén vinculados a él hasta en sus últimas ramificaciones.** ¿Y qué significa aquí la ley de traspaso? No debo dejar que las personas se queden detenidas en mí: debo velar para que continúen su crecimiento más allá de mi persona y se adentren y arraiguen en el corazón de Dios. Por eso es tan importante distinguir entre sucedáneo de Dios y representante de Dios.

El dirigente no debe ser un sucedáneo de Dios, sino un representante de Dios. No debo dejar que las personas se queden detenidas en mí.

Permítanme que lo exprese de nuevo de forma más simple. Dios es un sabio psicólogo y ha construido el organismo íntegro del mundo. Entonces, deja caer una cuerda. Desea vincularnos con lazos humanos. A pesar de ser espíritu, Dios es muy humano y razonable. Desea atraer a los hombres con lazos humanos.¹¹

Por eso mismo quiere que podamos vincularnos con amor de hijos, de padres y de esposos. Pero tira de la cuerda hacia arriba y no descansa hasta que todo haya llegado a estar vinculado con él. El núcleo del asunto es siempre el atributo de *orgánico*. La ley de traspaso y ampliación es siempre la ley de ampliación y traspaso orgánicos. Pero no deben decir “lo haremos del siguiente modo: he querido a alguien durante ocho meses y seis días; ahora debe funcionar la ley de traspaso: ¡adiós! (*Educación mariana, 1934*)

2.2. Tareas para el educador

Si se compara la realidad en el mundo educacional en el tiempo en que el P. Kentenich expresa sus aprehensiones respecto al comportamiento del educador, habría que decir que hoy día quizás no es tan relevante el

¹¹ Véase Os 11, 4.

asumir el rol del profesor “objetivo” que se limita a enseñar y a mostrar el camino, sin que ponga en ello su corazón. Sin embargo, este es siempre un peligro latente. No es extraño que educadores acentúen, sobre todo en el ámbito de las comunidades religiosas, las formas y las normas. Muchas personas que detectan autoridad, a menudo lo hacen, no raras veces, encubriendo con ello una inseguridad personal.

Si antes estaba más presente el peligro de la distancia y frialdad en las relaciones personales, habría que decir que hoy estamos casi en el otro extremo: entre educador y educandos se da un trato más propio de un compañerismo que de una relación de educador educando, donde predomina el carácter paterno materno del educador.

Cercanía y calidez del afecto no significa promiscuidad. El educador debe estar muy consciente y ser dueño de sí mismo a fin de que no se produzcan desviaciones.

Los vínculos afectivos entrañan peligros, que deben tomarse en cuenta. Todas las cosas entrañan peligros. Decía Santo Tomás de Aquino: “No porque sea peligroso cabalgar vamos a dejar de cabalgar”. La afectividad debe ser encauzada e iluminada por la razón. En este proceso la voluntad también juega un rol importante. Se requiere que el educador sea dueño de sí mismo y sea consecuente con la forma de amor que entrega, en este caso, un amor de carácter marcadamente paterno/materno.

El vínculo afectivo puede sufrir desviaciones, como todo amor humano. El educador podría ser víctima de un impulso instintivo–sexual no controlado. El P. Kentenich recoge, en este sentido, de la sabiduría de la ascética tradicional, lo que se denominaba la “*regula tactus*”.

Es decir, la norma que aconsejaba guardar una distancia corporal entre el educador y los suyos, absteniéndose de las caricias sensibles. El amor humano está herido y con facilidad puede desviarse si no se guarda las debidas precauciones. El peligro existe y el educador debe tener en cuenta esta realidad. Incluso, explica el P. Kentenich, personas que se inhiben ante toda muestra (sana) de cariño, muchas veces terminan cayendo en la más crasa sexualidad: *corruptio optimis pesima*, la peor corrupción es la de los más eximios, rezaba un antiguo adagio.

Un mero compañerismo no produce los frutos esperados. La pedagogía de vinculaciones es extraordinariamente exigente para el educador. La autoformación que impone al educador es significativamente alta. Si el educador está llamado a ser transparente del Dios vivo, del Buen Pastor,

para los suyos, entonces tiene que darse en él un profundo proceso de conversión, de despojo del hombre viejo.

Si este proceso no se da o si se da en forma deficiente, no podría ser un ejemplo para los suyos. Representará para ellos, más bien, una deformación de su imagen. No será un camino sino una desviación del camino. Así como Cristo Jesús, Buen Pastor, es el rostro vivo de Dios Padre, así también él está llamado a serlo para los suyos.

Además, tiene que estar hondamente anclado en Dios, a través de una profunda vida de oración, de sintonía con su voluntad, de búsqueda constante de sus designios. La superficialidad, el descuido de la vida interior, el activismo y mundanismo, obstaculizan su carácter de intermediario entre Dios y las personas que tiene a su cargo.

Crear vínculos requiere desprendimiento de todo egocentrismo, para entregarse desinteresadamente al servicio de quienes están a su cuidado pastoral, o cual no sucede sin una alta cuota de abnegación, heroísmo y desprendimiento. Está llamado a dar y recibir amor y a veces es más difícil recibir que dar amor. Un arte que tiene que aprender.

En este sentido, el P. Kentenich precave de acelerar demasiado el traspaso hacia el vínculo con Dios. Es normal que, en una primera etapa del proceso educativo, los educandos se apeguen con un amor primitivo al educador. Por su ejemplo, por sus palabras y los ideales que anuncia, etc., todo ello irá fomentando la maduración de ese amor que les entrega. Si lo retiene para sí mismo y no lo conduce orgánicamente hacia lo alto, aborta el proceso pedagógico sano.

El educador tiene que hacerse, dice el P. Kentenich, “dispensable” y no convertirse en “indispensable”, de modo que todo debiera girar en torno a su persona. Traspasar a Dios el afecto que recibe demanda despojo del propio ego.

Nos permitimos recordar en este contexto las dificultades y reparos que sufrió el fundador de Schoenstatt con ocasión de la visitación canónica a su Obra, que dispuso la diócesis de Tréveris en 1948.

Las dificultades giraban en gran parte justamente en torno a esta problemática. No se podía comprender ni aceptar el lazo afectivo paterno-filial que existía entre el P. Kentenich y las Hermanas de María. Esa relación padecía, según el visitador, de un “infantilismo” y de un “culto a la persona”. A su juicio, el afecto filial y entrega de los suyos podrían ser obstáculos para una entrega más directa y objetiva al Señor Jesús. De allí

la decisión de separar al P. Kentenich de su Obra y enviarlo al exilio en Milwaukee, donde debió pasar 13 largos años.

El fundador respondió al visitador con una larga carta, que puso sobre el altar del santuario de Bellavista, Chile, recién bendecido. En esa ocasión pronunció una breve alocución. Las palabras que expresa al concluir, ilustran claramente el núcleo del problema que tocamos:

La Santísima Virgen nos ha regalado el uno al otro. Queremos permanecer recíprocamente fieles: el uno en el otro, con el otro, para el otro, en el corazón de Dios. Si no nos reencontrásemos allí, sería algo terrible. Allí debemos volver a encontrarnos. No deben pensar: vamos hacia Dios, por eso debemos separarnos. Yo no quiero ser simplemente un señalizador en la ruta. ¡No! ¡Vamos el uno con el otro! Y esto por toda la eternidad. Cuán errado sería ser sólo señalizador en el camino. Estamos el uno junto al otro para encendernos mutuamente. Nos pertenecemos el uno al otro ahora y en la eternidad; también en la eternidad estaremos el uno en el otro. ¡Es éste el eterno habitar del uno en el otro propio del amor! Y entonces, permaneciendo el uno en el otro y con el otro, contemplaremos a nuestra querida Madre y a la Santísima Trinidad.¹²

¹² Sobre la temática del amor véase el Anexo I, donde se encuentra una cita del libro "*Santidad de la vida diaria*", publicado por Editorial Schoenstatt.

IV. DIMENSIONES DE LA PEDAGOGÍA DE VINCULACIONES

Como fue señalado anteriormente, la pedagogía de vinculaciones abarca cinco dimensiones. A saber, los vínculos a **personas**, a **cosas**, a **lugares** y a **ideas**, a las cuales se agrega la pedagogía de la alianza, que trata de la vinculación a María y a través de ella, a las personas del mundo sobrenatural. Esta última dimensión la trataremos en un texto posterior.

1. Pedagogía de la vinculación a las personas en general

La pedagogía de vinculaciones, como pedagogía del amor, se ocupa en primer lugar de la vinculación entre el educador y los educandos y de la pedagogía comunitaria, es decir, del trabajo pedagógico a través de pequeñas células. Trataremos el primer punto bajo el título: el “amor pedagógico”

1.1. El amor pedagógico

El núcleo de la pedagogía kentenijiana se concentra en el cultivo del vínculo que establece el educador (padres, profesores, evangelizadores, agentes pastorales, etc.) con los suyos. Normalmente es esta vinculación la que introduce a los educandos en el resto de los vínculos a través de los cuales irán desarrollando su personalidad.

En el primer libro de esta serie de Pedagogía kentenijiana, xx tratamos ampliamente el ethos del educador. Por eso nos ahorramos aquí mayores reflexiones al respecto. De uno u otro modo en el texto actual ya nos hemos referido a este tema. Sin embargo, queremos citar algunos pasajes del P. Kentenich a modo de resumen y también de complementación de algunos aspectos.

Un primer texto nos sitúa en la recta perspectiva para adentrarnos en la riqueza que entraña **la pedagogía del amor**:

Es parte de la naturaleza del ser humano tender, desde su interioridad, hacia la vinculación a personas. La época actual desconoce esa tendencia, sólo sabe de masificación pero no de una vinculación a personas tal como Dios lo quiere. Recuerden, por favor, que el hombre está estructurado de tal manera que sólo halla su plenitud en la entrega a una persona; sólo se plenifica en la entrega a un tú personal.

Dios ha previsto que, de acuerdo con la ley de la transferencia, los seres humanos no sólo se vinculen a él, sino también a sus representantes.¹³

Vinculación a personas... Hemos presentado toda una psicología¹⁴ de las vinculaciones. ¿Quién habrá de enseñarla, transmitirla convincentemente? ¿Están tan familiarizados con ella como para dar respuesta a todo lo que se les pregunte al respecto? Reconozcamos con gratitud y proclamemos al mundo los tesoros que Dios nos regaló, que la Santísima Virgen nos obsequió.¹⁵ Esforcémonos por esa vinculación personal, por una cierta “pedagogía personal”.

Si lo examinan con cuidado, verán que Don Bosco tuvo una visión cabal de la vinculación personal. Quería formar personas vinculadas a Dios, pero también a una persona humana. Estaba convencido de que entonces seríamos verdaderos educadores y poseeríamos el método pedagógico cabal.

Los educadores son personas que aman y jamás dejan de amar. Quizás yo sea una persona de gran intelectualidad y vida interior, al punto de asombrar al mundo, pero **sólo educaré a otros en la medida en que realmente ame a los que me fueron confiados y esté dispuesto, por amor, a brindarme a ellos.** Procuremos siempre formar tales personas, cultivar tales vinculaciones personales. (*Semana de Octubre de 1946*)

En la *Semana de Octubre de 1951*, el P. Kentenich desarrolla más ampliamente su pensamiento sobre el “amor pedagógico”. Las reflexiones siguientes se basan en este texto. Se trata de la calidad que debe poseer el amor que entrega el educador, a fin de que ese amor logre despertar una respuesta de amor de parte del educando.

Si esto se logra, entonces se establece entre ambos una auténtica transmisión de vida. Y en esa transmisión de vida el educando recibe el impulso para crecer: la fuerza “unitiva”, “asemejadora” y “creadora” del verdadero amor, genera un dinamismo extraordinario de cambio y

¹³ Una y otra vez la relación con lo divino. En Kentenich no hay modo de contemplar las cosas que no sea a la vez religioso, aún cuando acentúe mucho el valor específico de la vinculación a la creación.

¹⁴ En todo esto se trata de psicología. Pero de una psicología fundada en una filosofía y una teología.

¹⁵ Sobre todo en la época posterior a 1945, Kentenich expresó a menudo el deseo de que se estudiase su fundación y su pensamiento. Véase Herbert King, *Wissenschaftliche Erarbeitung der geistigen Welt Pater Kentenich (Elaboración científica del mundo espiritual del P. Kentenich)*, en: *Regnum* 28 (1994), 72 - 80.

crecimiento. El educando abre su corazón y se motiva por el ejemplo vivo de la visión, de las virtudes e ideales que representa el educador.

Con ello se supera el “impersonalismo” que a menudo se da en el campo de la educación, donde el educador se limita a mostrar lo que hay que hacer y las virtudes que se deben conquistar. En la pedagogía kentenijiana predomina en cambio el vínculo interpersonal como camino para mover a conquistar las actitudes que pide el seguimiento al Señor.

Ahora bien, el amor pedagógico, para ejercer todo su poder, **debe poseer una triple virtualidad: tiene que ser un amor instintivo, espiritual y sobrenatural**; un amor que une orgánicamente esta triple fuerza de amor.

En un primer paso, el P. Kentenich muestra cómo el educador cumple el sentido de la educación, entregándose a los suyos. Ese amor generoso y desprendido de sí mismo, es capaz de despertar los gérmenes de vida que laten en los educandos:

En sentido propio de la palabra, el educador no puede crear vida. A través de su actividad gestadora sólo puede ayudar a que los gérmenes de vida, tanto natural como sobrenatural, se desarrollen cada vez más. Más que esto no puede hacer. En esto, ustedes lo perciben de inmediato, tenemos el fundamento para la modestia y, a saber, el fundamento para una profunda modestia. Si, por lo tanto, entre los míos no se encuentra talentos, entonces no puedo formar entre ellos águilas. Soy dependiente de las disposiciones que Dios regala a cada persona.

Un servicio desinteresado, no un servicio egoísta. Un perfecto darse al tú; un desprendimiento del yo para ir hacia el tú. Esto es lo que quiere decir el servicio desinteresado a la vida ajena. ¡Qué duro es estar enteramente para el servicio de otra persona día y noche! ¡Cuánta *desyoización* encierra esto, cuánto desprendimiento, cuánta lucha! Ahí tenemos nuevamente la espada ante nosotros. ¿Queremos tomarla por el mango en nuestras manos?

¿Cómo podemos iluminar este proceso, cada vez más, desde el punto de vista pedagógico? Menciono otras expresiones para lo mismo que estamos describiendo: paternidad o maternidad sacerdotal, o servicio desinteresado a la vida ajena. Uso la expresión que encontramos en libros de pedagogía y que, por lo tanto, nos es conocida en nuestra actividad en los colegios: el “amor pedagógico”.

Mi actitud fundamental debe ser, por lo tanto, el amor pedagógico. Por cierto podríamos distinguir aquello que es el amor en sí mismo y lo que significa éste en relación al amor pedagógico. El amor pedagógico -a pesar de que no es la manera común de interpretarlo- es el amor que posee una eficacia pedagógica singular; es el amor, es decir, el profundo estar el uno en el otro; no junto ni al lado del otro; es el profundo estar espiritualmente el uno en el otro, que tiene como efecto pedagógico una amplia y vigorosa transmisión de vida.

Esta descripción encierra mucha sabiduría. En este contexto debiéramos recordar algo que hemos analizado muchas veces: ¿qué es el amor en sí mismo? Los filósofos nos dicen: es una fuerza unitiva y asemejadora. Por eso cada amor implica una transmisión de amor, una transmisión de vida. Todo amor auténtico transmite algo de la propia vida al tú.

En esto, todos los pensadores y todas las personas que ejercen en la práctica la educación, van a coincidir. Al contrario de lo que sucede en otros campos en los que se dice: «tantas cabezas, tantas opiniones». Son muy diversas las recetas que se dan en el campo de la pedagogía, sin embargo, hay algo en que todos concuerdan sin excepción. ¿En qué? En la fuerza creadora del amor, en la convicción de que, a la larga, ningún proceso educativo, escúchenlo bien, *ningún proceso educativo*, -y no hablamos de enseñanza o de instrucción- es posible a la larga sin lo que se llama *amor pedagógico*.

Esto que vale en la práctica, vale también en la teoría. Así pues, quien quiera escribir una teoría de la pedagogía, nunca podrá soslayar la pedagogía del amor.

Hagan ahora ustedes mismos incursiones, tracen una línea transversal por la vida, por la historia de la pedagogía, lo que ahora no podremos hacer.

Piensen, por ejemplo, en Don Bosco. Conocemos su testamento. Es un testamento del amor, un testamento en el que recomienda a su séquito la pedagogía del amor cada vez con más intensidad.

Conocemos su pensamiento. Se encuentra señalado en *La Santidad de la Vida Diaria*. El sentido es éste:

Si quieren conducir a un educando a vivir cada una de las virtudes, entonces Don Bosco no habla del régimen propio de cada virtud, sino que se muestra como el gran pedagogo del amor. Él podía decir de sí mismo: estoy literalmente tan «chiflado» por mi séquito, que estaría dispuesto a aliviarlos, tomando sobre mí cualquier cosa; si tuvieran dolor de muelas, dolores en su cuerpo, todo esto quisiera quitárselo; mi corazón entero está sólo para ellos. Toda mi alma es de ellos, toda su personalidad está arraigada y se arraiga cada vez más en mi propio corazón.

Por eso los que trabajaban con él repetían constantemente: Él tuvo una idea fija de la que no se lo podía apartar: donarse en forma desinteresada y pródiga a su séquito.

¡Amor pedagógico! Y si pensamos en Pestalozzi, si pensamos en su epitafio, es una inscripción larga, pero termina en la frase: *Para sí no quiso nada, todo, sólo para los demás*. Y cuando nos revela el misterio de su pedagogía, lo escuchamos decir: “Mi grandeza o lo que yo poseo, lo he obtenido por mi corazón”.

Siempre es el mismo pensamiento. Así podemos comprender también cuando Don Bosco resume su testamento: Si queréis conducir a vuestros educandos a cada una de las virtudes, entonces debéis amarlos: pero no basta que guardéis el amor en el corazón. Debe hacérseles consciente que vosotros los amáis y entonces ellos comenzarán a amaros. Y cuando ellos os amen, es decir, cuando se haya establecido un lazo de amor que una o enlace entre sí los corazones, entonces tendremos el medio por excelencia para conducir a nuestro séquito a cada una de las virtudes.

¿Dónde está la riqueza psicológica más profunda, el contenido, el contexto de esto? Acabamos de oírlo: es el amor, en cuanto amor pedagógico, es un estar espiritualmente el uno en el otro con la fuerza creadora de una múltiple transmisión de vida.

Esto presupone, por supuesto, que yo mismo ame a mi séquito, que me autoeduce de tal modo que yo también tenga receptibilidad para estas virtudes, que, hasta cierto grado, posea estas virtudes en las que quiero formar y educar a mi séquito.

Luego se muestra la potencialidad del amor pedagógico en cuanto abarca y une armónicamente un amor instintivo, un amor espiritual y un amor sobrenatural.

Amor pedagógico es algo verdaderamente grande. Preguntémonos nuevamente ¿qué entendemos por ello?

Una cuarta respuesta cava más hondo y así vamos llegando lentamente a las grandes visiones de conjunto que nosotros, como educadores de nuestro tiempo, debemos necesariamente enfrentar, a relaciones de las que hoy apenas se entiende algo, porque nuestro corazón está muchas veces totalmente desgajado.

¿Qué entendemos por amor pedagógico? Es una unión orgánica entre amor instintivo, amor espiritual y amor sobrenatural, en donde el amor espiritual juega el rol dominante. (...)

Debemos ahora detenernos un momento considerando

- el amor instintivo
- el amor espiritual
- el amor sobrenatural

Cuando hablemos posteriormente de las desviaciones (del amor), entonces diremos que las desviaciones comienzan cuando estas tres formas del amor no están suficientemente entrelazadas interiormente la una con la otra. Y el vencer estas desviaciones radica en que veamos y busquemos la unión orgánica de esas tres formas de amor.

El amor instintivo. Desgraciadamente sólo les puedo dar una disposición. Al que quiera instruirse e forma más completa sobre estas cosas, le pido que estudie la tercera parte de la «*Santidad de la Vida Diaria*». Allí se expone todo lo fundamental sobre el tema. Sacaré algo de allí para perfilarlo pedagógicamente.¹⁶

¿Qué es, según su esencia, el amor instintivo? Un amor que parte de los instintos, un amor irracional, un amor, una tendencia, que busca emerger desde las ocultas profundidades del subconsciente. Un amor instintivo simplemente que empuja una naturaleza hacia la otra. ¿Dónde está la raíz? En realidad podríamos quedarnos filosófica y psicológicamente aquí largo tiempo, pues se trata de un mundo que, a grandes líneas, ya no nos es hoy muy conocido.

Teniendo la imagen del amor de las madres a sus hijos, a quienes han llevado en sus entrañas y han dado a luz y amamantado, con facilidad

¹⁶ Ver Anexo III.

podemos comprender a qué se refiere el P. Kentenich cuando habla del amor “instintivo”. Las madres aman instintivamente a sus hijos y ese amor posee una fuerza y vigor extraordinario, que las puede llevar a hacer las renuncia y sacrificios más extraordinarios por ellos. No está en primer lugar una reflexión o motivos racionales o motivaciones de orden sobrenatural para amarlos, para darse y sacrificarse por ellos: simplemente esa fuerza emerge sin más de las profundidades de su ser. El amor, recuerda el P. Kentenich, brota de una semejanza y una diferencias entre los que se aman. En este caso, la madre siente que su hijo es carne de su carne y, por otra parte, se conmueve ante su desvalimiento, que despierta la donación de lo que ella es y posee. Ella complementa al hijo y el hijo la complementa a ella y eso hace de ambos uno solo en el amor materno-filial.

Siendo una realidad la herida que el pecado original y los pecados personales han dejado en nuestra vida instintiva, es mucho más importante rescatar la fuerza positiva, querida por Dios, que palpita en ellas. Un amor espiritual y sobrenatural que no las integra, a la larga pierde su fuerza y calidez, deja de ser un amor verdaderamente humano.

Como les decía, deberíamos detenernos más largamente en esto porque generalmente **este amor instintivo, escúchenlo bien, es el precursor, el acompañante y la coronación de un marcado amor sobrenatural**. Pongan atención, ¿de dónde viene que yo, por ejemplo, como pedagogo, me haya decidido por esta profesión determinada? ¿De dónde viene que tantos adultos trabajen con gusto con juventud? A menudo está detrás de esto esta tendencia instintiva. Por cierto no se debe ver de partida algo malo en esto, sino que es algo primigenio, genuino, sano en sí mismo.

¿Hay una fuerza en este amor instintivo? Sin lugar a dudas, y más bien una fuerza muchas veces indómita. ¡Qué de cosas no se logran con un amor instintivo! Hablé ya una vez, al volver de Dachau, en forma exhaustiva, basándome en las experiencias tenidas allí sobre lo que puede lograr el amor sobrenatural sin lo instintivo; a menudo es muy poco. Y sobre lo que un amor instintivo puede lograr sin lo sobrenatural: a menudo muchísimo. Pero esto es un objeto de estudio y por eso, desgraciadamente, sólo les puedo hablar en aforismos sobre ello. Pero, sentimos inmediatamente que algo se despierta en nosotros: se despierta un mundo con el cual tenemos que enfrentarnos.

El amor instintivo debe ser clarificado e integrado en el amor espiritual y sobrenatural. Aquí vale un principio a menudo invocado por el fundador de Schoenstatt: la gracia presupone, sana, eleva y perfecciona la naturaleza.¹⁷

Esto sobre el amor instintivo. ¿Qué entendemos por **amor espiritual**? Dense, por favor, ustedes mismos la respuesta. Aquí entran causas naturales, causas que corresponden al intelecto. Aquí no brotan todas las vivencias de lo irracional, subconsciente, sino que es el intelecto el que actúa, el que marca las preferencias. ¿Qué preferencias? Lo que satisface al intelecto. ¿Qué preferencias? No sé, podría ser un desarrollo fuerte de la voluntad. Claro que éstas son cualidades vistas en el plano natural y que me empujan hacia el otro, que fundamentan una relación mutua.

El **amor sobrenatural**. En este sentido, yo amo a mi séquito formalmente por su relación sobrenatural con Dios. Esto se dice con tanta facilidad, por la relación sobrenatural con Dios, por ejemplo, porque es un hijo de Dios, porque es miembro de Cristo, porque es templo de la Santísima Trinidad. Pero ya, mientras oímos esto, nos damos cuenta de cuán rara vez un amor sobrenatural de este tipo está vivo en nosotros como un impulso instintivo. ¿De dónde viene esto? Se los diré después. Es porque el amor sobrenatural está muy distante del amor instintivo y del amor natural. *El ideal del amor pedagógico es siempre la unión orgánica entre estas tres formas del amor.* ¡Cuán hermoso sería mostrar en el Señor y la Virgen cómo estaban unidos por este organismo!

Creo que con esto les he mostrado suficientemente lo esencial del servicio desinteresado a la vida.

1.2. La pedagogía comunitaria

La pedagogía de vinculaciones personales no se limita a fomentar el vínculo educador-educando. Desde el inicio de su actividad como educador, el P. Kentenich fomentó el trabajo grupal. Ya como profesor de alemán y latín, lo promovió en sus clases. Posteriormente, cuando asume el cargo de director espiritual en el seminario menor de los padres palotinos, apoya la “sección misional” y la “sección eucarística”. Ya en ese momento visualizaba la necesidad de crear otro tipo de comunidad, cuyo primer paso fue la Congregación Mariana. A partir de la fundación del

¹⁷ Ver Anexo III. Citamos allí un texto donde el P. Kentenich se explaya al respecto.

Movimiento de Schoenstatt, todo el crecimiento era siempre apoyado por la labor grupal. Surgieron diversas comunidades y en ellas los “cursos”, los “grupos”, las “comunidades oficiales” y las “comunidades libres”. La célula pedagógica la conformaba siempre una comunidad “abarcable”, es decir, de una dimensión donde pudiesen cultivarse vínculos interpersonales más estrechos. En las comunidades numéricamente más numerosas, lo normal es que los individuos se pierdan en la masa. Las pequeñas células, en cambio, permiten y, de algún modo, obligan a que las personas desarrollen su disposición de integración social, que sean estimuladas por otros miembros de la comunidad y, a la vez, ellos puedan darse a sí mismos y aprender a recibir de los demás.

El pensamiento que estaba constantemente presente era que la persona crece, se desarrolla y encuentra a sí misma en la medida que establece vínculos personales. El hombre es un “animal social”: la orientación al tú pertenece a su esencia más íntima como imagen de Dios, que es un Dios Trino, de tres personas inefablemente unidas en una misma naturaleza. Educar al hombre, por lo tanto, significa ayudarlo a que crezca en lo que él denomina “organismo de vinculaciones”. Esto, que tiene validez para todos los tiempos, es hoy especialmente importante dada la realidad cultural destructora de todos los vínculos queridos por Dios.

En su jornada pedagógica de 1951, se detiene en este punto, mostrando importantes perspectivas pedagógicas.

Primero acentúa la preocupación por la familia como célula fundamental de la Iglesia y de la sociedad, y, por lo mismo, la célula primaria de la educación de la persona. Célula que actualmente se encuentra extraordinariamente amenazada. Recién en los últimos decenios la Iglesia ha señalado como prioridad la pastoral familiar en la pastoral eclesial. El ámbito pedagógico y de evangelización básico es la familia. Si se quiere educar al hombre del mañana y cambiar la sociedad, no se puede pasar por alto esta prioridad.

- **La familia**

Más adelante, en la misma jornada pedagógica de 1951, el P. Kentenich se refiere al trabajo con la “pequeña célula”. La Iglesia también ha incursionado en esta misma dirección, especialmente promoviendo las “comunidades eclesiales de base”.

Recogemos algunos pasajes donde el P. Kentenich señala esta necesidad. Primero sobre la familia.

Reproducimos un largo pasaje de la jornada pedagógica de 1950. Se presenta aquí una visión global de la situación de la familia en el contexto de lo que sucedía culturalmente en ese momento histórico. Podría ser especialmente útil realizar hoy una radiografía de la familia tanto en la realidad cultural actual como en la pastoral de la Iglesia. Todo ello tiene que mover al educador a asumir la responsabilidad que tiene en el campo en que él actúa, por resguardar y promover el ethos familiar. Los padres de familia y los agentes pastorales tienen ante sí una importante tarea.

Permítanme utilizar en este punto la expresión: "Replegarse a las catacumbas" y además preparar nuestra morada en las catacumbas. Se trata de la catacumba de la familia, de la habitación, del altar del hogar o - en el caso de que seamos schoenstatianos - del Santuario Hogar de nuestra casa. Hablemos un poco de cada una de estas tres "catacumbas".

Ante todo, coincido con ustedes en que este término "catacumba" no es corriente. Hay épocas en que la Iglesia puede moverse y actuar con total libertad; pero asimismo, hay otras en las que tiene que replegarse bajo tierra, ocultarse. Y algo similar suele acontecer a las familias cristianas.

Todo lo que podemos decir sobre la importancia de la familia puede resumirse en la siguiente frase: **La familia es, por excelencia, el núcleo germinal de la sociedad humana y, en cierto sentido, también de la Iglesia. De ahí nuestra consigna: ¡A toda costa proteger y salvar a la familia!**

He aquí un imperativo que se fue repitiendo silenciosamente a través de los siglos y que luego cobró más y más fuerza hasta alcanzar la resonancia de hoy en día. Sí, se trata de un imperativo cuyo clamor se ha venido oyendo a través de los siglos.

Noé debió retirarse con su familia a un arca; había que salvar una familia del gran diluvio... ¡Cuán importante es la catacumba de la familia!

Piensen en las persecuciones que se desataron a lo largo de la historia: las ocurridas en tiempos de las invasiones bárbaras o bien, en la Revolución Francesa. ¿Cómo se salvó el cristianismo? Replegándose a la catacumba de la familia: allí floreció y prosperó hasta que pudo resurgir en la vida pública.

La vida entera de Jesús imprime una mayor vitalidad al imperativo: "Proteger a toda costa a las familias". Él, que era Dios y portador de fuerzas divinas, permaneció durante treinta años en su familia y dedicó sólo tres a su actividad pública. Nosotros, en su lugar, hubiéramos obrado de otra manera: ya desde chicos nos habríamos sentido urgidos a lanzarnos a la vida pública. ¿Qué hizo, en cambio, Jesús? La familia era tan importante para Él, que se quedó treinta años junto a los suyos. Cada uno de esos años, días y horas de su vida oculta nos están diciendo: ¡Protejan ante todo a las familias católicas!

Las encíclicas de los Papas hacen resonar conscientemente ese imperativo. Como en muchas otras cosas, también aquí León XIII nos da un ejemplo. Él se afirmaba en el fundamento del orden del ser: *Ordo essendi est ordo agendi*, el orden de ser determina el orden de actuar. Percibió las conmociones del tiempo que le tocó vivir y asistió al advenimiento del liberalismo; condenó sus circunstanciales desviaciones y, sobre todo, denunció el peligro de que el liberalismo derribase en su integridad el orden de ser.

León XIII se esforzó mucho en la empresa de salvar a las familias. Y en esta línea fundó la Asociación de la Sagrada Familia, que tuvo un tiempo de esplendor, pero que no logró una mayor continuidad.

La vida actual se desarrolla en movimientos pendulares, en saltos y carreras... En lugar de dar importancia a la institución de la familia cristiana, se le concedió prioridad a otras asociaciones. Y la asociación ¹⁸de la Sagrada Familia no volvió a florecer.

Salven a toda costa a las familias... De las filas del adversario brota el imperativo opuesto; precisamente porque saben la importancia que reviste la familia cristiana.

De ahí se explica los golpes que fueron asestando contra este baluarte.

En nuestros oídos está resonando el imperativo de salvar a las familias cristianas. La legislación de hoy se preocupa de este mismo tema; y los pedagogos que conocen y perciben qué cosas son las que están hoy en juego, levantan su voz y proclaman la consigna de la vuelta a la familia.

¹⁸ En ese momento imperaba el marxismo. En Rusia se había intentado suprimir radicalmente la institución de la familia, reemplazándola por el estado.

Pero no se trata sólo de volver a la estructura externa de la familia, sino de redescubrir sus valores íntimos. La familia debe volver a ser un oasis. **La familia tiene que ser el gran taller de Dios, y también un arca donde Dios esté presente y actúe, donde él sea quien tenga la última palabra.**

Reparemos en que este imperativo, y expresado en esa formulación, es asimismo importante para trabajar en nuestras propias filas, ya que la historia nos demuestra que también **en los círculos católicos se ha debilitado fuertemente la valoración de la familia.**

Desde el punto de vista histórico, el sistema escolar alemán se ha ido configurando de manera ejemplar. Pero, ¿con qué consecuencias? Los padres han delegado en la escuela muchas responsabilidades que les competían a ellos mismos. Decíamos que según el orden de ser objetivo, la familia es el núcleo germinal de la sociedad. Por eso hay que preservar a toda costa ese núcleo original de vida.

Por otro lado, en la formación de nuestro sistema escolar incidieron también las asociaciones católicas, pero a menudo en detrimento de la familia. Por entonces era natural decirse: "La familia ha perdido sus raíces y por lo tanto las asociaciones pueden servir como sustituto".

La idea era atractiva, pero... Tomemos un ejemplo: la asociación debía educar a sus miembros para hacerlos capaces de integrar una familia; sin embargo, muchas veces los absorbía de tal manera que los apartaba de sus mismas familias. A todo esto hay que sumarle el advenimiento de las nuevas corrientes de la sociedad moderna y la labor de socavamiento que éstas implementaron contra los fundamentos de la familia. Así, pues, la historia nos ayuda a comprender el origen de la desvalorización y de la amenaza a las que está expuesta hoy la familia.

Por último, hay que considerar la crisis de la época y el espíritu negativo del tiempo. Al hablar de crisis nos referimos al hecho de que en nuestros días hombres, mujeres y niños deben salir a trabajar para poder sobrevivir de alguna manera. Por supuesto, esta situación es realmente lamentable. De ahí la importancia de que el educador actual tenga una orientación hacia lo trascendente y mantenga la fe en que el orden de ser es fundamento del orden

integral de la vida. Asimismo, el espíritu negativo del tiempo perjudica a las familias, induciéndolas a la comodidad y al desprecio de las leyes naturales. **La gente busca comodidades y deja en último lugar la preocupación por las necesidades específicas de la familia.** He aquí un resumen de la situación de la familia hoy. La misión que se nos plantea es la de salvar a las familias católicas.

Con estos pensamientos hemos expuesto lo central de la cuestión sobre la situación presente de la familia.

En su faz externa, la familia amenaza derrumbarse, y en su faz interna se halla totalmente enferma en muchos aspectos. En la familia se está extinguiendo el núcleo de la profunda intimidad entre sus miembros, que podríamos definir como un estar espiritualmente el uno en el otro, con el otro y para el otro; y además falta la conciencia profunda de la responsabilidad por toda la familia y cada uno de sus miembros. Esa carencia genera en todos lados la peste del egoísmo, el egocentrismo y las tendencias hacia la disolución de los lazos familiares.

Reparen en el ataque sistemático a que, con intención de destruirla, se somete a la familia en el bloque de los países del Este; así comprenderán mejor la consigna: "¡Salven a la familia!". Como educadores no debemos esperar todo de los padres, sino que nosotros mismos tenemos que educar "desde abajo" hacia una justa valoración de la familia.

De este modo pasamos ahora a la consideración de la misión futura de la familia. Por principio no hagamos nada que pueda dañar a la familia, ya sea a través de nuestro trabajo y tarea personales o bien, en nuestra calidad de miembro de alguna comunidad educativa.

Lo prioridad no debe ser para nosotros la inserción en una comunidad sino la familia. No debemos hacer nada que favorezca el proceso de disolución, sino hacer todo lo que esté en nuestras manos para salvar a la familia. Para ello tengamos presente los siguientes puntos. (...)

Tenemos que luchar denodadamente por una moral familiar, por una ascética familiar integral, por costumbres familiares sanas y por una ética expresamente familiar.

En cuanto a las costumbres familiares, precisamente una de las tareas centrales de nuestra Obra de las Familias debería ser la de

rescatar para las nuevas playas, las antiguas y hermosas costumbres familiares. Que nuestras familias sean como baluartes de Dios en los que nuestros hijos se sientan cobijados. Por otro lado, si bien todos los puntos citados son importantes, creo que el último punto, el de la ética familiar, es el de mayor significación.

Cumpliendo con estos objetivos, la familia será como una iglesia en pequeño. En la iglesia hay pulpito, altar y sacerdote. Los padres son sacerdotes que, a su manera, participan del ministerio magistral, sacerdotal y pastoral de Jesús.

¿Quién es, en la familia, el sacerdote de quien depende todo? El padre. El padre tiene que cultivar una marcada conciencia de su paternidad. Hoy por la tarde nos ocuparemos en detalle del tema. En nuestra época notamos que se habla sólo de maternidad, pero apenas de paternidad, de ser padre, de conciencia de padre. ¿Quién se preocupa hoy todavía de estos tópicos? Y sin embargo, hoy como ayer, el papel del padre en la familia es central. De ahí el gran interrogante que debemos aclarar: ¿Cuál es el fundamento de la conciencia de padre y cuál su proyección? La dignidad y la tarea del padre. En la familia también hallamos a la madre. ¿Cómo es la conciencia de madre? ¿Cuál es su fundamento y su proyección? La dignidad y la tarea de la madre. Y por último, encontramos al hijo. ¿Cómo es la conciencia de hijo? ¿Cuál es su fundamento y su proyección?

Les repito que hoy por la tarde nos dedicaremos a explicar estos puntos.¹⁹

Se trata de un mundo muy hermoso que los que han sido llamados por Dios para ser educadores del pueblo se alegran de explorar. ¡Se nos abre todo un panorama de ideales!

En la actualidad, es importante volver a aprender el *sursum corda*²⁰. Nosotros, que sufrimos presiones que nos fuerzan hacia abajo y estamos sujetos a las leyes de gravedad, tenemos que volver a dirigir nuestra mirada hacia lo alto y contemplar el ideal -el sol- y asumir las exigencias que éste nos plantea. Una de nuestras tareas esenciales en este sentido, es la de salvar la ética de nuestras familias católicas. Debemos cultivar la conciencia de padre, la

¹⁹ Consultar en el libro *Que surja el nombre nuevo*, capítulo **xxxx**

²⁰ "Levantemos los corazones", de la introducción al prefacio en las eucaristías.

conciencia de madre y la conciencia de hijo. Si así lo hacemos, habremos actuado según la ley *ordo essendi est ordo agendi*.

¿Tendremos éxito? No lo sabemos. El éxito no está en nuestras manos, pero sí el esfuerzo por alcanzar los ideales.

Permítanme, a modo de corolario, repetirles lo más importante de lo que decíamos ayer: "El que nos ha creado sin nosotros no quiere redimirnos sin nosotros". "¡Nada sin nosotros!" Lo que escuchamos son palabras humanas que sólo quieren ser una indicación para la actividad que debemos desarrollar como hombres. Pero también en nuestras filas resuena otra consigna: "Nada sin Dios". Es cierto, cumplamos con nuestra parte y llevémosla a cabo de manera lúcida, pero sin olvidar: sólo el Dios vivo puede operar en la educación lo fundamental, lo más grande y lo decisivo. Si trazamos lineamientos para la educación y los estudiamos con todo detalle, ello nos ayudará, entre otras cosas, a medir la distancia entre ideal y realidad y sentir que "el que soy saluda triste al que yo debería ser". Y esta experiencia nos hará crecer en la vida de oración.

El hecho de conocer la grandeza de los ideales nos hace educadores "orantes", hombres y mujeres de oración, pensamiento éste que, a su vez, nos conecta nuevamente con el punto con el cual comenzamos la jornada. (*Jornada Pedagógica de 1950*)

Hoy más que nunca, la familia está sometida a múltiples desafíos vitales, valóricos, sociales, económicos y religiosos. Ya no estamos en el tiempo en que la Unión Soviética trató de borrar la familia y entregar la educación de los hijos enteramente al estado. El proceso de disolución de la familia hoy día es mucho más profundo. Por de pronto, existen muy variadas concepciones sobre qué es la familia, que ciertamente desconocen o rechazan el orden de ser familiar querido por Dios.

La preocupación por la familia en el ámbito eclesial hoy ha cobrado una importancia de primer orden, especialmente a partir de Juan Pablo II. Las orientaciones del magisterio de nuestra Iglesia son de gran claridad, proclaman que la pastoral familiar constituye una "prioridad" dentro de su acción evangelizadora. Juan Pablo II afirmaba: "**es necesario hacer de la pastoral familiar una prioridad básica, sentida, real y operante**". **Atender a campo tan prioritario con la certeza de que la evangelización en el futuro depende en gran parte de la iglesia doméstica**". (DSD n. 64.)

Benedicto XVI, confirma lo anterior e insiste también en que el futuro de la humanidad se fragua en la familia. El santo padre Francisco, ha convocado en esta misma dirección un sínodo sobre la familia.

Esto requiere que todo los educadores asuman consecuentemente esta prioridad en los ámbitos en que desarrollan su actividad pedagógica.

- **La pequeña célula o grupo eclesial**

Hoy nos resulta relativamente natural el trabajo con todo tipo de grupos tanto en las parroquias como en los movimientos apostólicos. En la jornada que estamos citando de 1950, el P. Kentenich insiste en necesidad formar grupos de elite que actúen como fermento en la masa.

El trabajo que se desarrolla en los grupos, explica el fundador de Schoenstatt, puede ser considerado, luego de la familia, como un segundo ámbito educativo privado. Como ya se imaginan, se trata de un espacio que también nos será arrebatado en caso de que la crisis actual siga agravándose. Hasta ahora nos hemos referido a la situación actual cargando un poco las tintas. Espero que también sepan rescatar las notas optimistas que pueda haber en ello. (...)

Tres son los aspectos que nos interesa profundizar en cuanto a la realidad del grupo: su esencia, valor y modo de operar.

Esencia del grupo

En los medios católicos solemos hablar de "trabajo de grupo"; se trata de círculos de élite a los cuales se convoca para su educación y formación. Expresado con otras palabras, cuando decimos "trabajo de grupo" nos estamos refiriendo a la labor interna, externa, y en todo sentido, que desarrollan grupos reducidos y seleccionados.

Valor

La historia demuestra que a menudo el trabajo de las pequeñas células, grupos, asociaciones o clubes han sido madre de muchas revoluciones y de todos los grandes movimientos de renovación. Piensen, por ejemplo, en el movimiento de renovación que se gestó a partir de Cristo y de su pequeño grupo de apóstoles; o bien en la historia de los fundadores de órdenes. El trabajo de élites, grupos y células ha sido madre de todo gran movimiento de renovación y de toda revolución. Así comprenderán lo que, ya en nuestro siglo,

dijera el Papa San Pío X: ¿Qué es hoy lo más importante? Unos dicen que construir iglesias; lo cual es importante, pero no lo más importante. Otros hablan de formar educadores y fomentar las vocaciones sacerdotales. Sí, todo ello es valioso, pero no lo más importante. Lo más importante en cada parroquia son los grupos pequeños, los círculos de élite, las asociaciones.

Detengámonos un poco en este punto y meditemos sobre él. ¿Qué idea hemos tenido hasta ahora del trabajo de grupo? ¿Hemos sobrevalorado o bien subestimado el trabajo grupal? Quizás subestimamos la labor de los grupos y reparamos sólo en la masa; o bien, procedíamos de manera inversa. Lo ideal es educar cuidadosamente a los grupos de élite para que éstos capten luego a la masa.

En este tiempo de organización, movilización y avance firme de las masas, no debemos replegarnos a las catacumbas para quedarnos allí. Si hablamos de retirarnos a las catacumbas es para comenzar a realizar desde allí nuestros planes de conquista del mundo y para realizar ya trabajos de renovación.

En cuanto a los schoenstattianos, nosotros ya tenemos grupos formados. Pero esos grupos, con el paso del tiempo, ¿no han caído en el conformismo, en especial los de las ramas femeninas? ¿Hemos mantenido la conciencia de que cultivamos una élite porque así queremos luego captar a las masas? He aquí nuestro ideal: Élite a causa de la masa; educar una élite para luego poder captar y fermentar a fondo la masa.

Modo de operar de los grupos reducidos

A la luz de lo que vendrá, pero también de lo que se ha experimentado ya en el campo católico a nivel de asociaciones, el modo de trabajo de los grupos debería presentar las siguientes características:

Creatividad

Los grupos deben ser como la simiente que se siembra en la tierra y muere.²¹ Tienen que ser creativos como lo fueron los primeros cristianos en las catacumbas y los cristianos de todas las épocas

²¹ Cf Jn 12,24

cuando fueron perseguidos y tuvieron que replegarse en grupos y células pequeñas.

Vida interior

Este es un punto que hay que meditar con mayor detenimiento. ¡Cuánto se ha trabajado en los medios católicos en estos últimos años! Se trabajó en jornadas completas, día y noche... y sin embargo la "pesca" fue escasa.²² Recuerden, por favor, lo que decíamos en la conferencia introductoria sobre la importancia de la vida interior para el educador y pastor. Piensen en todo lo que decíamos sobre la conciencia de ser instrumentos y educadores.

La conciencia de ser educador es también conciencia de estar vinculado al Maestro, de estar "desposado" con la fuerza divina del Maestro. De manera similar, el grupo de élite trabaja cultivando una plena vida interior y ahondando en ella.

Ya desde el punto de vista organizativo está prevista una labor de este tipo en los grupos de Schoenstatt. Ahora tendríamos oportunidad de mostrar cómo se puede aplicar a los grupos cada una de las formas de nuestra pedagogía. Por ejemplo, nosotros tenemos un Horario Espiritual, un confesor fijo, etc. Todas esas prácticas están para motivarnos y ayudarnos a cultivar una profunda vida interior.

Podríamos ahondar mucho más en este punto; se trata de verdades que no son sólo importantes para nosotros, sino que conciernen a todos. Quien quiera estar preparado para las luchas que vendrán y crea tener una misión especial, sólo podrá resistir la lucha si cultiva una marcada vida interior. Únicamente de ese modo su labor alcanzará la fecundidad deseada. Les repito que en nuestra Familia todos esos ejercicios y prácticas están asegurados a nivel organizativo.

A la luz de lo dicho podemos plantearnos la siguiente pregunta: Si brindamos acompañamiento espiritual a otras personas, ¿estamos encaminando hacia el cultivo de una marcada vida interior? ¿Cuidamos de su lectura espiritual, de que tenga vida de oración y

²² Cf Lc 5, 4 ss.

medite? Ir hacia lo profundo significa precisamente eso: lectura espiritual, oración y meditación.

Quizás estén notando que estos pensamientos y manera de expresar las cosas no son los mismos que solemos escuchar cuando concurrimos a otras jornadas en otros lugares. (...)

Uno de los "cánceres" de la educación actual es que el hombre cree ante todo en sí mismo y sus propios métodos humanos y no tiene la fe necesaria en el soplo del Espíritu Santo y la apertura de los hijos de Dios: apertura que siempre existe, pero que debe ser estimulada de manera conveniente. (...)

La tragedia de hoy consiste en que nosotros, los sacerdotes, no sabemos qué hacer con esos grupos de élite. Por lo general, esto ocurre porque nosotros mismos no cultivamos una vida interior profunda, vital, marcada por lo religioso. Quizás sepamos hablar desde el púlpito, pero cuando hablamos a la gente cara a cara, cuando debe ponerse de manifiesto la vida que realmente hay en nosotros, allí no osamos abrir la boca.

La vida se enciende en la vida. La vida interior se enciende en la vida interior. Si no sabemos dirigir esos grupos de élite, es porque estamos interiormente vacíos. (...)

De esta manera van comprendiendo mejor la manera de operar de los pequeños grupos de élite. Son grupos creativos, que cultivan y fomentan en otros el cultivo de la vida interior.

Conquista del mundo

Una tercera característica de los grupos de élite es que están lanzados hacia la conquista del mundo. Sería lamentable que tales asociaciones pequeñas quedasen confinadas en sí mismas. No; no, ¡hay que conquistar el mundo para Cristo! Ya dijimos más arriba que el sentido de la élite es hacer fermentar la masa. No cultivamos la élite por la élite misma, sino que ella aspira a la santidad por amor a los demás. Por otra parte, el flujo abundante de la vida divina impulsa a ir hacia las masas.

Con estos pensamientos concluimos el ciclo de reflexiones en torno de la "segunda catacumba", los grupos, que debemos consolidar más y más para estar bien pertrechados para las batallas que vendrán.

El P. Kentenich pronunció estas palabras a mediados del siglo XX. Creo que hoy se podrían reproducir casi textualmente. La Iglesia, a partir del concilio Vaticano II, ha caminado por esta senda.

Citamos sólo un texto del *Documento de Aparecida* que lo ilustra:

La Comunión: No puede haber vida cristiana sino en comunidad: sea las familias, las parroquias, las comunidades de base, otras pequeñas comunidades y movimientos. Como los primeros cristianos, que se reunían en comunidad, el discípulo participa en la vida de la Iglesia y en el encuentro con los hermanos, viviendo el amor de Cristo en la vida fraterna solidaria. También es acompañado y estimulado por la comunidad y sus pastores para madurar en la vida del Espíritu.

La Misión: El discípulo, a medida que conoce y ama a su Señor, experimenta la necesidad de compartir con otros su alegría de ser enviado, de ir al mundo a anunciar a Jesucristo, muerto y resucitado, a hacer realidad el amor y el servicio en la persona de los más necesitados, en una palabra, a construir el Reino de Dios. La misión es inseparable del discipulado, por lo cual no debe entenderse como una última etapa de la formación, aunque se la realice de diversas maneras de acuerdo a la propia vocación y al momento de la maduración humana y cristiana en que se encuentre la persona. (*Aparecida* 295)

- **Las cinco dimensiones del grupo de vida**

Estas palabras nos permiten visualizar la importancia que tiene el trabajo en grupo. Allí se señalan metas claras para el educador y agentes pastorales.

Dentro de la Iglesia, se ha tomado clara conciencia de la necesidad de las pequeñas comunidades en el marco de la pastoral. Sin estas comunidades de vida se empobrece la realidad eclesial y se cae en la masa anónima o bien en la atomización de la comunidad.

De hecho se dan diversos tipos de grupos, que en casos equivalen a equipos a cargo de una determinada acción o tarea específica. Se dan grupos de reflexión, de oración, de trabajo social, etc.

El tipo de grupo al cual se refiere el P. Kentenich en la cita anterior, podríamos definirlo como un “grupo de vida”. Están llamados a ser casos

preclaros, células vivas de una Iglesia renovada llamada a ser germen de una nueva sociedad.

Estos grupos de vida no son simplemente grupos de “buenos amigos”, ni círculos de intelectuales que se dedican a las elucubraciones ideológicas. Tampoco, meros equipos de trabajo, o “club de autosantificación”.

En el grupo de vida que busca promover el educador por cierto se da el cultivo de la fraternidad y amistad, un serio estudio, un activo trabajo y seria autoformación, un vigoroso compromiso apostólico, pero todas estas dimensiones constituyen una unidad orgánica. Ofrecemos a continuación, a modo de resumen de este capítulo, lo que denominamos “las cinco dimensiones del grupo”.

El grupo de vida está llamado a ser:

- **una comunidad fraterna**
- **una comunidad de oración**
- **una comunidad de formación**
- **una comunidad de ideales**
- **una comunidad misionera**

Estas dimensiones debe tenerlas siempre presentes el educador. La atrofia de una o de varias de estas dimensiones hace infecunda su labor pedagógica y arroja pobres resultados o resultados parciales.

Para cualquier evaluación de su labor, el dirigente debe preguntarse cómo ha fomentado cada una de estas dimensiones. Ellas van íntimamente unidas, pues el grupo es un organismo. Ahora las describimos separadamente a fin de facilitar su comprensión.

El grupo es una comunidad fraterna

Buscamos formar en el grupo una comunidad de corazones, una comunidad fraterna en el plano natural y sobrenatural, donde todos compartan y se responsabilicen el uno del otro.

Siempre partimos de la base que la gracia edifica sobre la naturaleza, por eso el educador fomenta el conocimiento mutuo, el aprecio personal por cada uno de los miembros del grupo, la solidaridad y convivencia fraterna. Al fomentar una estrecha comunidad de hermanos, se vence el tipo de sociedad que hoy abunda y que se caracteriza por la indiferencia y trato utilitarista con los demás, por una convivencia que no llega a ser comunidad de corazones, cuya alma es el afecto cálido y auténtico de unos por otros, la fidelidad que va más allá de los intereses mezquinos y

de las apariencias.

Por eso en el grupo cada nueva experiencia va formando la comunidad fraterna. El vínculo sobrenatural se vive y se prueba precisamente en lo natural. De otro modo habría que dudar de su autenticidad. Por eso importa que el educador vea y ofrezca caminos para que se conozca la realidad concreta de cada persona, de su familia, de su trabajo, de sus dificultades y logros, de sus aspiraciones y necesidades. Nos importa si alguien está sin trabajo, si tiene un hijo enfermo, si está de cumpleaños, etc.

Más allá de las simpatías o antipatías humanas, más allá de las diferencias de personalidades, en definitiva deberá prevalecer la realidad de ser hermanos en Cristo y María: el grupo de vida es un pequeño Cuerpo místico de Cristo, donde los unos son responsables de los otros. Es decir, la comunidad fraterna en el plano natural, al mismo tiempo es vivificada y fortalecida por los lazos de la fe y el amor de unos por otros en Cristo Jesús.

Nadie debe quedar de lado, cada persona debe tener su lugar; cada uno debe ser conquistado como hermano; cada uno deberá poder contar con los otros.

Los educadores tienen, en este sentido, una gran tarea: acoger no sólo creando un ambiente adecuado sino, más profundamente aún, *recibiendo en su corazón a cada persona*, acercándose a todas ellas y estableciendo lazos personales, creando familia, tejiendo una red de vínculos personales.

Para que se vaya gestando comunidad es indispensable que el educador fomente la solidaridad fraterna más allá de las reuniones que se tenga, activando otras instancias de cultivo de los vínculos naturales como, por ejemplo, a través de convivencias, de celebraciones para el día de santo o cumpleaños, paseos, etc.

Junto con la integración comunitaria al interior del grupo, es preciso fomentar también la integración a la comunidad más amplia, por ejemplo, en la parroquia o con otros grupos del mismo Movimiento. *El grupo no debe aislarse sino integrarse*: esto amplía sus horizontes y lo sitúa en su verdadera dimensión.

El grupo es una comunidad de formación

Concebimos el grupo de vida como un taller, una fragua del hombre nuevo y de la nueva comunidad. El educador quiere ejercer su tarea según la

persona y la enseñanza del Buen Pastor quien, cuando eligió a los doce, convivió con ellos y personalmente los fue formando, enseñándoles, animándolos, exigiéndoles, dándoles responsabilidades, corrigiéndolos, perdonándolos y confiando en ellos.

Quien ingresa a un grupo de vida, ingresa a una *comunidad de formación*, en la que se espera la ayuda del uno al otro, el mutuo estímulo para que cada uno avance, respondiendo con docilidad a las metas que plantea una vida según la fe y el seguimiento al Señor.

El educador está consciente de todo esto y se sabe responsable de la tarea de conducir al grupo en esta dirección. Nada verdaderamente valioso nacerá en el grupo sin la decisión y el esfuerzo por autoformarse, por crecer y superarse. El amor a Cristo, a los ideales, la solidaridad fraterna, la construcción del reino, son el estímulo constante para esta superación y conversión personal y comunitaria.

Por eso el educador cuida que el grupo sea concreto en sus decisiones y sus miembros no se queden en divagaciones intelectuales o en una mera camaradería. Los ideales tienen que morder la vida y transformarla de verdad.

La formación se da en diversos niveles. En la esfera intelectual, sus miembros deberán crecer en el conocimiento del mundo de la Palabra de Dios y la doctrina de la Iglesia. Por otra parte, en el grupo debe darse progresivamente la conquista y afianzamiento de actitudes y de un estilo de vida coherente con la fe que se profesa.

Por esto, las reuniones que realizan periódicamente los grupos de vida, normalmente son verdaderos talleres donde se “aterriza” en la realidad y se muestran caminos de conversión y cambio personal y comunitario. El intercambio que se produce en el grupo no debe quedar “en el aire”, en la variedad de los buenos deseos, sino en propósitos que orientan y conforman la vida. Así, poco a poco, se va superando esa trágica y tan común separación entre fe y vida que reina en nuestra cultura.

Las reuniones del grupo de vida, se complementan con jornadas y retiro, con estudio y otros medios de formación. Todo esto tiene que desembocar, de alguna u otra forma, en el trabajo de autoformación que constantemente motiva y promueve el educador

El grupo es una comunidad de oración

Además de cultivar la dimensión horizontal del grupo de vida y de

promover la formación, el educador cultiva también la dimensión vertical, es decir, su relación con el Señor y el mundo sobrenatural. Lo hace especialmente por medio del cultivo de la vida de oración en las personas y grupos que acompaña. Impulsado por esto, el grupo adquiere fuerza y fecundidad.

Los vínculos de amor, responsabilidad y fidelidad que entrelazan a los miembros del grupo de vida, encuentran su centro y su fuente profunda en la unión al Señor y a María, a quien él nos regaló como madre y educadora.

Por eso la comunidad fraterna y de educación que se cultiva en el grupo de vida, está abierta a la realidad sobrenatural, al Dios personal, al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo, realidad que se nos hace particularmente cercana y familiar en María.

El grupo no se queda así en lo puramente natural; quiere llegar a ser, con toda su fuerza, una comunidad de fe, de personas que juntos busquen a Dios y no descansen hasta encontrarlo.

Esta proyección sobrenatural del grupo se concreta en la medida en que el grupo se convierte progresivamente en una *comunidad de oración*. Aquí se da un importante campo de trabajo para el educador de la fe.

Normalmente debemos contar con que las personas no tienen la costumbre de rezar en común, ni tampoco como matrimonio o en familia. Muchas veces la vida de oración se limita a repetir oraciones de memoria. Escasa es también la oración meditativa, la *lectio divina* y la meditación de la vida. En el grupo de vida deben aprender a hacerlo, no tanto porque reciban charlas al respecto, sino porque se hace el ejercicio de meditar en común. Mucho ayuda en este sentido iniciar las reuniones con una oración, donde se lee y medita la Palabra, donde se hacen peticiones, ofrecimientos y se alaba al Señor dando gracias y cantando.

Además de promover la oración al inicio de las reuniones, el educador programa, junto con los otros miembros del grupo, encuentros periódicos de oración. Esto es algo que fortalece decisivamente la vida grupal y favorece su incorporación vital en la fe.

Demás está decir que en todo esto el papel de los educadores es decisivo: más que las palabras, lo que aquí importa es la transmisión de una vivencia religiosa y de un amor profundo al Señor y a María.

La oración es la fuente de la transformación interior y del espíritu apostólico que debe surgir en el grupo.

El grupo es una comunidad de ideales

La dinámica del grupo depende en gran parte de su orientación hacia metas altas: hacia el ideal. Una meta clara y atrayente despierta la vida y llama a la acción. El grupo, como explicaba el P. Kentenich en el párrafo citado anteriormente, tiene que ser buena levadura que haga fermentar la masa; tiene que perseguir y jugarse por una causa; sus miembros tienen que contar con una clara conciencia de misión. Si esta no está presente, fácilmente se producen unilateralidades y un encerramiento estéril.

Las fuerzas y vitalidad de las personas y de un grupo se despiertan cuando tenemos ante nosotros grandes metas. Una persona y un grupo sin horizontes, sin algo grande por conquistar, se agota en sí mismo.

Los grupos de vida, por eso, son una comunidad de ideales. Es decir, una comunidad que tiene y se orienta por grandes objetivos, que por lo mismo busca superar la mediocridad que caracteriza la vida insípida de tantos cristianos en la actualidad. Muchas veces nos conformamos con un tipo de cristianismo “que sigue la corriente”, que no da testimonio o se dedica solo a criticar.

Como educadores estamos llamados a ampliar horizontes y a aspirar con decisión a los ideales que plantea el Evangelio, encendiendo a muchos por ellos. Tener un ideal significa estar proyectado hacia las cumbres, querer liberarse de la mediocridad y del pasivismo, de una vida monótona y sin relieve.

La tarea de los educadores es dar a conocer y entusiasmar por los ideales y aspiraciones que muestra el Evangelio. No actuando por imposiciones u obligaciones, sino mostrando ideales.

Esto hará que el grupo no se “instale” ni se conforme con ser sólo “un buen grupo de amigos”. Al contrario, poco a poco, se irá sintiendo enrolado y comprometido en la gran cruzada de la renovación de la Iglesia y del mundo en Cristo

.

El grupo es una comunidad apostólica

Los grupos de vida no son comunidades cerradas en sí mismas, que se agotan en su dimensión espiritual y fraterna, o en la búsqueda de una conquista de la propia perfección. Tampoco se agotan en perseguir teóricamente grandes ideales o metas. Son más bien, grupos de acción y

compromiso apostólico.

A partir de una fuerte interioridad, cada miembro de la Iglesia debe ejercer un apostolado eficaz, tanto por el testimonio de vida como por acciones apostólicas específicas.

Es importante que el educador vaya creando la conciencia de que por el bautismo todo cristiano está llamado a ser un apóstol, que si se forma un grupo de vida, es para cultivar nuestra fe y traducirla en acción.

El educador, por lo tanto, debe acoger y encauzar las iniciativas que surjan, estimulando en este sentido a comprometerse con tareas apostólicas concretas, sea como grupo o individualmente.

Tareas apostólicas unen estrechamente a los miembros del grupo entre sí y exigen un compromiso personal que hace crecer, da alegría y confiere dinamismo a la vida del grupo.

Los educadores por su presencia y su palabra, como lo señalamos, están llamados a abrir caminos y mostrar oportunamente las posibilidades de apostolado, sea en el ambiente propio del Movimiento o donde se requiera un servicio apostólico. Sin embargo, deben cuidar también de que el grupo y las personas desarrollen una actividad apostólica “ordenada”, es decir, que no se produzca un desequilibrio entre la vida interior, la formación, la relación fraterna y el apostolado.

Esas tareas apostólicas no se realizan siempre en el ámbito eclesial. Toda la vida debe llegar a tener una proyección apostólica.

1.3. La vinculación a las cosas y al terruño

1.3.1. La vivencia del hogar

Cuando se explicó la pedagogía de vinculaciones, se dijo que ella poseía diversas dimensiones: pedagogía de vinculaciones a determinadas personas, especialmente al educador; pedagogía de vinculaciones a la comunidad, a lugares y a las cosas y, por último, a ideas.

Abordamos ahora la pedagogía de vinculaciones al lugar y a las cosas.

En la jornada pedagógica que dictó el P. Kentenich en 1951, se refiere a ella en el contexto de lo que denomina *“vivencia del hogar”*.

En el concepto de “hogar” confluyen los vínculos a las personas, a los lugares y a las cosas. El hogar cobra entonces un lugar privilegiado en la pedagogía kentenijiana.

Si el educador quiere ayudar a formar personas de carácter, verdaderamente libres e integradas en la sociedad, más todavía, si quiere ayudar a formar personas de una fe profunda, arraigadas en el mundo sobrenatural, su tarea primordial es crear hogar.

Por lo tanto, lo que expondremos a continuación sobre la importancia de las vivencias y del hogar, de algún modo cobrará el carácter de un resumen de lo expuesto anteriormente sobre la pedagogía de vinculaciones a las personas.

El fundador de Schoenstatt destaca, en este contexto, el concepto central de las vivencias. En el hogar y, por ello, en la familia, se dan vivencias que marcan profundamente a las personas, en la esfera racional y, esto lo acentúa- en la esfera afectiva e inconsciente.

Cuando se trató la pedagogía del ideal, se expuso ampliamente cómo el educador no sólo debía apelar a la inteligencia y voluntad sino que también debía captar los intereses instintivos y las pasiones que poseían las personas y comunidades, moviendo a realizar “actos saturados de valor”, capaces de generar actitudes.

Sin embargo, este proceso garantiza solo parte del éxito pedagógico. La otra parte de su éxito radica en su capacidad de generar vivencias personales y comunitarias, sanas o positivas, y de ayudar a los suyos a elaborar las vivencias que los han marcado en su afectividad profunda.

El educador tiene que contar con que las personas traen consigo predisposiciones inconscientes que condicionan la receptividad, positiva o negativa, ante todo aquello que él pueda sugerirles o mostrarles. Todo es recibido por los suyos con interés o desinterés, con alegría o rechazo, positiva o negativamente, no solo de acuerdo a una receptividad consciente, sino también de acuerdo a su receptividad “irracional”, es decir, a las predisposiciones anímicas que han sido conformadas por las vivencias experimentadas, especialmente en la niñez.

Además, tiene que dar una importancia relevante a procurar a los educandos vivencias sanas, capaces de generar predisposiciones afectivas positivas en su alma que, a la vez, sanen las vivencias negativas que ellos albergan en su psiquis profunda.

El valor pedagógico de las vivencias

Durante siglos el quehacer pedagógico giró preponderantemente en torno a la formación de la inteligencia y de la voluntad. La distancia respecto a los peligros que entraña la vida afectiva e instintiva, que conducía a su represión o “dominio”, poco a poco se ha ido acortando.

Sin embargo, aún no se toma suficientemente en cuenta la necesidad de captar y educar el inconsciente. A partir de Freud, esta esfera de la persona se ha visto principalmente en relación a las diversas patologías que la afectan. Poco se habla al respecto en el campo de la educación, menos aún en relación a la educación de la fe.

El fundador de Schoenstatt sí lo hace. Por cierto sin descuidar la educación respecto a las otras esferas de la persona: la pedagogía del ideal y el sistema de la autoformación que propone lo hace ampliamente.²³

La pedagogía de vinculaciones personales y locales incluye una rica teoría y práctica pedagógica en este sentido. De modo especial lo hace al tratar la **vivencia del hogar**, tema en el cual ahora profundizaremos.

Antes de adentrarnos en la vivencia del hogar, creemos oportuno recordar algo a cual hemos hecho referencia en diversas ocasiones. Se trata de la importancia del ejemplo que da el educador a los educandos. Él enseña más por el ejemplo que por las ideas o las indicaciones que da a los suyos. Difícilmente encontraremos a alguien que no esté de acuerdo en ello.

¿Por qué es tan importante el ejemplo del educador? Uno de los motivos centrales es que él educa más que nada por vivencias.

Los educandos van teniendo repetidamente la vivencia de los valores que él encarna. Vivencian lo que significa ser generoso, responsable, respetuoso, etc. en el comportamiento del educador, en su manera de ser y de tratarlos.

Ahora bien, esas vivencias generan en los educandos una predisposición positiva en su afecto a encarnar esas virtudes.

Si el educador busca formar personas que valoren la fraternidad y la solidaridad, no basta que les presente, aunque sea en la forma más atractiva posible, el valor de esas virtudes (ciertamente también debe hacerlo). Su eficacia pedagógica, en cambio, será mucho mayor si logra conformar un grupo o comunidad donde se respira una atmósfera de

²³ Ver al respecto libro *Somos Historia por Hacer*, publicado en Editorial Nueva Patris.

solidaridad y fraternidad. En otras palabras, donde puede experimentarse vivencialmente estas virtudes es, en primer lugar, en su persona y, además, en la comunidad.

Por cierto se dan a veces patologías en los suyos que requieren la ayuda de un psiquiatra. En ese caso, él indicará la necesidad de un psicólogo o de un psiquiatra. Pero el educador tiene que ver más bien con personas “normales” que acarrean consigo vivencias negativas “normales”.

Esas vivencias negativas se sanan a través de vivencias positivas en el mismo orden.

Por ejemplo, si alguien, entre los educandos, padece inseguridad porque careció de un padre que le hubiese transmitido una “seguridad instintiva”, poco le ayudarán las explicaciones y ejercicios de autoestima. Lo más importante es que esa persona tenga una vivencia positiva que cure la raíz misma de su inseguridad. El cuidado, sabiduría y poder de amor paternal del educador, le proporcionarán vivencias positivas de cuidado, confianza, apoyo, que, poco a poco, irán sanando la experiencia negativa.²⁴

La vivencia del hogar

El hogar es un centro de sumación de vivencias de honda repercusión para la persona y la comunidad, tanto en la dimensión humana como en la religiosa.

Por eso el P. Kentenich, en la *Jornada Pedagógica de 1951*, dedica especial atención a todo lo que tiene que ver con la vivencia del hogar y de la familia en la pedagogía de vinculaciones. Afirma:

Aún cuando el lugar donde está mi hogar sea una región desolada, son las vivencias espirituales que he tenido allí las que me dicen algo. Puede ser que en el curso de muchos viajes por el mundo hayamos conocido incontables lugares magníficos que nos hayan inspirado y entusiasmado; y, con todo, no se han convertido en nuestro hogar. ¿Cuál es el motivo? Faltan las vivencias espirituales.

Da una definición sucinta del hogar:

Hogar es aquella parte de nuestro espacio vital físico, anímico y espiritual en el cual podemos hallar y ofrecer cobijamiento; pero que, al mismo tiempo, es símbolo de nuestro cobijamiento en Dios.

²⁴ Ver Anexo II donde se explica más sobre la naturaleza de las vivencias.

En su concepto de hogar distingue tres dimensiones. Afirma:

Si contemplamos el cuadro que he trazado del hogar, pueden percibir ustedes inmediatamente sus tres elementos esenciales. Hay un hogar físico: es un lugar determinado. Hay un **hogar espiritual**, síquico: se caracteriza por las vivencias del orden del espíritu. Hay un **hogar metafísico**: es el hogar terrenal y sus vivencias, que son un símbolo del hogar celestial. Estos tres elementos constituyen la esencia del hogar.

De acuerdo a esto, entendemos por hogar, en primer término, el *hogar "físico"*, como un lugar o espacio en el cual se habita.

En segundo término, habla del *hogar "psicológico"*, como un espacio donde se experimentan vivencias de paternidad, de filialidad y de fraternidad. Esas vivencias hacen que un lugar pase a ser un hogar.

Distingue una tercera dimensión de la vivencia del hogar: habla de un *hogar "metafísico"*, es decir, que va más allá de lo físico. El hogar se considera entonces como símbolo o imagen del hogar o de la patria celestial.

Si se considera lo que debiera ser un hogar, concebido en estas tres dimensiones, se puede apreciar lo que significa la carencia de hogar en nuestra cultura y la magnitud de la tarea que posee el educador en una época donde abunda la carencia de hogar.

Un lugar

El lugar es un espacio físico: un terruño, una casa, un sitio determinado, un paisaje, el ambiente en el cual desarrollamos nuestras actividades, trabajo, convivencia, etc.

El hombre es un ser que no vive en el aire sino que vive acá en la tierra. Así como necesitamos vincularnos con afecto a personas, así también necesitamos vinculamos con afecto a lugares y a las cosas.

Una habitación pasa a ser un hogar, cuando experimentamos en ella el acogimiento y la comunión fraterna. Ese lugar, entonces, adquiere para nosotros una importancia única; existe un vínculo que nos ata psicológicamente a él. Cuando estamos lejos de ese lugar, sentimos añoranza, esa nostalgia que evoca nuestra alma por todo lo que allí vivimos.

Y en el lugar están las cosas: un cuadro, un sillón, una prenda de vestir, una lapicera, una fotografía que colgaba en la pared del comedor de la casa, un objeto cualquiera, todo ello pasa a tener una significación especial para nosotros, porque está asociada a determinadas vivencias. Esa prenda de vestir significa algo especial para nosotros porque nos la regaló una persona amada, o porque esa lapicera está ligada a determinadas circunstancias que marcaron nuestra vida.

De esta forma, los lugares y las cosas que amamos pasan a ser una extensión de nuestro yo. De allí que no sea algo irrelevante el lugar donde se vive o se desarrollan las actividades.

El color, el orden, los adornos, las dimensiones de nuestra habitación, etc., todo eso fortalece nuestro yo, ayudándonos a crecer o bien, en el caso contrario, psicológicamente nos empobrece.

La carencia de hogar físico es uno de los cánceres de nuestro tiempo. No se tiene un lugar digno donde habitar ni tampoco se poseen las cosas necesarias o útiles para vivir. Pocas familias pueden contar hoy con un lugar digno, en el cual sea posible formar un hogar. Si esto falta, será difícil que una persona pueda crecer y desarrollarse sanamente, porque las vivencias que se experimentarán en ese lugar son negativas.

A esto se agrega que una cultura de lo desechable –propia de personas que cuentan con un nivel socio económico mejor– no valora el apego sano a los lugares y las cosas. Las utilizan, las cambian, pero no las aman, no se ligan afectivamente a ellas. En otros casos, debido al trabajo deben mudarse constantemente de un lugar a otro, sin que se logre echar raíces.

¿Qué sucede si no existe un lugar donde se pueda “vivir”, respirar, dormir, correr y jugar, sanamente?

¿Cuántos son los que hoy pueden contar con la experiencia de un lugar donde se hayan arraigado profundamente? ¿No somos más bien vagabundos que no echamos raíces en ningún lugar?

Una conocida canción de los Beatles habla del “hombre sin donde...”, del “*No-where-man*”. La canción describe gráficamente una realidad tremendamente actual:

El genuino trotamundos,
en ningún paraje se detiene y reposa,
va imaginando todos sus planes,

para nadie, para ningún lugar.

Un sitio desde dónde otear, no lo tiene.
¿No nos sucede algo semejante
a ti y a mí?

Escúchame, por favor, vagabundo...
tú ignoras lo que te hace falta.
Hombre de ningún lugar,
el mundo obedecerá cuanto decidas.

Es tan ciego como el más ciego,
ve sólo cuanto le agrada.
Señor de ninguna parte
¿ves mi rostro? ¿ves el panorama?

No te inquietes, señor de ninguna parte,
el tiempo es tuyo entero, deja tu prisa,
deja todo atrás, alguien ha de venir
a extenderte la mano.

Un sitio desde dónde otear, no lo tiene.
¿No nos sucede algo semejante
a ti y a mí?

Escúchame, por favor, vagabundo...
tú ignoras lo que te hace falta.
Hombre de ningún lugar,
el mundo obedecerá cuanto decidas.

El genuino trotamundos,
en ningún paraje se detiene y reposa,
va imaginando todos sus planes
para nadie, para ningún lugar.

Traducción: P. Joaquín Alliende

No-where-man

He's a real nowhere man,

*sitting in his nowhere Land,
making all his nowhere plans
for nobody.*

*Doesn't have a point of view
knows not where he's going to...
Isn't he a bit like you and me?*

*Nowhere man, please listen,
you don't know what you're missing,
nowhere Man, the world is at your command!*

*He's as blind as he can be,
just sees what he wants to see.
Nowhere Man can you see me at all?*

*Nowhere man, don't worry,
take your time, don't hurry,*

*leave it all till somebody else
lends you a hand!*

*Doesn't have a point of view,
knows not where he's going to.
Isn't he a bit like you and me...?*

*Nowhere man, please listen,
you don't know what you're missing,
nowhere man, the world is at your command!
He's a real nowhere man,
sitting in his Nowhere Land,
making all his nowhere plans for nobody.
making all his nowhere plans for nobody.
making all his nowhere plans for nobody!*

Esta canción ilustra el fruto de una sociedad donde normalmente es muy difícil que crezcan y se desarrollen personas seguras de sí mismos y capaces de integrarse socialmente.

Si se vive en un lugar estrecho, sin ninguna privacidad, sin luz, insalubre, etc., ello no solo afecta la salud corporal de las personas, sino igualmente, o más aún, su salud psíquica. Las vivencias que conforman nuestra personalidad, especialmente durante los primeros años de crecimiento, imprimen hondamente en su alma predisposiciones negativas. Dice el P. Kentenich:

Los que tengan voz en la construcción de viviendas deben preocuparse de que no se propicie la edificación de grandes bloques como cuarteles, sino que se hagan viviendas individuales. Estos gigantescos edificios son difícilmente adecuados para suscitar y formar en el niño una vivencia de hogar. ¡Dichoso aquél que puede dar a su propia casa el nombre de hogar! ¡Dichoso el que ha podido ser criado en un hogar! ¿No debería esforzarse el padre de familia por construir un hogar propio para su esposa e hijos, si tiene la posibilidad de hacerlo? Debemos fijarnos grandes metas. ¡El hogar es, verdaderamente, una tarea! Dichoso el que puede decir que su

propia casa es un hogar. (1951)

La tarea recae en gran medida sobre el sistema socio-económico que se aplique en el país, sobre aquellos que tendrían la obligación de velar por un techo digno para todos. Siempre será poco lo que se haga en este sentido.

Pero, dentro de sus posibilidades, los educadores, en primer lugar los padres de familia, pero también los profesores y todas las personas que posean una labor educativa, tendrían que cuidar, en su casa, en la escuela, en las parroquias, en el mundo laboral, que los espacios disponibles permitan vivencias positivas de hogar.

No es irrelevante que el espacio donde se vive esté sucio, desordenado, que los colores sean fúnebres o alegres, que haya aire y luz, y que no sean un desastre en el orden y la limpieza. Incluso la pobreza de los medios no está reñida con la belleza. Los lugares acogen o son fríos e inhóspitos.

Los lugares forman, el ambiente nos condiciona; sin embargo, resulta que muchos padres y educadores no hacen ningún esfuerzo por cambiarlos, aunque sea con medios muy precarios debiera hacerse algo para que el espacio donde vivimos, donde se lleva cabo una reunión o realizamos nuestro trabajo, sean lugares agradables, limpios, hermosos. El verdadero hogar tiene siempre algo que decirnos, cuando lo ha sido realmente.

El hogar psicológico

El P. Kentenich se refiere al “hogar psicológico”, entiende por ello el lugar donde se da y recibe amor paterno y materno, filial y fraterno.

Tener un hogar es algo muy distinto de tener el estómago lleno, o de tener los bolsillos llenos. El hogar es algo misterioso y recóndito. (...) Al evocar la imagen del hogar, recordamos muchos seres humanos con quienes hemos crecido: al padre, la madre, los hermanos, amigos, vecinos, y muchas otras personas. Estos recuerdos despiertan en mí cálidas emociones. Allí están todos los que me han querido bien y todos los que me han causado algún dolor, aún cuando su intención haya sido buena. Así, pues, los sentimientos cálidos están asociados con la conciencia y vivencia del hogar.

Por eso, cuando en una casa, departamento, rancho o choza, experimentamos este tipo de vínculos interpersonales, formamos una familia y ese lugar pasa a ser nuestro hogar. Las vivencias que

experimentemos en él se irán grabando en nuestra alma, las costumbres familiares, irán dejando en nosotros huellas profundas, las celebraciones familiares, los acontecimientos irán conformando en nuestro interior una mentalidad y predisposiciones que van más allá de lo consciente.

La familia es la célula básica de la sociedad. Lo es desde muchos puntos de vista. Una de las razones más profundas de ello se refiere justamente a lo recién expuesto.

En la familia los padres pueden, y deben, inculcar valores, costumbres, etc., en forma consciente. Se va así gestando, junto con los hijos, actitudes y posiciones frente al mundo que los rodea.

Sin embargo, lo más decisivo es que en el hogar las vivencias generan actitudes que penetran y marcan el inconsciente, predisponiendo a los hijos a un adecuado comportamiento social. Mañana pueden tirar por la borda muchas cosas de lo que vivieron en su hogar, pero estas predisposiciones difícilmente se borrarán de su fondo anímico profundo. Incluso, si se olvidan, una y otra vez aflorarán e influirán en sus juicios, en su modo de vivir y su actitud frente al mundo.

Si la persona ha tenido la experiencia de fraternidad, donde los hermanos se querían, se respetaban mutuamente el uno al otro, eran solidarios entre ellos, esa persona tiene, para el futuro, un precioso legado, un sentido social. Y no simplemente porque reflexionó o porque vio que moralmente era importante, sino porque lo lleva, por así decirlo, puesto en el alma

Todo esto hace del hogar el sitio privilegiado donde los hijos (y también los padres) crecen y se desarrollan, donde se forjan los fundamentos de la sociedad.

Una cultura que no cultiva el hogar destruye la sociedad, la mina desde sus cimientos. Una cultura que destruya la familia o esta no constituya una prioridad, está destinada a generar personas psicológicamente enfermas.

Quien no haya tenido la experiencia de hogar, o que el recuerdo del lugar donde nació o desarrolló su niñez y adolescencia esté ligado a recuerdos dolorosos, de abandono, de maltrato, de carencias del alma y del cuerpo. normalmente no poseerá una integridad personal que le permita ser dueño de sí mismo, que le dé seguridad y paz, que le regale confianza y seguridad "instintiva", que le permita integrarse positivamente en el quehacer social.

Sus sentimientos serán de abandono, de soledad, de derrelicción o de rebeldía, de inadaptación frente a un mundo en el que se siente demás, maltratado u olvidado.

Motivar a esa persona mañana a cultivar la fraternidad, la confianza, o a darse a sí mismo, resultará especialmente difícil.

El educador tendría que contar con que, al presentar valores aunque sea de la forma más “pedagógica” posible, quizás la persona no responda, no capte, no le interese o rechace lo que se le ofrece como un valor que plenifica su personalidad.

Todo esto lleva al P. Kentenich a señalar como tarea fundamental para el educador, el crear familia, el hacer que los lugares donde las personas vivan o trabajen, constituyan una familia, un hogar.

Su prioridad será entonces afianzar, en primer lugar, la familia natural e imprimir en los lugares donde desarrolla su actividad pedagógica o pastoral el sello familiar.

Esto lo hará fomentando vivencias de familia, siendo él un padre o una madre, que por su amor y entrega, por su ejemplo y palabra, despierte en los suyos un afecto filial. Así se irán dando al mismo tiempo vivencias de fraternidad. Y todas estas vivencias, poco a poco, irán sanando las vivencias negativas que los suyos puedan haber sufrido, especialmente en su niñez y adolescencia.

La labor para el educador es ardua. Lo es también porque este proceso no se da sin sacrificio ni sin múltiples renunciaciones para él.

Me dirijo nuevamente a los padres y las madres: pregúntense si los hijos de ustedes encuentran verdaderamente un hogar en el seno de la propia familia. Pregúntese el marido si la esposa lo ha encontrado en él y, recíprocamente, si él lo ha encontrado en ella. Pregúntense si la familia de ustedes ha hallado esta recíproca comunión de los espíritus, ese cobijamiento de los unos en los otros; si cada uno encuentra protección y seguridad en los demás.

Sabemos que este proceso espiritual requiere sacrificios. La mesa familiar sigue siendo una mesa para depositar ofrendas, porque la comunión de los corazones supone esencialmente liberarse, con vigor, del egoísmo. Como no superamos nuestras actitudes infantiles, hay actualmente, en consecuencia, pocas familias sanas. Una sana vida de familia supone la muerte de los egoísmos enfermizos.

El hogar metafísico

Esta tercera dimensión del hogar, y con ello de la vivencia del hogar, va más allá de lo físico, de lo tangible; se proyecta en el mundo de lo invisible, de lo sobrenatural.

El hogar es el lugar en que Dios nos ha puesto desde la eternidad en este mundo temporal; pero es también el lugar desde donde retornamos espiritualmente del tiempo a la eternidad. (1951)

Al tocar esta tercera dimensión del hogar, como “hogar metafísico”, abordamos uno de los aspectos más centrales de la pedagogía del P. Kentenich, específicamente de la educación de la fe.

Una factor clave en la transmisión de la fe

Existe el consenso de que hoy la Iglesia padece una profunda de crisis en relación a la vitalidad de la fe en sus miembros. Más todavía, que es especialmente difícil que el hombre actual, en particular la juventud, se abra a recibir las verdades de la fe. Le resulta cuesta arriba creer que Dios es un Padre lleno de misericordia, que nos ama entrañablemente y gobierna el mundo sabiamente. Puede llegar a entender los conceptos y las citas de la Biblia que nos relatan esas verdades, pero no logra asentirlas con su corazón. Dice el P. Kentenich en la *Jornada Pedagógica de 1951*:

Ayer expusimos el motivo por el cual el hombre moderno no logra captar la imagen de Dios; y por qué deambula acosado por la falta de cobijamiento y la angustia. Desde un punto de vista psicológico, la raíz más profunda reside en la falta de la vivencia del vínculo filial con el padre y la madre, la falta de una auténtica vivencia del hogar. Digo deliberadamente que se trata de falta de vivencias, para que ustedes se lo graben bien. No se trata en primer lugar de ideas, sino de la movilización del afecto, del corazón. Es necesario haber tenido la vivencia del vínculo filial con el padre y la madre, en forma irracional, pues de otra manera el hombre no tiene un sentimiento de seguridad y de cobijamiento suficientes. (...)

Falta en el hombre moderno una mirada sencilla, sobrenatural, llena de fe; la entrega confiada al Dios de la eternidad; la fe práctica y sin complicaciones en la divina Providencia, que en todas las situaciones de la vida osa arrojarse confiadamente al amparo del mundo sobrenatural. Falta al hombre la clave para la solución de todos los

problemas, no en un sentido científico, sino en lo que se refiere al dominio práctico de los caminos de la vida.

De este modo ustedes pueden comprender la importancia que tiene para nosotros proclamar en todas partes el gran mensaje relativo a la fe práctica en la divina Providencia; la importancia del espíritu filial, en la forma como lo enseñó Santa Teresita.

Los padres de familia católicos y los agentes evangelizadores a menudo centran sus esfuerzos en transmitir verdades, explicarlas lo más claro y lo más gráficamente posible, en mostrar cómo debemos actuar, dando testimonio de nuestra fe en medio del mundo. El problema es que, muy a menudo, se ve defraudado sin alcanzar el fruto deseado.

Poco se aborda pedagógica y pastoralmente la dimensión de las vivencias en la transmisión de la fe. Para el fundador de Schoenstatt es claro que una transmisión viva de la fe hoy requiere cuidar de las vivencias en el orden natural. La semilla de la fe tiene que caer en una tierra fértil.

¿Cuáles son las verdades de la fe, la buena nueva, que estamos llamados a transmitir? La buena nueva consiste en anunciar que tenemos un Dios que es Padre, un padre sabio, poderoso, misericordioso y fiel. Consiste en anunciar que somos hermanos en Cristo y que formamos la familia de los hijos de Dios; que tenemos una Madre en el cielo que nos ama e intercede por nosotros.

La pregunta es cómo va a entender, no sólo intelectual sino que vitalmente, todas estas verdades alguien que no ha tenido padre, que nunca has sentido el amor y el cuidado paterno; que no ha tenido hogar, donde existan hermanos que se aman, donde los lazos de amor natural están destruidos o seriamente dañados.

¿Por qué la religión ha dejado de tener para nosotros los valores propios el hogar? Tendríamos que decir que la mayoría de los hombres de hoy son huérfanos. Ya no tienen un padre celestial ni una madre celestial. Para ellos Dios no es su padre y la que es "bendita entre todas las mujeres" tampoco es su madre. De aquí provienen la falta de cobijamiento, la falta de seguridad, el sentimiento fundamental de angustia que los aflige. La angustia surge cuando este impulso básico y primordial del hombre, que los hace desear instintivamente un hogar, no encuentra respuesta satisfactoria en este mundo ni en el otro.(...)

Quisiera repetir algunos pensamientos fundamentales. La idea del

padre y de la madre -que Dios es nuestro padre y la Santísima Virgen nuestra madre- no va a abarcar normalmente toda nuestra alma si no ha sido precedida por una profunda vivencia natural subconsciente del vínculo filial con el padre y con la madre. No es suficiente que sólo una capa superior del alma esté llena de la idea del padre y de la madre, y no así sus capas inferiores. Si en un caso así no pudiese tener lugar más adelante una vivencia posterior, o una vivencia por contraste, o una vivencia de complementación, la idea del padre y de la madre normalmente va a chocar con dificultades.

(...)

Si nos hemos criado en un ambiente sano en donde hemos podido experimentar estas vivencias, el cobijamiento de que hemos hablado no es tan necesario. Pero el hombre privado de hogar –y hay una masa creciente de éstos– necesita un tiempo mayor para poder arraigarse. Este es el gran problema cultural de nuestra época: ¿Cómo cobijar a los hombres primeramente en el plano de lo natural? Si no logramos esto, normalmente no vamos a lograr tampoco cobijarlos en el mundo sobrenatural.

Hay también excepciones, pero lo normal es que el ser humano se vincule de algún modo con todos los hilos de su alma al plano de lo natural. De no ser así, se producirá un quiebre en su alma en la misma medida en que le falten los vínculos (...). Todos estos problemas que tenemos ante nosotros son muy serios. Tenemos que verlos y resolverlos. Si la cultura actual no los divisa todavía, en el futuro tendrá que asumirlos. (...)

La falta de hogar es el núcleo del problema cultural de nuestro tiempo, es lo que ensombrece toda la cultura. Por eso mismo, el cobijamiento es actualmente la gran tarea que debemos poner en práctica en todas las esferas. No se resuelve el problema por el hecho de buscar cobijamiento en Dios, directa y únicamente. Tenemos que preparar un hogar para los seres humanos en los demás hombres, en un lugar terrenal. De este modo, la vivencia sobrenatural del hogar será una vivencia sana y penetrará en el afecto. Lo que no penetra en el afecto no está seguro ni otorga suficiente cobijamiento y solidez.

¿Se dan cuenta ustedes cuál es la dirección hacia dónde deberíamos orientar nuestros esfuerzos pedagógicos? Nos interesan ambas cosas: la creación de un hogar natural y la de un hogar sobrenatural. Casi podríamos decir que en la actual situación lo más importante de

todo es la creación de un hogar natural. La ley de la conducción orgánica podrá entonces funcionar por sí misma.

(...) Los afectos que, en último término pertenecen a Dios, los transfiere el hombre primeramente a los lugares, pero de modo orgánico. Al vincularse al lugar, se vincula al mismo tiempo al contenido simbólico del lugar y, en último término, a Dios. En la vivencia del hogar se asocian vitalmente –no sólo en forma de ideas– la seguridad, la protección. De esta manera, el hogar terreno es símbolo del hogar celestial, que es, en último término, aquél que puede ofrecernos de manera completa este cobijamiento, esta seguridad y protección.

El planteamiento que hace el fundador de frente es muy claro, pero llevarlo a la práctica no es fácil. Los padres están llamados, en primer lugar, a construir un hogar donde, de alguna forma, se pueda vislumbrar lo que será la vivencia del hogar en el cielo. De allí la importancia por el ambiente que se respira en el hogar. Si hay discordia, egoísmo, desorden y falta de alegría, los hijos no podrán contar con una vivencia del cielo en su propio hogar, en cuanto esto se puede dar aquí en la tierra.

Por otra parte, de una u otra forma las imágenes y las costumbres religiosas que se cultivan al interior de la familia, también juegan un papel importante. La vivencia, se ha explicado, comprende el vínculo al lugar, a las cosas y a las personas. Las imágenes religiosas, un altar familiar o un santuario del hogar, las celebraciones de los tiempos litúrgicos en familia, todo esto y, por cierto en primer lugar, el ejemplo de la religiosidad de los padres, permitirán que los hijos cuenten con vivencias religiosas que calen hondo en su alma. En el fondo, todo pasará a estar impregnado por la presencia de Dios. Cristo Jesús, el padre Dios, la Virgen María son personas reales y presentes tanto para los padres como para los hijos y también para las personas que se reciben en el hogar.

Explica el P. Kentenich:

Debemos velar porque el hogar sea el sostén de lo religioso y porque toda la religiosidad de nuestros hijos esté ligada a este lugar. No podemos encomendar todo a la Iglesia y a las diversas entidades o asociaciones. También el párroco debe preocuparse de las vivencias religiosas. Los feligreses quieren tener cosas tangibles, vivenciales.
(...)

No piensen que estas cosas se realizan dictando un par de conferencias. Debemos formar pequeños círculos que tengan por

ideal crear un hogar, pero en su totalidad, según lo hemos expuesto; es decir, no se trata de captar solamente ciertos aspectos del hogar sino de crear el organismo completo, de unir los tres elementos entre sí: el local, el psíquico y el metafísico. Esto puede ser difícil cuando el ser humano está interiormente tan disgregado y mutilado, como ocurre hoy día. (...)

Si, en el plano humano, vivenciamos lo que es un hogar, estaremos dispuestos moral e interiormente a vivenciar, ya anticipadamente, lo que será la vivencia en la Casa de Dios Padre cuando él nos llame. (...)

Debemos cuidar también de que nuestros hijos tengan profundas vivencias espirituales y, en primer lugar, aquellas que son moralmente valiosas: sentimientos de gratitud, de piedad, respeto, intimidad. Todo esto es propio del hogar. El ser humano que no cuenta con estas cualidades no puede tener una vivencia religiosa del hogar; no puede hablar de hogar. (...)

¡Dichoso aquel que tiene un hogar y que, a su vez, puede ser un hogar para muchos otros! Padre, madre, ¿no quieren ser ustedes el hogar del esposo, de la esposa y de los hijos? Hijos, ¿no quieren ustedes ser, en el futuro, también un hogar y cobijar espiritualmente a los padres y a los hermanos? Millones de hombres que hoy no tienen hogar claman por un hogar espiritual. Deberíamos estar profundamente cobijados en Dios para que podamos ofrecer a muchos un hogar, aún cuando nosotros mismos tuviéramos que prescindir de él en esta tierra.

(...)

El hogar -y esto nos importa especialmente como pedagogos- es al mismo tiempo una tarea que impone serios deberes. Es una tarea especialmente difícil en los tiempos actuales. Esta tarea consiste, primeramente, en velar porque los tres elementos esenciales del hogar se hagan realidad y pasen a ser verdaderas vivencias.

2.4. La vinculación a las ideas

Como se señaló anteriormente, si se habla de amor o vínculo a ideas, lo hacemos en un sentido lato, ya que la vinculación de amor propiamente tiene como objeto las personas que amamos. Sin embargo, en sentido amplio, también se puede hablar de vinculación a las ideas, tal como

hablamos de “amor a la verdad”. Al comprender esta vinculación a las ideas, el P. Kentenich toma en cuenta que nuestro amor es “racional”, es decir, que es un amor lúcido, iluminado por la luz de la razón y de la fe.

Es interesante constatar cómo él, desde el inicio, ya en el *Acta de Prefundación*, alude directamente a esta meta pedagógica: se trata de formar personalidades libres y “sólidas”. Se refiere con ello a que se debe llegar a ser personas de carácter, que poseen claros principios, según los cuales orientan su vida. Él mismo, que acentuó y defendió en forma destacada los vínculos personales en el proceso educativo, siempre fomentó la claridad de ideas y la necesidad de guiarse por el orden de ser objetivo. Su labor como educador, al mismo tiempo, siempre estuvo acompañada de una seria reflexión sobre el acontecer histórico y las corrientes del tiempo, tratando de discernir y clarificar el querer de Dios. Dice en el Acta de Prefundación:

Debemos autoeducarnos como personalidades sólidas. Hace tiempo que dejamos de ser niños pequeños. Entonces permitíamos que nos guiaran las ganas y los estados de ánimo en nuestras acciones. Ahora, sin embargo, debemos aprender a actuar guiados por principios sólidos y claramente conocidos. Puede ser que todo vacile en nosotros. Vendrán con seguridad tiempos en que todo vacile en nosotros. Entonces ni siquiera las prácticas religiosas nos ayudarán. Sólo una cosa nos puede ayudar: la firmeza de nuestros principios. ¡Tenemos que ser personalidades sólidas!

Pareciera que hemos dado mucha importancia al amar y vivir, sin duda de gran relevancia, pero que a menudo dejamos en segundo o tercer plano, la conquista de un “pensar” claro.

La lucidez de nuestra razón y de una fe asumida reflexivamente –que supera lo que llamamos fe “del carbonero”– es lo que debe orientar nuestro amor, de tal modo que ese amor sea germen de una nueva forma de vivir.

Hoy no podemos dar por supuesta una formación doctrinal acorde al orden ser y a la verdad revelada. Vivimos inmersos en el reino del relativismo y en gran medida adolecemos de una formación intelectual más profunda, que sea capaz de sostener la verdad y que sepa “dar razón” de la fe, de los principios e ideales que profesamos, en medio de las corrientes actuales.

Una pedagogía de las vinculaciones, del amor iluminado por la fe, no podía, por lo tanto, dejar de lado la vinculación a las ideas, entendiéndolo por ello el apego apasionado a la verdad y a la cosmovisión cristiana.

Cito un texto donde del P. Kentenich se refiere al respecto:

Aspiramos a una unión orgánica entre vinculaciones a personas y a ideas. Comprueben qué clarísima visión de nuestro ideario mantuvimos hasta ahora. Eso es importante. No estamos diciendo que esas formulaciones hayan de ser presentadas en todas partes. Pero sí **que los jefes deben dominar el arte de formular con claridad.** (...)

Necesitamos asimismo hombres y mujeres que sepan transmitir ideas autónomamente. (*Semana de Octubre 1946*)

Esto último vale ciertamente para todos los educadores.

En la *Jornada Pedagógica de 1951*, el P. Kentenich trata esta dimensión de la pedagogía de vinculaciones con mayor detención. Seguiremos el desarrollo de lo que él expone en la décima charla de esa importante jornada:

En medio de la inestabilidad actual, el individuo debe tener un punto de apoyo. Y esto no sólo vale para el hombre moderno sino que es un postulado de validez general. En la actualidad estos contextos deben ser contemplados bajo una nueva luz. Quizás me respondan: “¿Pero cómo? ¿No es una contradicción? Por un lado dijimos que para la educación religiosa era necesario estimular la capacidad de vivencia en el área de lo religioso; **y ahora se dice que el apoyo se obtiene de un conocimiento claro, coherente, focalizador y focalizado.**”

Sin embargo estas no son aseveraciones totalmente antagónicas. No podemos ni debemos dejar guiarnos sólo por pulsiones instintivas y mociones, aunque sean pulsiones y mociones depuradas. Porque también tenemos una voluntad a la cual hay que dar su correspondiente espacio.

Para purificar, depurar nuestro subconsciente, **es necesario que el entendimiento y la voluntad guíen, formen y modelen nuestros impulsos instintivos.**

No se trata aquí de opuestos, sino de tensiones. La maestría está en hacer que esas tensiones se integren en una unidad de tensiones, en una unidad armónica. El toque maestro en la

educación es hallar la proporción correcta entre lo irracional, lo racional y lo superrracional. (...)

Se trata entonces de lograr apoyo en un conocimiento religioso claro y que nos permita tener una visión de conjunto. (...)

Contar con ideas claras resulta hoy doblemente necesario dado la labilidad, inestabilidad y relativismo del hombre actual: no solo requiere de arraigo en personas y lugares, sino también en un sólido conocimiento.

Según la ley del orden de ser que determina el orden de actuar, hay que atender a esa condición de nuestra naturaleza: ella es también espiritual: quiere abrirse a la verdad y crecer en la verdad.

Hay que educar a todo el hombre, por eso también su espíritu ha de tener apoyo en el conocimiento de la verdad; su corazón, en personas; su intelecto, en conocimientos claros, en la verdad.

La verdad le infunde seguridad, le da sustento, lo ampara, le suministra una visión del mundo y le abre posibilidades de contacto.

Si queremos hacer justicia a la naturaleza del hombre, darle el lugar que le corresponde, procuremos entonces que descansen en verdades fundamentales.

Una visión nítida de verdades queridas y signadas por Dios, especialmente una visión de conjunto de ellas, es a la vez medio para obtener sustento firme de cara a la carencia de estabilidad, de principios y de carácter que se observa en el tiempo actual.

Hay que ver la vinculación a personas y la vinculación a ideas en su mutua y profunda interrelación y tensión.

No basta un conocimiento lúcido en relación al orden natural. También es necesario contar con la claridad de las verdades que nos entrega la revelación.

Busquemos sustento en las verdades religiosas fundamentales; también en lo que se refiere al contenido de la educación, a la religión misma. No sólo la naturaleza del hombre exige una visión espiritual, una visión espiritual de conjunto, sino que igualmente lo exige la naturaleza de la religión.

Nuestra religión católica tiene un carácter expresamente normativo, lo cual significa dos cosas: Apunta a ser norma y ella misma está normada de muchas maneras.

En primer lugar, la religión apunta a servir de norma. La educación religiosa, la vida religiosa, quieren ser algo más que un construir castillos de arena y darse a ensoñaciones.

La religión busca formar, plasmar la vida; procura abordar la vida práctica y cotidiana, formular principios, intervenir en la vida diaria, tanto en la vida familiar como en otras formas de vida comunitaria.

¿Hasta qué punto hoy los educadores católicos dan cabida a esta dimensión en su actividad pedagógica?

Mucho depende de que en la educación, agrega el P. Kentenich, de que brindemos a quienes nos han sido confiados un firme apoyo en un conocimiento claro que sea asumido como norma para la vida cotidiana. (...)

El objeto debería ser un conocimiento sobre los misterios: Un conocimiento lleno de fe y asombro sobre los misterios de la Trinidad, la redención, el pecado original, la Iglesia y la escatología. Si nos animamos a adentrarnos en ese mundo, ¿no existe el peligro de caer en el intelectualismo religioso? Ciertamente ese peligro es grande.

Una cosa es contar con una formación intelectual sólida y otra construir todo solo en base a ideas que permanecen como realidades teóricas, perdiendo el contacto con la realidad y ajenas a los vínculos de amor personales.

Se corre el peligro de formar personas de cerebro hipertrofiado y corazón atrofiado.

Para evitar el peligro del intelectualismo religioso, el conocimiento ha de tener en cuenta dos cosas: Ser capaz de tomar decisiones para la vida y no ser un mero saber libresco, sino generar actitudes fundamentales.

Junto con precaver de un intelectualismo unilateral, el P. Kentenich aborda con decisión el “infantilismo intelectual” de muchos católicos. Esto lo dice en un ambiente alemán, donde se ha dado tradicionalmente importancia al conocimiento. ¿Qué diría si se hubiese referido al conocimiento promedio de los católicos en Latinoamérica?

Hay un aspecto negativo en relación con la formación religiosa. No pocos miembros de la clase intelectual católica, que son muy solventes en su especialidad, poseen, sin embargo, un conocimiento religioso infantil.

Si bien asisten a grandes jornadas para universitarios y aplauden en ellas, su conocimiento religioso sigue siendo infantil.

Al comparar su conocimiento religioso con la capacidad intelectual que tienen en su labor profesional, observamos que su conocimiento religioso se ha estancado en el nivel de un adolescente. Y por ser infantil es también un conocimiento a modo de bloques yuxtapuestos mecánicamente.

La primera consecuencia es que la religión perderá fuerza a la hora de asumir la vida.

La segunda es que los católicos cultos, al padecer los mazazos de la vida de hoy, se buscarán una religión sustituta.

Y así el profesional no raras veces buscará en el más acá la respuesta a los graves interrogantes que le amargan la vida. En muchos sentidos sufrirá una total falta de claridad en relación con la cosmovisión católica, y será presa de los falsos profetas de la actualidad. No se inclinará ante la verdad sino ante la locuacidad y fascinación de los falsos profetas.

Muchas personas cultas han enfermado psíquicamente por no tener un claro conocimiento religioso. Con frecuencia la psicología del subconsciente, el análisis de los sueños, nos revela el hecho de que un conocimiento infantil es la causa de alguna afección psicológica, particularmente en el caso de personas cultas. Es natural. Si, por ejemplo, la fe en la divina Providencia no está suficientemente fundamentada y afirmada, ¿cómo se podrá interpretar y asumir cabalmente los golpes de la vida de hoy?

Nosotros, los católicos, tenemos que estar familiarizados con estos contextos, tenemos que ayudar a educar una generación sana y fuerte, un discipulado sano. Y para ello no basta la sola capacidad de vivencia religiosa, ni el solo apoyo en una comunidad religiosa, sino que hace falta también un claro conocimiento religioso.

Después de una visión general del sistema pedagógico del P. Kentenich , la persona del educador, la pedagogía del ideal y, en este tomo, la pedagogía de vinculaciones, en el próximo libro de esta serie abordaremos la pedagogía mariana o pedagogía de la alianza. Con ello se completará la triada pedagógica o eje fundamental del sistema pedagógico que propone

el fundador de Schoenstatt. Posteriormente abordaremos temas centrales de la metodología pedagógica del sistema.

ANEXO I

SOBRE EL AMOR INSTINTIVO Y NATURAL

(Tomado de *La santificación de la vida diaria*)

El Señor llama mandamiento nuevo al precepto del amor: “Un nuevo mandamiento os doy, que os améis los unos a los otros” (Jn 13,34). Estas palabras suscitan involuntariamente en nosotros la pregunta: ¿No había habido amor hasta entonces en el mundo? El Señor mismo se encargará de respondernos con las breves y significativas palabras que añade a continuación: “*Como yo os amé, así debéis amaros unos a otros*”. Es decir, que el precepto de amar, que enseñan y practican Cristo y el cristianismo, no es nuevo en sí: lo original es la clase de amor que se pide. El amor que pide Cristo se distingue esencialmente del amor natural y de la caridad natural tal como se ejercitan fuera del cristianismo.

La psicología y pedagogía cristianas señalan tres clases de amor: El primero y más elevado es el amor sobrenatural o virtud cristiana de la caridad. El latín eclesiástico lo designa con el nombre de “*caritas*”. El segundo es la virtud natural del amor, que el lenguaje eclesiástico denomina “*dilectio*”. El tercero es moción involuntaria o sentimental natural o pasión. El lenguaje de la Iglesia le da el nombre de “*amor*”.

Por “pasión” entendemos un movimiento fuerte del apetito sensitivo. El término se interpreta hoy día de forma muy diversa, en muchos sectores. Por eso dice el conocido apologista Weiss: “No nos asustemos de esta expresión que, por culpa de los hombres, se hizo tan equívoca que casi nos avergonzaríamos de ella. Nadie piense qué significa aquí esa profanación del corazón, esa muerte de toda virtud, ese vulgar placer sensual al que se da erróneamente el nombre de “amor”. Al hablar de la pasión o del afecto del amor, nos referimos a aquel sentimiento natural, a aquella inclinación espontánea, a aquel impulso, hacia una cosa o hacia un objeto, que sentimos en el corazón cuando descubrimos en él algo bueno, hermoso o agradable”.

I. El amor instintivo

El fenómeno vital a que nos referimos suele calificarse de instintivo o apetitivo. Cuando las personas están ligadas mutuamente por los vínculos de la sangre o de la afinidad espiritual puramente natural, se llama a ese amor: *amor sensitivo o instintivo*. A él se opone el amor iluminado, purificado y transfigurado. Ambos se relacionan entre sí como inclinación y virtud, como instinto y voluntad.

El santo de la vida diaria no trata de extirpar esa inclinación espontánea y natural al amor, sino que procura ennoblecerla, purificarla y transfigurarla.

El amor sensitivo tiene tres notas características: es, por su misma esencia, *primitivo* (sin previa orientación de las facultades superiores), *estrecho* y *egoísta*. Todo ello representa, para el santo de la vida diaria, un triple e inmenso campo de trabajo.

A. Amor primitivo

Fácil es comprender por qué el amor sensitivo es primitivo. Recordemos, por ejemplo, el amor sexual, el paterno, materno, filial y el amor de amistad; el amor a nuestros conciudadanos. La naturaleza, o un instinto o inclinación ciega de la naturaleza, es la que impulsa, en determinadas circunstancias, a todos estos grupos a relacionarse mutuamente, sin que proceda orientación del entendimiento ni decisión de la voluntad. Nacido y fomentado espontáneamente en la región de la vida sensitiva, el instinto ciego o primitivo del amor ejerce, con todo, un gran influjo sobre el mundo del espíritu, y proporciona fines nobles y valiosos a la educación. Para conservar, enriquecer, formar y llenar de espíritu la existencia humana es una fuerza de vitalidad insustituible. ¿Qué sería, por ejemplo, de los niños, si no existiera este instinto?

El santo de la vida diaria lo considera como una llamada de Dios, que sirve para determinar la dirección y el grado de amor al prójimo y, al mismo tiempo, como un campo agrícola muy fructífero, pero no cultivado y cubierto de abrojos, que reclama toda su labor educativa y que recompensa largamente, si se le aplica los medios naturales y sobrenaturales indicados. ¡Feliz aquel que cuenta con un amor instintivo intenso y dilatado! Es verdad que tendrá que prepararse a sufrir crisis difíciles, pero con la gracia de Dios y con su prudente y fiel cooperación, su vida será en extremo rica y fructífera.

Esta misma persuasión destaca notablemente en el pensamiento y en la doctrina de san Francisco de Sales. Sabe muy bien, lo mismo que los demás maestros de la vida espiritual, que la purificación y ennoblecimiento de la vida instintiva no son posibles sin una moderada renuncia. Pero se preocupa mucho de bautizar el calor y la energía que se oculta en los instintos naturales, y de ponerlos al servicio de la caridad cristiana. Una época, amenazada tan intensamente de *colectivismo* y, por lo tanto, en incesante peligro de perder el alma y el corazón y, con ello, la propia personalidad, para convertirse en masa informe, una época así no debería

desdeñar asistir a la escuela del santo y examinar al menos su método para formar hombres nuevos, con personalidad.

El santo de la vida diaria reúne para ello las mejores disposiciones. Pues, la santidad de la vida diaria consiste en la armonía agradable a Dios entre la vinculación hondamente afectiva con Dios, con el trabajo y con los hombres, en todas las situaciones de la vida. Por lo tanto, no sólo ha de ser afectiva su vinculación a Dios y a su diario quehacer, también su vinculación al prójimo ha de ser hondamente afectiva. Esto precisamente es hoy más necesario que nunca, porque el capitalismo y la técnica han llegado a embotar nuestro sentido de la vida reduciéndonos, más de lo que creemos, a repuestos de una máquina, a una mercancía. De ahí que, a pesar de los adelantos en todas las áreas, sintamos ese vacío interno y seamos tan propensos a las psicosis de masas y de número. Donde impera el colectivismo, el mundo se enfría día a día, y el hombre se convierte cada vez más en la “bestia rubia” o en el “animal gregario”.

Quien comprenda estas realidades, adivinará la importancia que tiene hoy día educar acertadamente la vida instintiva, el sentimiento y el corazón, para mejorar las relaciones entre los hombres. Debemos todos estar muy agradecidos, porque, en medio de la incertidumbre espiritual del momento presente, encontramos en san Francisco de Sales un guía seguro. El santo es ambas cosas a la vez: santo y doctor de la Iglesia. Hay también otras lumbreras en el cielo de la santidad y del saber que nos señalan, a su modo, el mismo camino. Así, por ejemplo, san Ignacio no pretende, tan sólo con sus Ejercicios Espirituales, hacernos comprender con el entendimiento las verdades sobrenaturales, sino que quiere ante todo que gustemos y saboreemos internamente las cosas divinas. Pero es san Francisco de Sales quien parece tener una misión especial en este sentido.

Su amor de Dios es ardientemente afectivo. Y por la orientación espiritual de su vida se echa de ver fácilmente que también su amor al prójimo, que alcanza el mismo grado de su amor de Dios, tiene un sello de intenso afecto y gran naturalidad. No le importa saber que su conducta se opone a la que han seguido otros santos.

San Agustín trata de reprimir enérgicamente el dolor interno que siente por la muerte de su madre. Pero no lo consigue. Y llora por el espacio de "una breve hora". Eso le parece defectuoso, pero remisible.

San Francisco de Sales piensa y obra de muy distinta manera. Nos refiere ingenuamente el dolor profundo que sintió junto al lecho de

muerte de su querida madre. Y prosigue así: "Tuve el valor de darle la última absolución, de cerrar sus ojos y su boca, y de darle, en el instante de su tránsito, un último beso de paz. Y después, después... sentí muy cargado el corazón, y estuve llorando a mi buena madre mucho mayor rato de lo que he llorado jamás, desde que soy eclesiástico. Pero ese mi llanto corría sin amargura del alma."

De forma parecida, auténticamente humana, recibe la noticia de la grave enfermedad de un hermano suyo. "Ah, dijo, mi hermano es feliz como veo. Pero eso no me impide que llore por él. No puedo evitar los sentimientos de dolor que despierta en mí la naturaleza."

La conducta que siguen otros muchos santos (por ejemplo santa Ángela de Foligno que afirma que la pérdida de la familia significó para ella un gran consuelo) la designa el santo como más admirable, pero menos imitable. Su ideal es muy distinto.

Alaba a una joven viuda por su resignación a la voluntad divina, y añade como particular elogio: "Muestra esta piedad en medio de sus lágrimas y suspiros."

La hijita menor de la señora de Chantal, por la cual sentía el santo gran afecto, había muerto. Al enterarse de la noticia de su muerte, respondió: "Nuestra pequeña Carlota es feliz por haber dejado este mundo antes de que él pudiera rozarla... ¡Ah, pero debemos llorar un poco! ¿No tenemos acaso un corazón de carne y una naturaleza sensible? ¿Por qué, pues, no vamos a llorar por nuestros muertos, si el espíritu de Dios no sólo nos lo permite, sino que hasta nos lo indica?"

El santo temía que la señora Chantal, por su aspiración a la santidad, se volviera inhumana. Por esta razón la exhorta a que prodigue a sus hijos las caricias usuales de las madres en aquel país y lugar. Con este motivo escribe: "¡Qué afligido estoy de no poder ser testigo de las caricias que *Celse Benine* recibirá de una madre que, contra todos los sentimientos de amor materno, se está haciendo insensible! Me sospecho que serán caricias terriblemente moderadas. ¡Ah, no, hija mía querida, no sea tan cruel! Muéstrele alegría por su llegada al pobrecito y joven *Celse Benine*."

El ideal de san Francisco de Sales era unir una completa indiferencia con un amor intenso. Señala para ello un camino fácil, que describe así uno de los mejores conocedores de su espíritu:

"Primeramente concentra el alma todas sus energías, sin excepción y sin reservas, sobre Dios, único fin de su ser. Libre, se eleva a aquella cumbre suprema de perfección, en que Dios se presenta ante sus ojos con una grandeza avasalladora. Entonces, desaparece la tierra a su mirada, los bienes terrenos no tienen ya atractivo para ella, su corazón se ha vuelto indiferente a todo lo terreno. Pero en Dios encuentra al hombre, al Creador de todo lo verdadero, bueno y hermoso que hay en el mundo, al artista que esculpió en él a su propio ser, y que orientó las inclinaciones humanas a los valores creados. Por eso, desciende de nuevo el alma por la "escala de Jacob", del amor. Vuelve a amar a su patria, a sus bosques y a sus flores, a su familia y a sus amigos, al arte y a la ciencia. Pero ahora los ama con amor nuevo; no porque los codicie el hombre terreno, sino por amor del amantísimo Padre celestial, que ha creado todos estos bienes, y quiere que su hijo disfrute de ellos."

San Francisco de Sales usa en una ocasión esta metáfora: "El alma se ha despojado de todos sus afectos. Se presenta desnuda ante Dios. Y entonces se viste de nuevo con sus anteriores afectos a sus padres, a su patria, a su casa paterna y a sus amigos." Pero ahora son ya afectos "nuevos y distintos". Porque este nuevo amor ha renacido del espíritu del Padrenuestro: "Santificado sea el nombre de nuestro Señor, que su reino se dilate y se cumplan sus deseos."

No resultará fácil a todos unir el amor natural con la santa indiferencia, sin detrimento de ninguno de ellos. Algunas personas, temiendo justificadamente peligrosos efluvios del afecto, tendrán que tener más tirante las riendas de sus afectos naturales. En todo caso, san Francisco de Sales logró realizar maravillosamente esa armonía. Por eso, se nos presenta como ejemplo clásico de santidad de la vida diaria vivida en el mundo. Quien sepa purificar y ennoblecer en Dios su amor instintivo y natural, ése no sólo habrá forjado un hombre nuevo y redimido, tal como nos lo pide la época actual, sino que habrá contribuido, al mismo tiempo, a librar al cristianismo del reproche que se le hace de ser poco humano, de ser antinatural y artificioso.

B. Un amor estrecho

Igual que toda la vida sensitiva, el amor instintivo y primitivo tiene grandes limitaciones. Por sí mismo no es capaz de superar ciertos márgenes. Y por tanto se le abre aquí un nuevo campo de trabajo al santo de la vida diaria,

que aspira a ser perfecto en todo. Pasará sin duda mucho tiempo hasta que logre abarcar a todos los hombres con un amor auténticamente cristiano aunque diverso en sus grados.

La experiencia diaria nos enseña lo estrecho de miras que es toda clase de amor primitivo. Si no nos hacemos un poco de violencia, el círculo en que nuestro espíritu vive y ama es relativamente pequeño. Pensemos en un amor maternal puramente instintivo. Es cierto que no es frecuente encontrarlo en su forma extrema; aunque muchos rechacen teóricamente el cristianismo, su ideología y sus costumbres, sufren a veces una intensa influencia cristiana. Y cuando encontramos un amor material semejante, vemos que la gente lo califica de ciego y, por eso, pegajoso, y que lo rechaza por tanto como insano, mezquino y estrecho y por eso, como parcial e insanamente egoísta. Y siempre que el amor filial o amistoso o conyugal lleva el sello del amor puramente instintivo, conduce a numerosas incomprensiones, rivalidades y desavenencias. Y cuanto más estrecha de miras es la inclinación y más intensamente busca el exclusivismo, entonces sus efectos son tanto más excitantes y perjudiciales. Por eso aconseja Nietzsche: *"Man sollte nicht an einer Person hängen bleiben, and sei es auch die liebste. Jede Person ist ein Gefängnis, auch ein Winkel"*. "No deberíamos apegarnos a ninguna persona, aunque fuera la más querida. Cada persona es una cárcel y un rincón." La experiencia enseña que personas, que en sus años juveniles hicieron partícipes a pocos de su amor, se hacen con el tiempo tan mezquinas que se vacían después internamente y son por eso malos esposos y padres sin cariño. Sólo el amor divino y vuelto hacia Dios hace al hombre libre, feliz y fecundo. Su amor se va pareciendo cada vez más a la riqueza inagotable de Dios, que prodiga sin cesar sus dones sin empobrecerse por ello.

El paganismo antiguo con su concepto de comunidad racial concebía, de forma exclusivista, este amor instintivo. Por eso no reconocía más que a su propio pueblo. Quien no perteneciera a él, era considerado como extraño y se le trataba como enemigo, y después como bárbaro, y desde luego era un ser desamparado por la ley, sin derechos ni defensa, y sin valor ante la sociedad. Israel constituyó una excepción en cuanto que los extranjeros que habitaban dentro del país eran juzgados según las mismas leyes que los nativos. Entre los paganos, un individuo no era nada, si no poseía el derecho de ciudadanía. No tenía la más mínima personalidad jurídica. Sólo el Estado significaba algo. En el Estado y por el Estado era únicamente cómo el individuo tenía derecho a la existencia y valor ante la

sociedad. Siguiendo el ejemplo de Aristóteles, los antiguos filósofos no se cansaron de considerar al hombre como ser social, como animal social. Al emplear nosotros, hoy día, esta expresión, queremos significar que el hombre, por su naturaleza, presenta en sí una inclinación a reunirse con sus semejantes. Los antiguos entendieron la sociabilidad como la necesidad interna que siente, según ellos, a formar diversos Estados, y como la fuerte tendencia de la naturaleza a esclavizar la masa al individuo.

El cristianismo rompe los estrechos márgenes de toda clase de amor primitivo. Supera la estrechez de miras al derramar sobre todos los hombres, sin distinción, la luz del Evangelio, haciéndoles aparecer así en toda su grandeza y dignidad por la filiación divina. La estrechez de corazón se quiebra como el hielo ante los fulgores del cálido sol, cuando el Dios, que ama todas las cosas y no aborrece nada de cuanto ha creado, toma posesión del alma del cristiano.

Ello significa la exaltación de la persona humana en el cristianismo, la proclamación de un nuevo ideal cristiano de la sociedad. Conforme al prototipo de la Santísima Trinidad, éste se puede sintetizar en una sociedad lo más perfecta posible por razón de la mayor perfección posible de los individuos que la integran; y ambos, sociedad e individuos, regidos primordialmente por la ley básica del amor. El mundo actual desconoce todo lo que su civilización debe a las ideas cristianas. El cristianismo enseña ante todo la inmediata ordenación del hombre a Dios, que el hombre es imagen natural y sobrenatural de Dios y, con ello, afirma la inviolable dignidad de la persona humana y su libertad interna, sin por eso sustraerlo de la comunidad natural o de libre elección, queridas por Dios. San Agustín comenta que uno de los reveses más duros para un cristiano es verse desterrado de su patria. El hombre, según la doctrina del cristianismo, pertenece ante todo a Dios; y después, con dependencia de Dios, se debe en parte a sí mismo y en parte a la sociedad. Por eso exhorta san Pablo: "Habéis sido comprados a alto precio; no os hagáis, pues, esclavos de los hombres" (1 Cor 7, 23). "Siervos, obedeced en todo a vuestros amos según la carne, no sirviendo al ojo como quien busca agradar a los hombres, sino con sencillez de corazón, por temor del Señor" (Col 3, 22). Como individuos libres y fundados en Cristo, todos los hombres son iguales. Todas las otras diferencias, con respecto a esta gran semejanza, tienen una importancia secundaria. "Todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. Porque cuantos en Cristo habéis sido bautizados, os habéis vestido de Cristo. No hay ya judío o gentil, no hay siervo o libre, no hay varón o hembra, porque todos sois uno en Cristo Jesús" (Gal 3, 26-

28).

Sólo desde que el individuo se siente y se comporta como personalidad, es posible el verdadero amor al prójimo y la verdadera sociedad. Quien está totalmente absorbido por lo colectivo, es solamente "ser social", en cuanto sus energías son puestas en movimiento por la sociedad. Pero si dejamos de coaccionarle, veremos que en él aparece pronto un craso egoísmo. Es que en el colectivismo, el individuo, separado de la totalidad, pierde su valor personal y ya no tiene importancia. Y por eso no merece mayor aprecio. El verdadero amor al prójimo no tiene entonces importancia alguna.

Al reconocer a la persona humana toda su dignidad y nobleza, la obediencia cristiana, el trato mutuo y el mandar y gobernar adquieren una sublimidad especial.

El subordinado se inclina con libertad real ante Dios que se oculta detrás de la autoridad que ordena. El superior es representante de Dios, no un ídolo que le suplanta. Y, por consiguiente, obedecer no es prestar servicio a hombres sino a Dios.

Los Místicos Medievales nos dicen:

La obediencia es una virtud por la cual el hombre niega su propia voluntad, y se despoja de ella, y se decide a obrar lo que le han mandado en nombre de Dios. Ser obediente significa tener ánimo humilde, sumiso, dócil y una voluntad dispuesta a todo lo bueno.

La obediencia hace al hombre sumiso a todos los mandatos y prohibiciones, en una palabra: le subordina enteramente a la voluntad de Dios. Pues Dios mismo es quien nos manda que guardemos sus preceptos con verdadera obediencia, y que cumplamos su santa voluntad en todas las cosas. Dijo Jesús: "Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos." Y en otra ocasión: "Si guardareis mis preceptos, permaneceréis en mi amor, como yo guardé los preceptos de mi Padre y permanezco en su amor."

El precepto del amor es el primer y supremo mandamiento, y nadie puede amar verdaderamente, si no se encuentra en la fe cristiana.

Si quieres guardar los mandamientos divinos, debes creer y confiar en Dios y limpiar tu alma de los pecados, según la ley cristiana y las ordenaciones de la Iglesia.

La voz de Dios y la de la Iglesia son la misma voz, pues Dios habla

por boca de nuestra santa Madre Iglesia en todas las enseñanzas, preceptos y consejos que nos da. Y por eso la obediencia hace al hombre sumiso a la santa Iglesia, a los sacramentos, a las jerarquías, a la doctrina de la Iglesia y a sus mandamientos, a sus consejos y a todas sus buenas costumbres e instituciones.

La obediencia hace al hombre sumiso a sus superiores por amor de Dios, y le hace también benévolo y dócil con todas las personas disponiéndole a recibir sus consejos, a prestarles servicios corporales y espirituales, según las necesidades y prudencia de cada uno.

No hay nada más agradable a Dios y más provechoso para el prójimo que esta humilde obediencia. Dios prefiere una sola obra hecha por verdadera obediencia, a cien mil obras por propia voluntad y contra la obediencia. No se le puede presentar, durante esta vida terrena, una ofrenda más agradable que un corazón humilde y obediente. El Hijo eterno de Dios, Cristo Jesús, por amor del hombre se hizo obediente a su Padre celestial, bajó de los cielos hasta la naturaleza humana, y de esta tierra hasta la santa Cruz, y desde la santa Cruz hasta una muerte cruel y acerba.

La obediencia consigue óptimos resultados en todas las cosas. Es una virtud sin la cual ninguna obra, por grande que sea, tiene gran valor; mientras que otra obra mucho menor, puesta por obediencia, tiene un valor mucho mayor. Considerad la obra más pequeña que queráis: la obediencia la ennoblece, la mejora y la hace más meritoria que las obras más excelsas hechas por propia voluntad. Un salmo rezado por obediencia es lo mismo que si rezaras muchos salmos. Es mayor indicio de verdadera santidad hacer de buena gana algo que nos mande la obediencia, que resucitar un muerto del sepulcro.

Quien sea obediente, no tiene por qué temer, pues va por el camino verdadero y en pos de Cristo. No desaprovecha nada en las cosas que le mandan, y no le falta ningún bien. Cuando el hombre es obediente y no se busca a sí mismo y ha salido de sí mismo, entonces entra Dios en él, es decir: en la medida en que nos negamos a nosotros mismos, y morimos por la obediencia, en esa misma medida nace Dios en nosotros con su gracia y sus virtudes. Y entonces puede obrar en nosotros sin interrupción y sin estorbo, entonces puede el hombre recibir en mayor grado el influjo del

manantial vivo, que hace fecundas todas las virtudes del alma.

El hombre obediente se puede dirigir a Dios sin cesar pues, por medio de la gracia, está libre de sí, y tiene su alma en sus manos para entregarla a quien quiera y cuando quiera; es dueño de sí, y se ha confiado a la voluntad santísima de Dios.

La obediencia trae la paz a las comunidades, pues nadie puede ser de verdad pacífico, si no es persona verdaderamente obediente. Y por eso mismo, será amado de todos los que le rodean, porque la persona obediente de veras se ha despojado de todo su querer y no querer, y no aguarda a que le ordenen expresamente una cosa, y nunca vacila en cumplirla; y en cuanto conoce la voluntad del superior, se dispone en seguida a cumplirla.

Y así pudo exhortar san Pablo a los esclavos de su tiempo: "Lo que hagáis, hacedlo de buena gana; pues lo hacéis por el Señor y no por los hombres" (Col 3, 23).

¡Ojala consiguiéramos implantar esta concepción del trabajo y de la obediencia en el mundo moderno del trabajo! Sería mas fácil, en medio de las dificultades de la vida, considerarse como un "encadenado de Cristo" (Fil 1), cuyo yugo es suave y cuya carga ligera (Mt 11, 30), y el inmenso trabajo que hoy se realiza, quedaría convertido en un prolongado *Gloria Patri*.

El santo de la vida diaria conoce el arte de santificar todas sus relaciones y de transformarlas todas en servicio de Dios. La luz de la fe le enseña que, si es súbdito, Dios le habla por medio de sus superiores, y le dirige y santifica por ellos. En todas las cosas aspira a la mayor perfección. No se contenta con la ejecución exacta, pronta y perfecta de todo lo que se le ha prescrito o aconsejado; ni le basta conformar su voluntad con la del superior; sino que procura conseguir el supremo grado de obediencia, que es la obediencia de entendimiento, la obediencia ciega. Por eso se afirma, desde un principio, en la convicción de que todo lo que manda y prescribe la obediencia es justo. Y si ve que lo que manda el superior es menos útil, lo hace ver así con sinceridad y humildad. Y si ve que no ha surtido efecto, cierra los ojos de su entendimiento con obediencia ciega, y deja brillar en el alma con todo resplandor la luz de la fe, que le enseña claramente cómo Dios, con los planes de su Providencia, sabe enderezar al mayor bien todas las cosas, incluso los desaciertos de los superiores, con tal de que los hombres se esfuercen en amarle. Y sigue adelante su camino, sin que se turben ni rompan las relaciones mutuas. Lo cual no impide que, más

tarde, cuando pueda decidir por sí mismo en aquel asunto, procure darle la solución que le pareciere buena en el acatamiento de Dios. De esta forma sabe armonizar la sinceridad, la propia iniciativa y la respetuosa obediencia.

Como sabe ver y reverenciar a Dios en los hombres, sobre todo en sus superiores, todo su ser siente un vivo respeto en el trato con los demás. "Desde niña me enseñaron, confiesa una maestra, a considerar a los sacerdotes como una custodia o una iglesia consagrada." El santo de la vida diaria considera así a todos los hombres.

Dice *Goethe*: "Hay una cosa que no trae al mundo ningún niño y, sin embargo, de ella depende que el hombre sea hombre con pleno sentido: el respeto." Porque toda la persona del santo de la vida diaria está imbuida de santo respeto, por eso es tan perfecto en todas sus obras. De ahí también que ayuda a restituir en su medio el orden desquiciado del mundo. *Shakespeare* llama al respeto *quicio del mundo*. Es evidente que el desorden tan grande que padece el mundo se debe a que ha perdido el respeto, primero el respeto a Dios y, por consiguiente, el respeto a los hombres.

El respeto acompaña por doquier al santo de la vida diaria. Su trato con todo el mundo va regido por una delicadeza cristiana, sencilla y casi natural. Tan hondamente ha imbuido sus sentimientos la concepción de las ideas sobrenaturales, que no sólo tiene siempre a mano razones sobrenaturales para amar al prójimo, sino que además posee un fino instinto y un tacto acertado para saber lo que pide el amor en cada instante. La delicadeza cristiana no es otra cosa que una fina cualidad de adaptación a las circunstancias del momento. Vive sin cesar con la conciencia de su incorporación sobrenatural al Cuerpo Místico, y no pierde nunca el "contacto" con la dignidad y nobleza y con las aspiraciones del hombre como miembro de la gran familia de Dios. No le falta nunca "delicadeza"; y por eso no tropieza tan fácilmente con los demás. No va por el mundo ufano y orgulloso, encerrado en sí y sin preocuparse de los intereses de los demás. La persona delicada se preocupa siempre de hacer todo bien; por eso su conducta aparece tan clara y leal. Sabe cuándo debe callar y cuándo ha de decir y hacer alguna cosa. En cambio, la persona poco delicada se presenta solemnemente con la persuasión de su firmeza y dignidad, pero en la vida práctica su conducta suele ser como la de un elefante que entra en una tienda de porcelanas. La delicadeza presupone una lucha incesante contra la despreocupación, la vanidad y el egoísmo. La delicadeza requiere incesante vigilancia del entendimiento y

dominio del sentimiento y de la voluntad y un elevado desinterés. De lo contrario se reduce a conocer ciertas normas y prácticas de buena conducta. Hay muchas personas, incluso muchos educadores, que saben disertar con brillantez sobre estas cosas, pero que fallan en las normas más elementales de la urbanidad. Ejemplo señalado de esta delicadeza, desplegada en todos los sentidos, con los de arriba y con los de abajo, con los de la derecha y los de la izquierda, es San Pablo, el Apóstol de las Gentes. Sabía mostrarse franco y sincero con sus discípulos y colaboradores, y también con sus superiores. Recordemos tan sólo cómo se opuso cara a cara a Pedro. Pero siempre se cuidaba muy bien de proceder con la debida delicadeza. Confiesa a los Corintios que se había presentado a ellos con debilidad, temor y mucho temblor (1 Cor 2, 3).

Es evidente que siempre le causaba preocupación el saber unir la suavidad paternal y la eficacia, sin herir ni tropezar incesantemente. Era maestro de la caridad delicada, previsor, comprensiva, oportuna. Leamos la ingenua descripción que hace de sí mismo:

"En que siendo del todo libre, me hago siervo de todos para ganarlos a todos, y me hago judío con los judíos para ganar a los judíos. Con los que viven bajo la ley me hago como si yo estuviera sometido a ella, no estándolo, para ganar a los que bajo ella están. Con los que están fuera de la ley, me hago como si estuviera fuera de la ley, para ganarlos a ellos, no estando yo fuera de la ley de Dios, sino bajo la ley de Cristo. Me hago con los flacos, flaco, para ganar a los flacos; me hago todo para todos, para salvarlos a todos" (1 Cor 9, 19-23).

Prueba de su delicadeza exquisita es el consejo que dio al ser consultado sobre si era lícito comer la carne sacrificada. Escribe así:

"Nadie busque su provecho, sino el de los otros. Todo cuanto se vende en el mercado, comedlo sin inquirir su origen por motivos de conciencia, porque del Señor es la tierra y cuanto la llena. Si alguno de los infieles os invita y vais, comed de todo lo que os sirvan, sin preguntar nada por motivos de conciencia. Pero si alguno os dijere: Esto es inmolado, no comáis, por el que lo indicó y por la conciencia. No digo por la tuya, sino por la del otro. Pero ¿por qué ha de coartarse mi libertad por la conciencia ajena? Si yo con agradecimiento participo, ¿por qué he de ser reprendido por aquello mismo de que doy gracias? Ya comáis, ya bebáis o ya hagáis alguna cosa, hacedlo todo para gloria de Dios, y no seáis objeto de

escándalo ni para judíos, ni para griegos, ni para la Iglesia de Dios, como procuro yo agradar a todos en todo, no buscando mi conveniencia, sino la de todos para que se salven" (1 Cor 10, 24-33).

La Sagrada Escritura nos cuenta muchas cosas de la Madre de Dios. Pero no nos extraña que refiera con tanto detalle las bodas de Caná, haciéndonos ver la delicadeza y comprensión de la Bendita entre las mujeres.

El santo de la vida diaria procura asimilar estas enseñanzas de la Sagrada Escritura y de los Santos, aprendiendo a portarse con sus prójimos con esa delicadeza, con ese respeto y caridad. Por eso su conducta con todos los hombres es de una gran libertad interior de espíritu y de una castidad exterior conforme a su estado. Considera a todos los hombres, incluso a los amigos, a los hijos y al consorte, como un lazo sagrado, que Dios echó a la tierra, para ligarle a él y llevarle al corazón de Dios. Pero sabe también que los hombres pueden asirle fácilmente y esclavizarle, impidiendo el proceso orgánico de su unión con Dios. De ahí su cuidado por conservar la castidad, conforme a su estado, de toda su persona. El verdadero amor encierra esencialmente en sí dos líneas en sentido inverso: una que va y otra que vuelve. La que parte del sujeto es el cálido flujo y reflujo del amor entre dos personas, la generosa donación de sí mismo; la que vuelve al sujeto es cierto temor respetuoso, la fiel defensa de sí mismo.

La conducta del santo de la vida diaria está impregnada de profundo respeto, aun en las relaciones de superior a súbdito. Sabe que, en su calidad de superior, ha de ser imagen del Padre celestial que, con paterna liberalidad, lo hace todo por amor, con amor y por el amor. El sentido común le preserva de confundir el serio oficio de padre con el de abuelo. Como Dios, obra e interviene con energía y, por tanto, puede ser que alguna vez cause dolor. Pero todo lo hace con amor cálido, respetuoso y discreto. Dios le ha confiado una preciosa joya, que se compró a un alto precio, al precio de la Sangre de Cristo, y le pedirá cuenta de ella. Sus subordinados no representan para él un manajo de leña o unos cuantos esclavos, sino hijos libres de Dios y miembros de la gran familia cristiana. Siente un profundo respeto ante cada hombre, ante cada destino, ante cada modo de ser. Las relaciones mutuas se rigen no sólo por la estricta justicia, sino también por la caridad afectuosa, reverente, discreta. Cuando emplea la energía viril para mantener la disciplina, no da exagerada importancia a la eficacia de la severidad y dureza. Mucho más estima los efectos que la delicadeza y la generosidad producen en la disciplina. Por eso su modo de gobernar, respetuoso y enérgico, es un factor social de

primer orden.

Un moderno filósofo de la moral advierte con acierto: "Se lee a menudo entre los anuncios industriales el siguiente: "Necesitamos ingeniero enérgico". Por desgracia, no se refiere a aquella honda energía que tiene vigor y aplomo suficiente para mantenerse bondadoso y modesto en medio de toda la severidad que requieran las obligaciones; entienden más bien aquella otra energía propia de los perros pastores, que ladran y muerden sin cesar, y que los empleados experimentan como continua humillación, y que da por resultado el cese absoluto de toda alegría y gusto en el cumplimiento del deber. Y no lo olvidemos: gran parte de los rencores y enconos se debe a que los hombres sienten en su interior gran necesidad de obedecer alegremente, y por eso se irritan con un director despiadado, no porque les quita la libertad, sino porque les hace imposible la obediencia, porque se obstina ciegamente en que no obedezcan como hombres, sino como animales... Igual que una palabra ofensiva produce a veces verdaderas explosiones en individuos y en colectividades, de la misma manera una sola palabra de aprecio, un tono respetuoso, es capaz de producir, en medio de la más severa disciplina, verdaderos milagros de fervor y entusiasmo. *Dostoyevsky* nos habla de los efectos de la bondad de corazón sobre los cautivos de Siberia: "Encontré comandantes bondadosos y amables, y pude observar los efectos que producían entre los cautivos: unas palabras afectuosas, y el desterrado casi revivía moralmente; como niños, se alegraban y comenzaban a amar."

Si el santo de la vida diaria es superior de una comunidad religiosa, procura inspirar su conducta en el trato del Señor con sus discípulos. El *Padre Ginhac*, que murió como un santo, era rector de una gran casa religiosa. Antes de comenzar su rectorado trazó las directrices que habían de dirigir su gobierno. Y como están inspiradas en el espíritu de Cristo, quiero insertarlas aquí. Si queremos ser santos de la vida diaria, tenemos que desempeñar nuestro cargo de superiores de forma parecida.

1ª. *Quiero ser como uno cualquiera de mis hermanos, y no gozar de excepciones, ni de privilegios ni de particularidades; quiero ser hermano de mis hermanos y ser superior lo menos posible. Quiero usar la autoridad sólo cuando sea completamente indispensable.*

2ª. *A mis ojos quiero ser el último de todos; por lo tanto, tendré*

conmigo menos consideración que con el último; estimaré a todos y estaré dispuesto a aceptar consejos de todos, y a escuchar de buena gana las advertencias que puedan hacerme sobre cualquier cosa. Me esforzaré por reconocer en todos sus buenas cualidades y por imitarlas.

3ª. *Quiero ser el servidor de todos.* Por tanto, me aplicare de modo especial la frase del Señor: "No he venido a ser servido, sino a servir". No estoy en este puesto por mí, sino por los demás; no para hacer mi voluntad, sino la de ellos; no para hacer que todos me sirvan, sino para trabajar por todos. Todo mi tiempo les pertenece a ellos. Por eso todo el tiempo que emplee en oírles y en servirles no tengo que considerarlo perdido, sino como gran ganancia, pues ésa es la voluntad de Dios. Por eso no debo esperar recompensa, y he de alegrarme si no encuentro gratitud. ¿Podría acaso alegar algún derecho a ella? Yo trabajo sólo por Dios.

4ª. *Me consideraré siempre indigno de estar en la Compañía de Jesús.* ¡Qué desprecio se debe sentir por la propia persona, al ver que no se tiene nada: ni virtud, ni ciencia, ni merecimientos! Así que debo estar muy agradecido, pues se me concede, a pesar de todo, vivir en la casa de Dios, tratar con personas santas, estar a su servicio, trabajar y luchar en su compañía.

C. Un amor egoísta

Todo amor terreno es egoísta u ordenado al bien de la propia persona. Mientras sigue siendo un amor puramente instintivo, lleva el sello de la pasión y obsesión por la propia persona. El santo de la vida diaria procura salvar del egoísmo al amor propio y ponerle al servicio de Dios.

1. No es necesario detenerse mucho en analizar el egoísmo. Es egoísta, por ejemplo, el cariño materno que no es capaz de renunciar a su hijo, aunque la separación sea necesaria para el desarrollo de sus facultades o para fundar una existencia autónoma, o para seguir una profesión, o para desempeñar una misión más importante y trascendental. De igual forma, el amor de amistad y el amor filial pueden ser marcadamente egoístas, tendiendo incesantemente a cultivar, a expresar ese amor, a reunirse con la otra persona, sin tener consideración de lo que puede exigir la salud, la profesión y empleo de dicha persona.

Los efectos perniciosos del amor instintivo se reflejan especialmente en la vida social, aunque dicho amor se cubra con el nombre de filial, paternal, maternal o de amor de amistad. Divisiones, quejas, sensualidad, falta de

disciplina, de energía, esterilidad, son de ordinario sus consecuencias. ¡Cuánto bien se ha dejado de hacer, en el mundo y en la Iglesia, por ese amor instintivo! El egoísmo se presenta en todas sus formas: en unos casos como egoísmo individual, en otros como egoísmo colectivo. Se habla también de cierto egoísmo de las órdenes religiosas. En todas partes encuentra entrada el egoísmo: en los palacios de los reyes, en los conventos, en las chozas de los pobres. Un buen conocedor de los hombres escribió: "Hay pocos bienhechores que no dicen como el diablo: Si te postras y me adoras..."

El poeta griego *Esquilo* llamó a este amor "amor despiadado". Un buen observador de la vida moderna critica, a este propósito, la forma de beneficencia corriente desde hace mucho en Occidente.

"Hay varias cosas, dice, que nos parecen extravagantes en la moderna filantropía, y no sólo a nosotros, sino también a hombres que están de buen acuerdo con el mundo en otros aspectos. Recordamos la famosa composición de *Victor Hugo*: Cuando, para los mismos fines, se abre una suscripción general en las iglesias o en otros sitios, y junto a esta otra suscripción particular en los periódicos, con citación expresa de los donantes, ¿por qué esta última recibe siempre muchas más aportaciones? ¿A quién le extrañará esto, si sabe que el mundo prefiere una forma llamativa de ejercitar la caridad, en la cual el nombre propio esté seguro de su recompensa? ¿Merecerá esta beneficencia el nombre de caridad? *Grigorovich* dio a esta pregunta una terrible respuesta titulado a una de sus narraciones "*Acróbatas de la beneficencia*". El juicio es excesivamente duro sin duda. Pero ¿qué significan esas extravagantes formas de beneficencia, grandes conciertos y kermeses, en las cuales las damas que concurren lucen sus encantos y atractivos; fiestas y juegos nocturnos a la luz eléctrica, tómbolas y loterías, bailes en beneficio de los pobres, y espectáculos el Miércoles de Ceniza en favor de los indigentes, de los damnificados por las inundaciones; banquetes en los cuales se come a beneficio de los hambrientos? ¿Qué significa todo esto sino que el mundo arroja con gusto unos céntimos en el cepillo de la caridad para recoger un doblón de placer, de honra...?

Nos dirán que nuestro juicio es excesivamente duro, que también se practica la caridad natural de forma desinteresada: Gracias a Dios, esto último es verdad. Pero ¿no son raros estos ejemplos en el mundo? ¿De dónde, si no, ese inmenso hacer gala, ese trompeteo,

que casi nos recuerda aquel género de caridad que censuraba Jesús en los fariseos? No queremos interpretar esta conducta del mundo como ostentación y jactancia. Aunque no lo sea, prueba desde luego que el mundo mismo se percata de las raras ocasiones que tiene de presentar un caso real de caridad, que brote de motivos mundanos, terrenos y naturales, y no de los motivos cristianos que él tanto menosprecia. Ya se quejaban los antiguos de que las formas más nobles del amor se encontraran tan pocas veces y de que fueran incluso condenadas al desprecio."

Nietzsche asegura: "Amar al hombre por Dios era hasta ahora el sentimiento más elevado que habían alcanzado los hombres. Quien sintió por primera vez que el amor al hombre, no respaldado por una intención santa, era una estupidez y un animalismo más, que la tendencia a este amor humano debía recibir de otra tendencia superior su norma, su hermosura, su granito de sal y su perla de ámbar; quien sintió esto por primera vez, sea quien sea, aunque su lengua tropezase al tratar de expresar esta ternura, ese tal será santo entre nosotros para siempre."

Hilty piensa: "Toda la así llamada filantropía, sin el fundamento de un intenso amor de Dios, es ilusión y engaño. Pues en este caso, o bien se ama sólo a los más atractivos, o bien a aquellos otros por los cuales uno se siente amado, y se está dispuesto siempre, con una rapidez maravillosa, a disminuir o a suprimir del todo ese amor, cuando la condición previa parece haber desaparecido. O la filantropía se convierte en una hermosa palabra para significar una benevolencia universal bastante fría, que más bien es una actitud inofensiva que sienten hasta las fieras satisfechas hacia cuantos seres las rodean, todas las personas de alrededor. Con esta filantropía puede muy bien ocurrir que millones de personas se mueran de hambre material o espiritual, sin que ella se preocupe mayormente o se imponga la menor privación."

Es también verdad lo que advierte *san Francisco de Sales*: "Creemos a veces que a una persona la amamos sólo por Dios, y resulta que la amamos sólo por nosotros mismos. Nos servimos del pretexto de que la amamos por Dios, pero en la realidad la amamos sólo por el consuelo que sacamos de esa amistad. ¿No sientes más satisfacción al encontrar una persona que te quiere mucho, que sigue con docilidad tus consejos y prosigue fielmente por el camino que tú le has trazado, que cuando encuentras otra persona de

espíritu inquieto, irresoluto y débil, y a quien tienes que repetirle mil veces la misma cosa? Seguro que hallarás mas satisfacción en la primera persona; pero entonces no la amas por Dios, pues si así fuera, tendrías que amar más a la última, ya que en ella puedes hacer más por Dios, y tanto la una como la otra pertenecen a Dios. Es verdad que donde veamos más algo divino (es decir, más virtud, pues la virtud es participación de las cualidades divinas) deberíamos mostrar también mayor amor.

Las atenciones y muestras de amistad que ejercitamos contra nuestra inclinación con personas que nos inspiran antipatía tienen mayor valor ante Dios y le resultan mas agradables que las que ejercitamos con agrado e inclinación de nuestros sentidos.

Este obrar contra la propia y natural inclinación no hay que llamarlo ficción ni hipocresía, pues aunque yo esté experimentando sentimientos opuestos, eso es tan sólo en la porción inferior del alma, y en cambio los actos que yo ejercito radican en la razón, que constituye la parte superior de mi alma. Y aunque las personas a quienes yo hago esos obsequios de amor supieran que los hago contra mi inclinación, no podrían sentirse heridas por ello, antes bien, deberían apreciarlos más que si fueran resultado de mi inclinación natural. Pues las inclinaciones, si no las seguimos, no son nada malo, sino un medio de practicar muchas virtudes, y nuestro Señor se complace más cuando le besamos los pies con suma resistencia de nuestra voluntad que cuando lo hacemos con gran consolación. Por eso las personas que carecen de atractivos se pueden considerar dichosas, ya que están ciertas de que las atenciones que tengan con ellas serán mas valiosas, pues serán nacidas del amor de Dios."

2. El santo de la vida diaria sabe interpretar acertadamente las palabras de san Francisco de Sales. En la educación de su amor propio se rige por tres principios.

Ante todo, está persuadido de que el amor propio bien ordenado es una gran virtud, y de que en la tierra no hay amor completamente desinteresado. Tal vez conoce los grados supremos del amor. Y aspira a ellos con la ayuda de la gracia divina; mas no desprecia por eso el amor de concupiscencia, considerado o bien como meta o bien como consecuencia de su lucha y aspiración moral. Muchos hombres apenas pueden lograr

transitoria o definitivamente otro grado de amor. Ya es mucho para ellos, si aman a Dios y guardan sus mandamientos con el fin de ser más ricos, más hombres, más perfectos, más puros y más fuertes. También el santo experimenta que con su entrega a Dios se perfecciona su naturaleza, aunque no pretenda siempre formalmente ese perfeccionamiento. Por eso dice san Francisco de Sales:

“... puesto que está preceptuado, solo puede ser bueno. Estamos obligados a amarnos a nosotros mismos en Dios y según Dios y, por tanto, a desearnos y procurarnos con todas las fuerzas, tanto los bienes naturales como los bienes de la gracia y de la gloria eterna. Así, pues, este amor propio puede ser natural y sobrenatural. Es natural cuando se dirige a bienes naturales, y por eso dice el Apóstol: "Nadie tiene odio a su propia carne" (Ef 2, 30); y este amor, cuando es ordenado, no desagrade a Dios, puesto que el Autor de la naturaleza es tan bueno como el Autor de la gracia. Es sobrenatural el amor propio cuando se dirige a los bienes de la gracia y de la gloria, y este amor se halla tan por encima de todos los demás amores como los bienes de la gracia y de la gloria se elevan sobre los bienes de la naturaleza...

El autentico amor propio, tanto el natural como el amor de esperanza, no se dirige siempre a Dios, pero al menos puede siempre referirse a Dios.

La genuina caridad santa no sólo puede referirse siempre a Dios, sino que siempre se dirige a él, bien sea porque el hombre se ha consagrado plenamente a ese amor o porque lo suscita de nuevo en cada acción.”

Durante su vida terrena, el Señor, en su predicación, a menudo empleaba la motivación de la autorrealización y de la dicha propia. Sabía usar con destreza y eficacia los argumentos de la recompensa, de la recompensa centuplicada, o de la suavidad de su yugo, o de la participación en sus funciones de juez, o de la paz que prometía a los suyos, y con esto despertaba vivamente la aspiración moral de los suyos. Luego, los Apóstoles siguieron, en todo, sus huellas.

Como el hombre es ser creado y finito, no puede encontrar satisfacción en sí mismo, como la encuentra la Santísima Trinidad. Todas las inclinaciones de su ser, de su amor, de su vida, tienden a desarrollarse, a perfeccionarse y alcanzar su felicidad; tienden a su origen, a Dios. Son energías primarias del alma, que desarrollan un fuerte potencial que

impulsa a entregarse a Dios.

El santo de la vida diaria, que siempre tiene sus pies bien puestos en la tierra, sabe aprovechar razonablemente esas energías para su propia formación. En la formación de otras personas sabe aplicarlas conforme a la situación de su alma. Así, pues, siente la verdad de aquella exclamación de san Agustín: "¡Nos hicisteis para ti, Señor, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti!"

Al aplicar estos principios a la vida práctica, no renuncia de antemano ni de forma universal a amar y a ser amado ordenadamente. Primero tiene Dios que indicarle esa renuncia sin dejar lugar a dudas, por las circunstancias o por inspiraciones internas. Es que el Amor eterno orientó la naturaleza humana hacia el amor, e hizo del instinto del amor una inclinación básica de nuestra naturaleza. Esto quieren significar las palabras de san Ambrosio: "Nada hay tan provechoso como ser amado, y nada hay tan infructuoso como querer renunciar al amor." Esto es verdad, mientras Dios no nos manifieste claramente su voluntad en sentido contrario.

Pero el santo de la vida diaria se guarda muy bien de fomentar en sí el ansia de ser amado particularmente por alguna persona, es decir, de ser amado con un amor que claramente aparece falto de la aprobación de Dios, por el estado que se profesa, por las relaciones mutuas, etc. Y en este sentido entiende el consejo que da un maestro de la vida espiritual:

"En primer lugar, no debemos pretender que nadie nos ame con miras puramente humanas y con particular afecto terreno y sensual, ni hacer la menor tentativa por conseguir este empeño; en segundo lugar, no debemos mostrar contento con semejante afecto, sino encontrar desagrado en él, como algo que puede apartarnos de Dios; en tercer lugar, no fomentar ese afecto, sino procurar extinguirlo mostrándose frío y reservado en el trato, evitando todo lo que pueda significar estímulo y reciprocidad, insinuando lo indigno de ese cariño; en cuarto lugar, soportar con gusto la antipatía como tal; en quinto lugar, no hacer nada malo ni menos perfecto por ganarse la simpatía de los hombres, ni omitir ninguna obra buena por el mismo motivo, pisoteando el respeto humano. "Bienaventurados seréis cuando, aborreciéndoos los hombres, os excomulguen y maldigan, y proscriban vuestro nombre como malo por amor del Hijo del hombre. Alegraos en aquel día y regocijaos" (Lc 6, 22 s; Mt 5, 11 s).

De forma más clara y tajante se expresa san Francisco de Sales. El obispo

Camus reúne los principios del Santo Doctor de la Iglesia que atañen a este punto. Escribe así:

"Hay que aborrecer... el amor, a no ser que sea amor en Dios y para Dios, pues: 1º. Grande es el peligro de que la amistad, por más noble y licita que sea en sus principios, degenera en lo peor, y esto es de temer particularmente en personas de diferente sexo. 2º. Pretender ser amado de forma distinta que en Dios es una especie de robo, porque se quita a Dios una parte del corazón de aquellas personas que deseamos nos amen a nosotros y que ni siquiera tienen un corazón suficientemente grande para amar a Dios dignamente, pues Dios es infinitamente mayor que nuestros corazones. 3º. Es herir el celo de Dios, que no permite ningún rival en nuestro corazón, ni está dispuesto a compartirlo con nadie. Su amor quiere o todo o nada. 4º. Es una presunción tonta creer que, por nuestros meritos, tenemos derecho al amor de otra persona."

"¡Oh, qué dichosas son, afirma el santo, las personas que no presentan atractivos para el amor! Pues están seguras de que el amor que se les profesa es un amor noble y elevado, ya que se funda totalmente en Dios!"

Amar con Dios a otra persona, sin que ese amor guarde relación con Dios, aunque no vaya contra la ley divina, significa disminuir en el mismo grado el amor que debemos a Dios, que quiere ser amado de todo corazón.

"¡Oh, Señor, llévanos del mundo o lleva el mundo de nosotros! ¡Arranca nuestro corazón del mundo, o arranca el mundo de nuestro corazón! Todo lo que no es Dios, es nada o muy poco. ¿Por qué otra cosa podemos suspirar en el cielo y en la tierra sino por ti, Dios mío?"

Al mismo tiempo, el santo de la vida diaria se aferra a una ley inmutable: Toda unión espiritual con personas a las que se inclina el afecto natural de nuestro corazón se va traduciendo en una unión más íntima con Aquél de quien la persona amada es débil reflejo y que reúne en sí todas las perfecciones como en un mar, del cual toda criatura que inspira afecto no es más que una pequeña gotita.

El trato externo lo regula por las normas de la delicadeza, de la pureza del espíritu y de la castidad del cuerpo según su estado. Evita las entrevistas y conversaciones que le roban su tiempo y sus energías y que le enervan. Todo lo que estorba o perjudica a su formación, a su labor profesional o a

su progreso en la vida espiritual, lo desecha como vacío del auténtico amor.

Por fin, el santo de la vida diaria no se considera digno de ser amado en ningún caso y está dispuesto a renunciar a serlo, si Dios así lo desea. Esta disposición la conserva también cuando Dios quiere sustraerle todo amor palpable por parte de los hombres, a fin de purificarle y ser el único dueño de todo su ser.

Se prepara a semejantes pruebas luchando intensamente por desasirse de todo amor pecaminoso a las criaturas. San Juan le traza el camino con las siguientes palabras: “No améis al mundo ni a lo que hay en el mundo. Si alguno ama al mundo, no está en él la caridad del Padre. Porque todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y del orgullo de la vida” (1Jn 2, 15-16).

Pero esto no le basta. Tampoco sufre en su corazón ningún amor puramente instintivo ni natural: aunque se trate del amor a sus padres, a sus hermanos, a sus parientes o a sus superiores, subordinados y hermanos o hermanas de religión. La oración diligente y el verdadero conocimiento de sí mismo agudizan su visión para descubrir las más ligeras manifestaciones del egoísmo, que de tantas formas se presenta. Siente que es egoísmo, al practicar obras buenas, buscar menos a Dios y a las cosas divinas y más su propia satisfacción natural. Es egoísmo abusar de su puesto superior para mirar ante todo por sí, descuidando el bien de sus subordinados, o cuando, en el puesto que sea, se busca el propio beneficio con perjuicio del propio.

Ocasiones para luchar contra el egoísmo las encuentra a montones cada día, sobre todo viviendo vida de comunidad. Así pues, hay quienes se buscan el mejor trabajo, el mejor aposento, el mejor sitio, la mejor herramienta, y dejan todo lo peor para los demás. También se incluyen en esta categoría todas las molestias que causamos a los demás por nuestros malos hábitos, por nuestra falta de limpieza y orden. Somos demasiado cómodos para corregirnos de lleno en todas estas cosas y preferimos seguir molestando a los demás.

El santo de la vida diaria busca su grandeza en saber aprovechar todas estas pequeñas oportunidades. Para dominar rápidamente todas las tendencias egoístas de su corazón, practica con diligencia el *agere contra*, soporta de buen agrado y con alegría los pequeños sinsabores que le ocasionan sus prójimos y busca el trato de las personas que le resultan poco simpáticas o le han herido alguna vez.

Pero todo esto no basta de ordinario para hacerle llegar a la meta. Tiene

que intervenir Dios enviándole desengaños. De otra forma no alcanzaría el alma el grado de desprendimiento necesario para entregarse por completo a Dios.

II. El amor natural espiritual

El amor natural se diferencia fácilmente tanto del amor sensitivo como de la caridad sobrenatural. El amor sensitivo se manifiesta como el bullir de un afán ciego del corazón. El amor natural es verdadera virtud, la virtud natural del amor. Él dirige y encauza el instinto ciego por medio de un claro conocimiento y de una firme voluntad. Pero como el fundamento, los motivos y el fin se toman de la naturaleza, por eso hablamos de virtud "natural". La caridad sobrenatural se guía en todo por la fe y la gracia.

1. Acostumbramos a designar con el nombre de natural a todo lo que hacemos con las fuerzas naturales o por motivos naturales. Como y bebo, procuro moverme y poner las condiciones para una buena digestión, procuro alternar el trabajo con el descanso a fin de conservar la salud... Estudio con aplicación para dar un buen examen... En todos estos casos pretendo, por motivos naturales, un fin útil para la naturaleza.

Mi amor para con el prójimo será también natural si lo amo por razones que me sugiera la sola razón, sin ser iluminada por la fe y sin la ayuda sobrenatural de la gracia. Tales razones pueden ser, por ejemplo, cualidades naturales, o ventajas naturales, o algún mal natural.

Las cualidades naturales pueden ser de índole material o espiritual o mixta. Las cualidades materiales son, por ejemplo, un exterior agradable, un rostro de facciones bien proporcionadas, una figura atrayente o hermosos vestidos. Entre las cualidades espirituales contamos el entendimiento claro, la voluntad firme y los nobles sentimientos. Las dotes artísticas, el don de gentes, la simpatía cautivadora, se pueden computar entre las cualidades mixtas.

Las *ventajas naturales*, que son motivo de que se fomente el amor, son de índole muy diversa. Entre ellas está el conseguir un prestigio mayor en la sociedad, o una situación económica desahogada, o acrecentar los propios conocimientos, y otras por el estilo.

Al amor natural se le puede aplicar la frase del Señor: "Si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen esto también los publicanos? Y si saludáis solamente a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen eso también los paganos?" (Mt 5, 46, 47). El amor natural se enseñaba y practicaba por doquier en la antigüedad pagana.

Cuando las naciones cristianas perdieron la caridad sobrenatural, recurrieron de nuevo al amor natural, y procuraron por su medio romper las estrechas fronteras nacionales. Una vez fue la idea de la humanidad universal o la conciencia de la gran unidad de destino, o de la solidaridad en una gran tarea, p. ej., la de transformar la tierra en un paraíso sin dolor; otras veces fueron los derechos universales de la humanidad: la libertad, la igualdad y la fraternidad, los que quisieron unir a todos los pueblos y naciones.

2. El santo de la vida diaria sabe apreciar con recto criterio este amor natural y utilizarlo debidamente.

Ante todo, no menosprecia su fuerza y eficacia transitoria.

Dostoyevski, el gran vate del pueblo ruso, fue condenado a muerte después de un largo encarcelamiento a causa de sus ideas políticas. Cuando ya se hallaba en el lugar de la ejecución, llegó de improviso el indulto. Su biógrafo nos refiere: "Esos instantes que pasó allí dejaron una profunda huella en toda su vida ulterior. Separado ya en su espíritu de todos los vivientes, había visto cernirse sobre su cabeza un inmenso cielo de plomo y, desde lo alto del patíbulo, había contemplado el hervidero negro de gente que se apelotonaba a sus pies. Y a su alma, que ante el umbral de la muerte había arrojado lejos de sí todo temor y todo anhelo, se revelaron los corazones de todos los que estaban allí a sus pies. Leyó en ellos con más profundidad que antes, cuando estaba en medio de ellos. Vio que eran pobres oprimidos, esclavos que palpaban en las tinieblas, pero inocentes en lo más hondo de su corazón, y por eso merecedores de perdón... Cuando bajó del patíbulo, le pareció todo tan insignificante, todo a lo que allá abajo se le da importancia, todo... fuera del amor. Y aunque arrastró después su vida, más de treinta años por la vergüenza, la miseria y el pecado, lo vio siempre todo a través del prisma de aquel cielo plumizo y abrumador, cuya bóveda había gravitado sobre él, cuando veía desde la altura del patíbulo el negro gentío a sus pies. Comprendió de una vez para siempre que todos los hombres sufren..., que todos merecen compasión, y que ninguno puede hacerse indigno del amor. Y así lo anunció durante toda su vida." Y esa vida fue una confirmación incesante de aquellas grandes palabras: "Hermano, no podrás hacer nada para que yo cese de amarte."

Tanto logró la compasión natural en un individuo. Cuando se saben exponer magistralmente a un pueblo los motivos naturales según las leyes de la psicología de las masas y, sobre todo, cuando se sabe ganar como aliadas a las pasiones naturales de un pueblo, y por fin donde las circunstancias han hecho que la caridad sobrenatural quede sin jugo y sin fuerza por la mediocridad y dejadez de los dirigentes, entonces el amor natural puede actuar como fuerza de primer orden.

¿Y se podrá mantener por mucho tiempo el amor a esa altura?

Como el santo de la vida diaria se conoce a sí mismo y conoce la vida, y vive la vida de fe, no ignora lo limitados que son los hombres. Conoce el *egoísmo* innato del corazón humano y las miserias poco atractivas de la *naturaleza humana*.

Ya los antiguos conocían este *egoísmo*. Aunque hombres como Aristóteles y Cicerón alaban, recomiendan y fomentan el amor natural como salvaguarda de los Estados y vínculo de unión entre los hombres, conceden con todo que ese amor, en la vida práctica, resulta imposible a causa del fuerte egoísmo. Mas para ellos el amor al prójimo es una especie de egoísmo. Con más crudeza aún se expresan los filósofos modernos. A la virtud natural la denominan hipocresía y necedad. Están convencidos de que nadie ama a su amigo si no se lo inspira su propio interés. Dice *Nietzsche* sarcásticamente: "Ante Dios somos todos iguales. ¿Ante Dios? Pero ahora ese Dios ha muerto. Y ante la chusma no queremos ser iguales."

El egoísmo recibe un impulso no pequeño de las barreras que levantan entre hombre y hombre el desquiciamiento y la debilidad o el profundo quebrantamiento de la naturaleza, mientras que no intervenga en la vida más que un criterio natural.

El cristianismo sabe la causa y la historia de esa falta de armonía que existe en la naturaleza humana. Antes del pecado original, la vida de la gracia era tan intensa en el hombre que la bestia y el ángel que hay en él se inclinaban sumisos ante el hijo de Dios. Por el pecado rompió el hombre culpablemente la armonía entre el ángel y el hijo de Dios. Y Dios, como castigo, rompió la armonía entre la bestia y el ángel. Con todo, sigue siendo la naturaleza humana, en su estado de caída, un microcosmos, un mundo en pequeño, una síntesis de todos los grados ontológicos y de todas las perfecciones. La vida vegetativa de las plantas, la vida sensitiva de los animales, la vida intelectual de los ángeles, todas ellas se encuentran en él. Es en sentido propio el centro, el rey de toda la creación,

el señor de ella. Por desgracia, arrastró consigo a la maldición divina a todo el mundo visible. Con razón nos habla san Pablo de los gemidos y sollozos de todas las criaturas que acompañan a los suspiros de redención que exhala la naturaleza humana. El Apóstol de las gentes sabe también expresarnos de forma elocuente y conmovedora la honda división que se abrió en el hombre. "No hago el bien que quiero, se lamenta san Pablo, sino el mal que no quiero" (Rom 7, 10).

El cristianismo no creó esa contradicción. Fue consecuencia del pecado original. Por eso los antiguos paganos levantan voces de dolor parecidas a las de san Pablo.

Platón nos habla de dos caballos, enganchados al alma; uno es noble y dócil, el otro tiene mirada fogosa y es terco y astuto. *Jenofonte* admite claramente la existencia de dos almas. Una de ellas tiende al bien y la otra al mal. Esta idea nos recuerda sin querer un verso de *Goethe*: "Dos almas moran, ay, en mi pecho, y la una quiere separarse de la otra". *Aristóteles* confiesa que es algo distinto el modo de pensar y el modo de obrar de una persona. *Epicteto* cree que todo pecado encierra en sí una lucha; es evidente que el culpable no hace lo que debería hacer. Aun el frívolo *Ovidio* confiesa:

"Veo el bien y lo alabo, pero marchó tras el mal."

De forma parecida nos dice *Terencio*:

"Ardo en torpes placeres,
siento náuseas en el corazón y en la garganta,
y, con todo, me precipito
a sabiendas en el abismo."

Eurípides confiesa que nuestras ideas, mejores que las determinaciones de nuestra voluntad, son siempre derrotadas en la lucha, mientras vence la mala voluntad. El cínico *Crates de Tebas* encuentra la culpa de todas nuestras malas acciones en la propensión que sentimos al mal, propensión que se oculta en nuestro interior como granos podridos dentro de una granada.

El cristianismo, con su claro sentido de la realidad, descubrió y lamentó siempre esta escisión de nuestra naturaleza. No raras veces supo hallar expresiones vigorosas de esta realidad. *San Clemente de Alejandría* compara al hombre con un centauro, el ser mitológico que era mitad hombre y mitad bestia. La ruda Edad Media le llama bestia en piel de hombre, y canta: "Yo, bestia y hombre en pellejo humano". Todo lo cual no

impide que el autentico cristiano sienta un profundo respeto ante el hombre, en el cual, a pesar de lo que borró y desfiguró el pecado, todavía se reconoce clara la imagen de Dios, imagen que debe aclararse y embellecerse sin cesar por medio de una seria y constante formación, ayudada por la gracia. Oigamos lo que nos dicen los místicos sobre el arte de domar la naturaleza animal:

"Para debilitar a la carne en esta lucha y conseguir que no venza al espíritu, hay que reprimirla con la cerca de la mortificación y abrumarla para que el espíritu pueda defenderse de ella. Tenemos que luchar dentro de nosotros mismos y dividirnos; debemos aborrecer a la parte más inferior de nosotros, que es la animal, en la cual se ha hundido la naturaleza desde el primer pecado, y que siempre se opone a las virtudes, y querría separarnos de Dios, y debemos perseguirla y castigarla con mortificaciones y con vida austera, para que esté siempre sometida a la razón, y para que la justicia y la pureza del corazón conserven siempre la soberanía en todas las obras virtuosas.

Los sentidos y las facultades animales deben ser siempre siervos y han de trabajar, porque son carne y nacieron de carne; en cambio el espíritu nació de Dios, Dios es su patria, es decir, que el espíritu fue creado inmediatamente por Dios y a su imagen y semejanza. Quien sirve a los sentidos es como aquel que abandona a su íntimo amigo y sirve a su enemigo declarado; pues, como queda dicho, todo lo que es sensual es enemigo del alma. Más aún, la carne es el enemigo más próximo que el hombre pueda tener, porque la tiene dentro de sí a todas horas. Es, pues, justo que el alma que sirva a tal enemigo reciba de él recompensa de enemigo, es decir, la muerte eterna. Y así le sucedió a Eva. Como vio que la manzana era apetitosa, la deseó y comió de ella sirviendo con ello a su sensualidad, y recibió la muerte como recompensa. Lo mismo sucede a todos los que viven para sus sentidos.

El alma, por su nobleza y elevación natural, tiene la prerrogativa de que el cuerpo ha de seguirla, pues es justo y equitativo que el inferior siga y obedezca al superior y que lo más elevado subyugue a lo inferior.

Ven, pues, en ayuda de la noble alma, que tantas veces se ve forzada a combatir con el espíritu, a fin de que pueda vencer al cuerpo. Has de hacer que el cuerpo se someta al alma con todas

las cosas, vencíéndole en todo, para que el cuerpo no te impida realizar nada que sea voluntad de Dios. Y así los santos sabían dominar su cuerpo y le habían acostumbrado a que se dispusiera en seguida cuando el espíritu quería alguna cosa, como si dijera: "quiero estar contigo antes que tú".

Al margen de la Iglesia, ha ido creciendo un humanismo que empezó por divinizar al hombre y terminó en una horrible depreciación del mismo. Voy a recoger tan sólo algunos hechos de la historia ideológica de los últimos siglos.

El 13 de febrero de 1870, el barón *Karl von Rolitansky*, consejero contersano de su Majestad Imperial, profesor de Universidad y presidente de la Academia de Viena, declaraba ante un círculo de personas eruditas: *Diis extinctis successit humanitas*" (Solamente desechando lo divino puede prosperar la humanidad).

Y la humanidad prosperó hasta divinizar al hombre. No hay más que un Dios, dicen, y es el espíritu humano. Y no hay más que una manifestación de Dios, y es la cultura y la historia de la humanidad. Quien llega a olvidarse tanto de sus fuerzas y de su dignidad, que pide ayuda a Dios o le da gracias por su auxilio, ese tal es un salvaje o un hombre a medio civilizar. Después que la humanidad fue el nuevo ídolo del hombre, es natural que el hombre "divinizado" se dictara leyes a sí mismo.

Leopold Schafer celebra:

"De la crisálida de los antiguos
se ha elevado un noble espíritu,
un nuevo hombre-dios ha revivido,
que por sí mismo puede ser, y será
lo que apenas aquellos adorarán en los dioses."

Un nuevo ideal brilla en el horizonte. Tiene diversos nombres, pero se asemeja en todos sus detalles a la torre de Babel. Unas veces se llama titanismo; otras veces, genio, y otras, como en Carlyle, heroísmo. Es evidente que para los titanes no existe Dios ni el pecado, ni el Redentor, ni Cristo.

¿Y cuáles han sido las consecuencias de esta divinización del hombre? Sus mismos partidarios no se cansan de expresar su horror ante la caricatura del hombre. Por una parte, nos aseguran que un hombre que profesa alguna religión en el sentido hasta ahora corriente, tiene más perturbado el cerebro que un mastín o que un potro en el campo. Ya es

hora, pues, prosiguen, de extinguir esa epidemia del espíritu, no por la violencia, sino por medio de una nueva educación totalmente distinta de la antigua. Basta hacer que el hombre se percate de la verdad de su absoluto poder y señorío, y entonces la antigua religión se disparará por sí misma (Bebel). Otros, siguiendo a *Schopenhauer*, quieren hacer de la maldad radical del hombre el eje de toda su ética, y consideran con su maestro que todo contacto con el hombre deja contaminado. Otros opinan con *Charron* que, para hacer entrar en razón e iluminar al hombre necio, es necesario tratarle como a un animal salvaje, infundirle asombro y pavor, o cegarle y dejarle amedrentado con el brillo de la autoridad. *Montaigne*, discípulo de Charron, va más lejos aún. Según él, nunca podremos despreciar al hombre como se merece. Sólo nuestra necedad y nuestro terco orgullo pudieron inspirarnos la idea de que somos superiores a los animales, mientras que éstos nos pagan tal vez con la misma moneda. *Mefistófeles* acusa al hombre ante el Creador, en el "Fausto" de Goethe:

"Viviría un poco mejor,
si no le hubieras dado el resplandor de la luz del cielo;
lo llama razón, y lo utiliza tan sólo
para ser más bestial que las mismas bestias."

Comprendemos ahora la inscripción que se lee en Paris, en una lapida del cementerio para los animales: "Cuanto más se conoce a los hombres, más se quiere a los animales."

Era, sin duda, un buen conocedor de la historia y de los hombres el que escribió: "El humanismo sin la religión degenera en brutalidad." Y señala también el eslabón final de esta evolución: "La brutalidad se convierte en bestialidad." La historia del mundo puede referirnos ejemplos bien aleccionadores. Un filósofo de la historia sintetiza el resultado de sus estudios en estas palabras:

"El hombre puede ver en Nerón la vileza de que es capaz la naturaleza humana. Este tirano encarnaba de tal suerte la índole del pueblo romano, siendo por ello tan popular, que los romanos no quisieron creer en su muerte y aguardaban siempre su retorno, llegando hasta a desearlo con impaciencia. Tres impostores se atrevieron a hacerse pasar por él, y persistía tanto entre la gente el ansia de que volviera, que aun entre los cristianos, que esperaban la pronta aparición del Anticristo, muchos pensaban que éste podría ser Nerón, en su próxima reaparición. De la misma forma se engañaron los romanos con la muerte de Calígula y Domiciano.

Todos los excesos de crueldad y de libertinaje, con que estos monstruos habían deshonrado al nombre humano, no bastaron para arrebatarnos el afecto del pueblo; antes bien, la humanidad siguió mostrándonos simpatía hasta después de su muerte.

Un ejemplo parecido nos lo ofrece la historia de Rusia. Precisamente por sus terribles crueldades, parece que Iván el Terrible se ha convertido en el ídolo de la nación. Hizo degollar en pocas semanas a 60.000 personas, y esto infundió al pueblo ruso un profundo respeto por su persona. Aún hoy día es objeto de veneración entre ellos.

Y, sin embargo, no tenemos derecho, ¡válgame Dios!, a despreciar por esto a los antiguos o a los bárbaros nórdicos. ¡Los profesores de estética de nuestros días enseñan a los deseosos de saber que acuden a ellos para formarse el gusto, que un Catilina, un Macbeth, una Medea, deben ser considerados como glorias del género humano! ¡Cuánto ha de envilecerse un hombre para convertirse en un Danton, un Marat, un Collot d'Herbois! ¡Cuánto debe envilecerse la humanidad para inclinarse silenciosa ante tales verdugos bajo la impresión del terror y del respeto! Sin embargo, las dos cosas se conciben. Pero, ¿qué pensar, cuando una mujer: "George Sand" (seudónimo de la escritora francesa baronesa de Dudevant), no habiendo vivido aquellas atrocidades, escriba, con calma y reflexión, en la soledad tranquila de su cámara, que Robespierre y Saint-Just fueron de los hombres más grandes de la historia, y llegue hasta proponerlos como auténticas deidades a la veneración de todo el linaje humano? También Buchez venera sinceramente a los "virtuosos jacobinos", y no encuentra entre Robespierre, Marat y Fenelon ninguna diferencia sino, a la sumo, la de que al primero, la compasión por las desgracias de su pueblo (por cuyo verdadero interés perpetró sus crímenes) le habían endurecido un poco el corazón.

Por desgracia, tales aberraciones no son casos aislados. Cunde como una epidemia el ansia de rehabilitar a los monstruos de la historia. Adolf Stehr se propuso disipar "las calumnias" de Tácito y "canonizar" a un Tiberio y a una Agripina; y ha encontrado quien le siga en esta tarea. Casi se podría creer que Nerón se había convertido en el personaje favorito de nuestro tiempo. Desde que Jerónimo Cardano cantó sus loores, se han interesado vivamente por él, en Alemania, Reinhold; en Francia, Latour de Saint-Ybars, Dubois-Guchan y otros, y han "probado" que Nerón fue una excelente persona llena de nobleza. Fourier descubrió que fue más

útil para la humanidad que Fenelon, pues dice (expresando una idea que veremos se ha convertido en convicción general de nuestros días) que cuanto mayor es la pasión, tanto más ventajosas son para la humanidad sus consecuencias. Al decir esto expresaba los sentimientos de la mayoría de los franceses, como es fácil verlo por la decisión que éstos tomaron de celebrar el centenario de la Revolución. Se diría que Francia no había tenido más hombres grandes que aquellos guillotinales; tanto se les ensalzaba y tan poca mención se hacía de otros. A la vista de tales fenómenos, no es injusto afirmar que la colectividad es tan mala como los peores de sus miembros, y que la humanidad tiene culpa, y no pequeña, de los crímenes de los individuos."

El santo de la vida diaria no se deja extraviar ni en su criterio ni en su conducta, por semejantes o parecidos criterios de la humanidad en general y de los hombres en particular, aunque los encuentre en el círculo más inmediato de sus relaciones. No obstante, cree en la bondad natural del hombre, y sabe descubrirla a través de todo el lodo y de toda la fealdad que la recubra. Y la mayor defensa contra los accesos que le impulsan a despreciar a los hombres, la encuentra en la visión cristiana del mundo, que le presenta siempre al hombre en su relación sobrenatural con Dios, y mantiene así viva su caridad. *No conoce un amor del prójimo, pura y exclusivamente natural.* La caridad natural hay que "bautizarla" siempre. No perjudicará ese bautismo al verdadero amor natural del prójimo. Nuestro amor es a menudo muy débil y enfermizo, porque es muy poco sobrenatural. Nos dejamos llevar demasiado por motivos naturales. Vale, pues, la pena acudir a los doctores, y aprender de ellos el verdadero y genuino amor del prójimo.

Estamos agradecidos al *obispo Camus* por habernos sintetizado maravillosamente el pensamiento de san Francisco de Sales a este respecto. Dice así:

"La caridad sobrenatural, que el Espíritu Santo infunde en nuestros corazones, hace que amemos a Dios por amor puro del mismo, con amor de amistad; y que amemos al prójimo, también con amor de amistad, pero ordenado a Dios; porque así quiere Dios que amemos al prójimo; y así le gusta, y así se honra en ese amor al prójimo que orientamos a él.

Eso se llama amar al prójimo en Dios y por Dios. En tal amor no se busca el propio provecho, sino el del prójimo, y este únicamente en orden a Dios.

Este amor es muy raro; pues todos buscan su propio interés, no el de Jesucristo ni el del prójimo (Flp 2, 4).

Los actos de caridad que ejercitamos por Dios con nuestros prójimos, son, como dice nuestro santo, los actos más perfectos, porque se ordenan derechamente a Dios; pero los servicios y ayudas que prestamos a otras personas a quienes amamos por la inclinación que sentimos hacia ellas, son mucho menos meritorias a causa de la gran complacencia de nosotros mismos con que las realizamos, y porque los hacemos de ordinario por este motivo, y no por amor de Dios.

Cuando amamos al prójimo en Dios y por Dios, no por eso le amamos menos, sino al contrario, le amamos mucho más y con mayor perfección, porque la ordenación a Dios hace que nuestra amistad, de puramente natural, se convierta en sobrenatural, de amistad humana en amistad divina, y de amistad temporal en eterna. Por eso dice nuestro santo que las amistades naturales no pueden durar, porque dependen de una causa muy frágil, y así basta que se interponga algo para enfriarlas y extinguirlas. Pero esto no puede ocurrir en aquellas otras que están fundadas en Dios, porque su causa es permanente e inmutable."

A este propósito dice en otra ocasión: "Todos los demás vínculos que unen los corazones, son de vidrio y porcelana; pero los de la santa caridad son de oro y diamante."

Santa Catalina de Sena puso esta comparación: "Si cogéis un vaso, dice, y sin retirarlo del chorro de la fuente, bebéis por él, el vaso nunca se agotará. Pero retiradlo del agua y veréis cómo se vacía en cuanto bebáis. Así sucede con las amistades. Mientras no se las retira de su fuente, no se agotan nunca."

"Hay que ver al prójimo, dice nuestro santo, dentro del pecho del Redentor. Quien le mire fuera del mismo, corre gran riesgo de no amarle pura ni estable ni uniformemente. Pero allí, en el pecho del Señor, ¿quién no le va a amar, quién no va a sufrir sus imperfecciones, quién va a encontrarle molesto y pesado? Esa persona está dentro del pecho del Redentor, y se encuentra allí

como hijo muy amado, y digno de tal cariño que el amante desfallece de amor por él”.

"Verdaderamente, concluye el santo, cualquier amor, distinto de éste, o no es amor o no merece el nombre de amor, o es que este amor es infinitamente más que amor."

Con más claridad aún, se expresa un filósofo-moralista de nuestra época: "El verdadero amor natural ama también a Dios en el hombre. Si no tendiera mediatamente a Dios a través del hombre, si su amor no se compaginara con el amor de Dios, entonces ese amor no sería bueno ni siquiera naturalmente. El amor natural a las criaturas busca su término primero en las obras y en los dones de Dios que hay en la criatura, y se dirige después mediatamente a Dios. En cambio, el amor sobrenatural no se contenta con tener presente a Dios en todo servicio que presta a su prójimo, pretendiendo con él servirle mediatamente. Su índole esencial consiste más bien en tender inmediatamente a Dios, y desde allí dar participación a la criatura por amor suyo. La caridad cristiana no se limita a ver en el hombre la obra ni la imagen natural de Dios, sino que reconoce en él un efluvio de la misma bondad y amor divinos; le ama como imagen perfecta de las perfecciones divinas, como vaso en que Dios ha derramado su amor, y en el cual se complace y es glorificado.

Así, pues, la caridad sobrenatural no es otra cosa que el amor a Dios mismo. En el fondo no es necesario que exista un mandamiento especial, que nos ordene amar sobrenaturalmente al prójimo, porque, sin dicho amor, el amor a Dios sería imperfecto. Sin él, sería engaño querer persuadirnos de que amamos a Dios. Y donde hay verdadero amor de Dios, hay también por fuerza amor al prójimo. Hemos recibido de Dios el precepto de amarle, y de que, si le amamos a él, amemos también al prójimo.

Por consiguiente, si uno quiere examinar si ama a Dios, que vea si ama al prójimo. Y si quiere probar la autenticidad de su amor a los hombres, mire si ese amor brota del amor a Dios, es decir: si ama a Dios con mayor pureza, fervor, intensidad, desde que incluye también a la criatura en este amor, o si en su amor a los hombres encuentra estorbo para amar a Dios.

Sólo del amor de Dios puede el amor cristiano a los hombres sacar toda su energía y su misma vida. Y sólo el amor de Dios le confiere

aquella fuerza insuperable y divina que tanto necesita para vencer las pasiones, para superar los respetos humanos, y para elevarse a tales alturas y producir tales efectos, de los que es totalmente incapaz el amor natural.

A la caridad sobrenatural se le exige mucho más que a una virtud puramente humana. Ella debe esforzarse por cumplir con sus obligaciones, aunque se presenten dificultades, que el común sentir de los hombres juzga suficientes, para creerse dispensado de sus deberes.

Es aleccionador en este punto un dicho de Aquel que nos enseñó el amor y que lo sembró en nuestra alma: "Si amáis tan solo a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen esto mismo los gentiles? Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen, orad por los que os persiguen y calumnian, para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos."

Vemos, pues, con toda claridad que para amar se necesita una gran energía. No es grande ni meritorio sacar una chispita de amor de nuestro corazón, cuando la propia inclinación y las cualidades ajenas nos fuerzan a ello. Habría primero que investigar si esa chispa era amor verdadero. Desde luego, mientras no seamos capaces de aguantar de corazón al prójimo con todas sus imperfecciones y todas sus cualidades desagradables, no podemos lisonjearnos de que nuestro amor sea fuerte; antes bien, deberíamos estar temerosos, pues todas las cosas que servirían para robustecerlo y purificarlo, sirven para debilitarlo... o para destruirlo. Sólo cuando el amor ha probado que sabe vencer, sufrir y sacrificarse, entonces es fuerte y auténtico. Pues no hace falta discurrir mucho para comprender que el aguante es una fuerte virtud.

¡Cuánto se engañan, por tanto, aquellos a quienes la palabra amor no les sugiere más que gozo y pasividad! ¿Es tan sólo el amor un sentimiento pasivo? ¿Consiste, pues, el amor en recibir algo agradable de los demás, y no, mas bien, en hacer bien a los demás?

El amor es una virtud, y ha de demostrarlo con hechos virtuosos que pidan violencia y sacrificio al corazón y a la voluntad. Las obras grandes del amor no son posibles sin un desprendimiento grande de sí mismo, digo más: sin sacrificio total de sí mismo.

Sin sacrificio y sin abnegación no es concebible el amor. Debemos ser capaces de amar aun a aquellas personas que nos resultan desagradables, a fin de agradar a Dios, y darle así pruebas de que le amamos de veras. El amor debe hacer que nos resulte más fácil sacrificar por los demás todo lo que nos es querido, que ver que otros lo sacrifican y se desprenden de todo por nosotros. El amor debe ponernos en la situación habitual de mirar con respeto, no sólo de tolerar, las opiniones y juicios ajenos, aun cuando sean diversos de los nuestros; y de respetar igualmente las convicciones de los demás, y sus modos de pensar, de expresarse, de vivir, que a nosotros nos resulten antipáticos, mientras todo ello sea compatible con la verdad y con nuestra conciencia. El amor verdadero se siente infeliz cuando no puede ser útil, remediar, consolar, prodigar. Su ojo es más perspicaz para el dolor y la miseria ajena, que la vista de la persona que no tiene amor lo es para descubrir las flaquezas del prójimo. Su corazón es tan tierno y compasivo para el sufrimiento ajeno como la persona más sensible lo es para el propio. Su mano cubre las miserias de los demás con tal miramiento que la persona herida o avergonzada no podrá desear mayor indulgencia. Mientras el "hombre de honor" jamás hace nada sin que antes quede bien claro quién es el que "debe" extender primero la mano para la reconciliación, quién "debe" saludar y ceder primero, hasta qué punto "debe" extender su indulgencia, cuántas veces "deberá" perdonar; el amor se ofrece a sí mismo como precio de la reconciliación, y ¡todo pasó!

Y no piensa que con todo esto hace algo de particular. Antes bien, dice: "Siervos inútiles somos; hicimos simplemente lo que debimos."

Por todas estas razones, el santo de la vida diaria ama al prójimo por Dios y por Cristo. Entrega al prójimo su amor, por Dios, y esto de dos maneras. La primera porque las perfecciones de Dios se reflejan en él, y es por tanto imagen de Dios. Las cualidades brillantes y elevadas que en él encuentra, no le atraen tanto por sí mismas, como por ser imagen y reflejo del mismo Dios. Y ama también al prójimo porque Dios lo quiere, y porque Dios es glorificado así.

Cristo, igual que en toda la vida del santo, desempeña un papel importante en su amor al prójimo. El santo de la vida diaria conoce la palabra del Señor: "Quien cumple la voluntad de mi Padre, ése es mi hermano y mi hermana" (Mt 12, 50). "Lo que hicisteis con alguno de estos mis más pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis" (Mat 25, 40). "El que acogiere a

un niño tal en nombre mío, a mí me acoge" (Mt 18, 5). En una palabra: vive las grandes verdades de la filiación divina y de la incorporación a Cristo. Por eso se alegra de servir a Cristo en el prójimo. Su mayor anhelo sería "lavarle los pies" incesantemente en los prójimos, realizando en favor de ellos los servicios más humillantes. Puede confesar con el *Padre Eberschweiler*:

"Para ser cariñoso y amable, para amar de corazón y con sinceridad a una persona, ya no necesito tener largo trato con ella. ¿Por qué no? Porque con la gracia, Dios mío, veo y tengo presente en todas las personas aquello que las hace más amables a ti, Dios mío, que moras en los tuyos, y eso aunque sea la primera vez que me encuentro con ellos... Estos motivos son permanentes, y por eso el amor será también firme, aunque un trato más cercano revele los defectos de esas personas."

Bien realice obras de caridad corporales o espirituales, y aunque sea engañado en ellas, sirve siempre con alegría al Señor en los pobres y necesitados. Siente predilección especial por los pobres forzosos. Con melancolía advierte los sacrificios heroicos que, por motivos naturales, se llevan a cabo en muchas partes para desterrar la pobreza. Y esto le confirma en la convicción de que el futuro de la Iglesia y de la sociedad cristiana depende en alto grado del *cultivo del ideal cristiano de pobreza*. Sabe que será siempre verdadera la palabra del Maestro, que dijo: "Siempre tendréis pobres con vosotros", pero la conducta de los demás le avergüenza. Como ve en la pobreza forzosa un gran peligro para la salvación del alma, la combate, donde es capaz, procurando trabajo y jornal. Al mismo tiempo se esfuerza, si pertenece al estado clerical, por ser fiel al espíritu de su voto de pobreza aun a costa de grandes sacrificios, y en circunstancias que significan para él un total riesgo económico. Y así refuta la acusación que lanzan algunos contra la pobreza de las órdenes religiosas diciendo que es "una forma especialmente refinada de riqueza, consistente en no ser propietarios de bienes materiales, pero siempre con la seguridad de no pasar necesidades ni incomodidades". Con su pobreza voluntaria, ayuda tanto a los acomodados como a los desposeídos de la fortuna, a comprender el pequeño valor de todos los bienes materiales.

Y en todas las circunstancias, bien sea seglar, sacerdote o religioso, procura que se vuelva a estimar y a tratar a los pobres como los más valiosos tesoros y joyas de la Iglesia. En ellos ama y sirve a Cristo. Y, aparte de otras razones, ¿no habrá siempre pobres entre nosotros para que demostremos la autenticidad de nuestro amor a Cristo? En la Iglesia

primitiva, los pobres vivían de la Mesa del Señor, del Altar. Los dones se dejaban encima del altar, que representaba a Cristo. Por tanto, se le daban a Cristo, y de Cristo los recibían los pobres. En todo ello se acentuó el carácter de ayuda y servicio personal a los necesitados. De este servicio personal no cabía redimirse pagando una contribución pecuniaria.

El santo de la vida diaria no da sólo de lo que le sobra, sino también a costa de grandes sacrificios personales. Todo lo suyo, lo considera propiedad de Cristo, y se esfuerza sinceramente en compartirlo con sus miembros. A los oídos modernos les parece muy duras las palabras que dijo a este propósito san Juan Crisóstomo. Pero el santo de la vida diaria las toma como norma. Donde el gran Doctor de la Iglesia usa la palabra "Cristo", podríamos nosotros sustituirla por "cristianos". San Juan Crisóstomo escribía a los ricos:

Tú comes hasta saciarte: Cristo no comía siquiera lo conveniente. Tú comes dulces diversos; él no tenía siquiera pan seco. Tú bebes vino de Tarso, y cuando él tiene sed, no le das ni un vaso de agua fresca. Tú descansas en lecho de blandas y bonitas alfombras; él se muere de frío. Y, aunque tus festines no merezcan el reproche de organizarse con dinero injusto, sin embargo merecen censura, porque sobrepasas en todo la justa medida; y a Cristo no le das siquiera lo que necesita, y además te regalas con sus bienes. Si fueras el tutor de un niño, y te aprovecharas de sus bienes en vez de cuidárselos, aunque él padeciera necesidad extrema, entonces se presentarían miles de acusadores contra ti, y tú serías castigado por las leyes. Y ahora que estás sustrayendo los bienes de Cristo, y dilapidándolos tan sin tino, ¿crees tú que vas a pasar sin castigo?

No digo esto por los que traen a sus banquetes a mujeres públicas (a éstos no me refiero, como no me refiero a los perros); no hablo tampoco de los ricos injustos, que llenan vientres ajenos, porque tampoco quiero ver nada con ellos (como no quiero nada con lobos y jabalíes); hablo más bien a los que disfrutan de sus propios bienes, pero no los reparten con otros, sino que dilapidan para sí mismos la herencia paterna. Tampoco estos carecen de culpa. O dime: Tú, sí, tú, ¿quieres escapar de las acusaciones y amenazas, cuando el gorrión que come en tu mesa y tu perro comen hasta saciarse, y no juzgas a Cristo merecedor siquiera de lo que les das a ellos; cuando pagas espléndidamente a un bufón, y a Cristo no le das la más mínima parte? El bufón se marcha con rica recompensa, porque ha hecho reír un poco; y Cristo, en cambio, que nos enseñó cosas, sin

cuyo conocimiento no seríamos distintos de los perros, no recibe siquiera lo mismo que aquel. ¿Te estremeces por estas palabras? Pues tiembla también por tus hechos. Echa de tu mesa a los gorriones, y toma a Cristo por comensal. Si le haces participar de tu mesa, será contigo juez benigno; él sabe apreciar muy bien (la honra) de ser invitado a tu mesa.

ANEXO II

EDUCACIÓN DEL AMOR INSTINTIVO

En nuestra esfera instintiva y también en la espiritual, el pecado original ha dejado su huella. De allí que sea necesario encauzar y purificar estas esferas del amor, para que no se desvirtúen.

¿Cuáles son estos desvíos? Ya se los he dado a entender. Se dan cuando el amor instintivo se separa del amor natural-espiritual y sobrenatural, pero también, y esto debo acentuarlo, cuando el amor sobrenatural se separa del amor espiritual-natural e instintivo.

Podrán darse cuenta de que todo lo que les digo desemboca en el tema del organismo. Aunque no siempre estoy usando la expresión «organismo», en último término todo lo que les digo se refiere a este pensamiento. Allí donde hablamos de la originalidad de nuestra comunidad de educación y nombrábamos como su primera característica que ella está construida orgánicamente, pude exponerles en detalle de qué manera la palabra *orgánico* es una característica, un distintivo y una palabra mágica para nosotros: lo mismo ocurre aquí. ¿Dónde está pues, el desvío? ¿Dónde empieza el desvío? Empieza en donde separamos este triple amor.

Ahora debo hablarles rápidamente, primero, sobre el amor instintivo separado del amor sobrenatural. Al decir algo sobre la fuerza del amor instintivo y repetir lo que san Agustín dice sobre el amor en general, ello vale también del amor instintivo. Claro que con una cierta restricción: *ama et tunc fac quod vis*. Ama y después haz lo que quieras. Si yo verdaderamente amo instintivamente, encontraré en muchos casos con seguridad y correctamente qué hacer, sin necesitar explicar los principios ni conocerlos. Pero debo agregar que el amor instintivo separado del amor sobrenatural es un fuego que actúa en forma devastadora y que, de hecho, puede ser, a la larga, devastador.

Expondré una serie de pensamientos:

El puro amor instintivo, primero, nos hace a la larga quedar *sin fuerzas*. ¿Qué significa esto? Educar de verdad y no jugar, no divertirse con el séquito. ¿Qué significa eso? Hacer todo para que sea algo recio, elevándonos a una altura moral-religiosa. El amor

instintivo no tiene fuerzas para esto, y esto porque no está bautizado, y por eso no dura mucho.

El amor instintivo no tiene fuerzas suficientes.

En segundo lugar, se puede agregar que, a la larga, **este amor también no tiene un objetivo claro**. Con esto se quiere decir que el amor instintivo no pocas veces está curiosamente concentrado en un solo objeto muy concreto. Podría poner como ejemplo una niña o un joven de tal o cual edad; pensando qué es lo que mueve mi amor instintivo. Encontraré que puede ser algo de su cuerpo lo que en cierta manera me despierta. Y si no encuentro esto, si no tengo ante mí un joven de esa edad y con esa figura, entonces cesa el amor. Por esto, pues, sin un objetivo.

Y además de esto, **en tercer lugar**, (*el amor instintivo es un amor tremendamente vacilante*) y el amor pedagógico verdadero debe tener fuerza, tender a un fin. Debe poder salir adelante en el sufrimiento y en la cruz, de cualquier tipo que éstas sean; él mismo debe dejarse crucificar por amor. Es vacilante. ¿Por qué? Porque el éxito y el fracaso dictan la simpatía.

Y por último, **en cuarto lugar**, lo que es lo peor, este amor instintivo, de cuño exclusivamente instintivo, **es enfermizamente apegado al yo**, y por eso constituye la sentencia de muerte para cualquier tipo de educación. Centrado en el yo, y este apego al yo tiene las siguientes características:

- a. **No conoce la ley del traspaso orgánico**. Por ningún motivo puede conocerlas, pues apenas el yo es sacado del centro, el amor instintivo empieza a sentirse insatisfecho. El amor instintivo es siempre egoísta, quiere tener el objeto para sí. Entonces yo ya no vivo para el tú, sino que quiero tener al tú exclusivamente para mí.
- b. Un amor instintivo así, posesionado por el yo, **se encuentra, mañana o pasado mañana, en peligro de desatar y hacer correr las más bajas fuentes de la sexualidad, del sexualismo**. Esto se hace doblemente difícil cuando se está mucho tiempo corporalmente cerca, como, por ejemplo, cuando se realiza un viaje. Por esto hay que poner mucho cuidado en domar con el tiempo a este amor instintivo, en ir, con el tiempo, perfeccionándolo, bautizándolo.

Podríamos quedarnos largamente en esto. Tenía la intención de mostrarles el amor instintivo en sus variantes, lo que ya no es posible. Podemos hacerlo más adelante. Piensen en todo lo que hemos dicho en otras ocasiones sobre la posición infantilista ante la vida; todo esto pertenece al amor instintivo. Puede agregarse que hay toda una serie de grados en esta posición infantilista frente a la vida o apego al yo, que va desde el egoísmo hasta la histeria.

¿Cómo es la personalidad del educador que tiende a la histeria? Como les he dicho, era mi intención introducirlos más detalladamente en este mundo, mostrarles también toda la vida del alma enfermiza, destacando lo que la psicología y la psiquiatría moderna enseñan al respecto, y también la psicoterapia. Pero lo dejaremos para más tarde. Sin embargo, mientras tanto queremos elaborar un poco los pensamientos que hemos escuchado.

Está aquí, ante nosotros, toda una serie de otras preguntas pedagógicas esenciales y que necesitan una respuesta.

Por ejemplo, ¿de dónde viene que me abra tan poco a los valores ajenos? Lo cual vale especialmente cuando estoy en comunidad. ¿De dónde viene el que yo haya perdido la conciencia de mí mismo? ¡Cuántas personas han perdido la conciencia de sí mismos! ¿De dónde viene eso? Que exista una disminución de la conciencia de sí mismo hasta la pérdida de ésta y, por otra parte, que ésta se expanda hasta la adoración del yo. ¿De dónde viene esto? Está todo relacionado con la concepción y manipulación errónea de lo que llamamos amor instintivo.

Si bien existen desviaciones en el plano de las fuerzas instintivas del amor, también se dan desviaciones en la vivencia del amor sobrenatural. La exagerada y unilateral acentuación de lo sobrenatural o religioso, desemboca también en desviaciones que pueden obstaculizar grandemente la labor pedagógica.

Tenemos así lo que sucede cuando recorremos caminos en los que nuestro amor se desarrolla puramente como un amor instintivo. Ahora debo decirles, y esto a primera vista les parecerá curioso, que también hay otra desviación.

Esta se da cuando nuestro amor conscientemente quiere realizarse y permanecer puramente en la esfera sobrenatural. Un amor pura y exclusivamente sobrenatural, que por eso no capta al hombre total (...)

Amor sobrenatural ... Muchos nobles hombres han pasado por sobre el amor natural e instintivo. Dios los ha protegido, porque afuera era muy grande el peligro de que este amor se escurriera y se agotara, y por esto les regaló un extraordinario amor sobrenatural. Un amor sobrenatural a él y un amor sobrenatural también a las almas. Pero, **aquí viene el gran peligro. Sepan que cuando este amor permanece constantemente sólo en la esfera sobrenatural y no busca una complementación en el amor natural e instintivo, a la larga se acalambra, no puede eludir un acalambramiento que lo deforma.**

En ese caso, toda la personalidad pierde su aroma, pierde su autenticidad, su sencillez, se distancia de todo lo cercano, del misterio de la personalidad. Cuando el hombre solamente vive en una gran lejanía, vive ideológicamente en lo puramente sobrenatural, por un tiempo esto atrae, pero, a la larga, especialmente cuando se le ve más de cerca, esto significa acalambramiento sobre acalambramiento y, por eso, quiebre sobre quiebre de la personalidad. **Más aún, me atrevería a decir que una sobrenaturalidad demasiado fuertemente cultivada, no sólo lleva al acalambramiento sino que, tarde o temprano, encierra en sí el peligro de que experimentemos una caída de Icaro; es decir, que caigamos desde las más grandes alturas hasta la más baja sensualidad.**

Estos mundos que describimos deben ser vistos, valorados y meditados. Resumiendo, ¿dónde están los desvíos del amor pedagógico? Principalmente, repito, en la separación del amor natural, instintivo y sobrenatural.

El P. Kentenich da ahora algunas indicaciones prácticas en el sentido de lo expuesto:

Pienso que ustedes mismos podrían dar la respuesta. ¿Qué caminos debemos seguir?

- Primero, debemos cuidar que nuestro amor natural-espiritual llegue a hacerse más sobrenatural.
- Segundo, debemos cuidar que nuestro amor sobrenatural llegue a ser más instintivo y más natural-espiritual.

¿Qué caminos debemos seguir en concreto? En primer lugar, si mi amor es demasiado instintivo, ¿qué debo hacer? Dejemos por ahora de lado el paso intermedio del amor natural-espiritual.

¿Qué debo hacer para que mi amor instintivo, primitivo, ciego, llegue a ser más sobrenatural?... Debo cuidar que yo vea a las personas en relación con la realidad sobrenatural... Se trata del mundo de la filialidad, del mundo de la membralidad en Cristo, del mundo de la plenitud del Espíritu Santo, en fin, de todo el mundo sobrenatural. Si no estoy en casa en este mundo, si no me motivo por la lectura y por el estímulo mutuo, entonces nunca obtendré como fruto un amor pedagógico sano y orgánico (...)

Debemos volver a elaborar todo el mundo de la realidad sobrenatural, de tal manera que lleguemos a estar en casa en una forma concreta y viva en él. Y luego que veamos este mundo en la persona que tenemos ante nosotros. Entonces podremos constatar cómo superamos esa apatía que sentimos frente a otras personas; entonces podremos ver cómo se une al amor instintivo la extraordinaria fuerza del amor sobrenatural. Sólo así tendremos un verdadero educador, contaremos con un amor pedagógico orgánico. De otro modo todo es sólo una obra fragmentaria.

En el caso contrario, ustedes me dirán: Para mí el caso es otro. Yo poseo un amor virginal, estoy lejano a la vida y constantemente camino en otras regiones: “mi Dios y mi todo”, ... “soy tan sobrenatural”... Tienen razón: no es tan fácil que un amor unilateralmente sobrenatural llegue a ser un amor instintivo

En primer lugar, gracias a Dios, no existen tantas personas que no posean alguna disposición en este sentido. **Existen, por cierto, personas que son muy poco receptivas para el amor instintivo. Pienso que, a la larga, no serán fecundas en la educación. Tenemos que romper con el impersonalismo.** (...)

Nosotros «idealistas» (en el sentido del idealismo filosófico), poseemos una orientación tan racionalista, que somos inhumanos en el trato con los demás. Y mientras yo sea inhumano y vea sólo las ideas, puede ser que entusiasme ocasionalmente, especialmente a los jóvenes que todavía están en medio de la lucha... **Pero, a la larga, a este impersonalismo le falta calidez. Tenemos que dar el golpe de gracia al impersonalismo en nosotros.** Habría que decir, incluso, que no es un amor sobrenatural el que tenemos, sino un amor a la idea: amo la idea que me he forjado del otro, pero no amo la persona misma. No la amo tampoco sobrenaturalmente. A lo sumo, llego a amar una idea

sobrenatural. **Esta es la tragedia, ésta es la lucha que siempre emprendemos en este lugar: la lucha por vencer el mecanicismo y la mentalidad separatista.**

Una vez más, ¿qué puedo hacer de mi parte para lograr que mi amor sobrenatural sea más instintivo, más natural?

La respuesta es: debo abrirme más a los valores naturales. Debo dejar actuar en mí la otra persona como persona, y debo alegrarme si se despierta en mí un sano amor instintivo. Por cierto, también hay que rezar en esa dirección.

Lo mismo vale si se trata del amor natural-espiritual. Debo dejar actuar en mí los valores naturales del tú. Ahora bien, si ustedes me preguntan qué es mejor, si el camino del amor natural al sobrenatural, o del sobrenatural al natural, entonces esa pregunta me sobrepasa. Es difícil decirlo.

En todo caso una cosa debemos lograr con el tiempo: que nuestro amor pedagógico, si quiere ser origen de una actividad creadora, si quiere lograr una transmisión de vida, entonces tiene que unir ambas cosas: una singular lejanía y una singular cercanía. Esto es, psicológicamente considerado, el secreto del educador. El une a su cercanía una lejanía, y a la lejanía, una cercanía. Quien no logra esto, es sólo un obrero y permanecerá siendo un obrero en el campo de la educación.

Estos han sido sólo, a pasos aceleradísimos, algunos pensamientos que merecerían una consideración más profunda y detallada.

ANEXO III

NOTA SOBRE LAS VIVENCIAS

La naturaleza de las vivencias

Dado la importancia que revisten para el P. Kentenich las vivencias en el proceso pedagógico, parece adecuado adentrarse en este tema, buscando aclarar en la naturaleza de las vivencias.

Un ejemplo nos allanará el camino.

¿Por qué hay personas que poseen una dificultad y rechazo instintivo ante cualquier autoridad? ¿Por qué su reacción primaria es de temor, de no querer acatar lo que esa autoridad ordena, o simplemente de rebelión?

Lo que normalmente sucede es que esa persona, en su infancia, sufrió experiencias traumáticas de autoridad, porque quizás su padre fue autoritario, injusto; usó de la violencia o no se preocupó para nada de ella... Esa vivencia de la autoridad paterna la deja marcado para toda su vida. Posteriormente, en forma espontánea, cuando encuentre una autoridad, brotará de su interior un rechazo instintivo; presentará reacciones que, como dice el adagio, muestran que está “sangrando por la herida”... Es decir, la reacción no se explica por la realidad concreta que está viviendo esa persona, sino por un impulso que nace a partir de una esfera psíquica profunda e inconsciente.

Es decir, proyecta la vivencia negativa que tal vez hace meses o años late en su afectividad, ante una persona que quizás es una excelente autoridad y frente a la cual no tendría por qué reaccionarse de esta forma. Pero no es por esa autoridad que está reaccionando así sino que es una repercusión de las vivencias tenidas, quizás en la niñez.

Así como hay experiencias negativas, también las hay positivas que nos marcan interiormente, más allá de lo intelectual o volitivo, más allá de lo instintivo. Nos marcan desde dentro, desde el alma, positivamente frente a algo.

Si alguien ha tenido una experiencia positiva de un padre que lo amaba, que lo cuidaba, que lo apoyaba, que le dejaba libertad, que lo respetaba, etc., esa persona cuenta con una predisposición positiva en el futuro, frente a toda autoridad.

Esto repercute hondamente en relación a la recepción de las verdades de la fe. Si una persona ha tenido vivencias positivas de paternidad y ha

podido entregar a su padre un cálido afecto filial, entonces, cuando se le anuncia que tenemos un Dios que es Padre, lo recibe gozosamente: está predispuesto a entregarle en forma “natural” su filialidad: cree y se confía en él. Cree de corazón que Dios es Padre, que somos hermanos, que la Iglesia es un familia, que tenemos una madre, etc.

Si las experiencias tenidas son negativas, esas verdades de la fe le resbalarán o, quizás, las captará en forma intelectual, podrá entender racionalmente lo que se le presenta, pero su corazón no lo siente.

Carácter pasivo de las vivencias

Las vivencias poseen un carácter marcadamente pasivo: se padecen, se experimentan. Son fruto de la experiencia de un determinado hecho, de algo que acontece, en un lugar, en un tiempo y espacio concreto, donde normalmente intervienen personas.

La vivencia se produce cuando el sujeto “vive” ese acontecimiento y este lo impacta interiormente, en su afectividad profunda, sea conscientemente o quizás esa vivencia se aloje directamente en su inconsciente (la persona “es vivida” por el acontecimiento).

El educando, en este caso, es pasivo, a diferencia de cuando él realiza actos en el sentido de la autoformación, es decir, cuando busca perfeccionar y fortalecer conscientemente su personalidad.

En castellano a menudo usamos la palabra experiencia y vivencia como sinónimos. El idioma alemán es más preciso en este sentido. Habla de *Erlebnis*, vivencia, y de *Erfahrung*, experiencia.

Para ser más exactos, tendríamos que hablar de una experiencia en sentido amplio y de experiencia en sentido estricto, o de una experiencia vital o vivencial, lo cual corresponde a lo que entendemos por vivencia.

Alguien puede tener simplemente una experiencia: por más intensa que esta sea, sin embargo, a veces no penetra ni toca las zonas profundas de su alma.

Una persona puede tener una experiencia, por ejemplo, cuando presencia un accidente, donde hay destrozos, heridos y muertos, pero únicamente toma nota de ello. Tal vez pueda relatarlo con detalles si se le hace una entrevista. Sin embargo, ese acontecimiento no la conmovió personalmente. En este caso no hablamos de una vivencia, sino solo de una experiencia.

Pero, puede ser que otra persona presencie el mismo hecho, y ello cambie su vida. Al ver lo que pasó, piense que él podría haber sido uno de esos heridos o de quienes fallecieron. El acontecimiento entonces toca lo más profundo de su ser, el sentido de su existencia, y se siente movido a cambiar el rumbo de su vida. Se trata, entonces, porque se tocaron las fibras más profundas de su ser, de una vivencia: todo su ser está entonces tocado y comprometido: el consciente y el inconsciente, lo racional, lo instintivo y el inconsciente.

Por último, observamos que hay vivencias que pasan directamente al inconsciente, sin que lo registremos conscientemente. Sabemos que existen porque las personas actúan y tienen reacciones que no se explican por lo que está viviendo en el momento sino que se remiten a vivencias pasadas que las marcaron y dejaron en ella determinadas predisposiciones, prejuicios o reacciones espontáneas. Estas no se explican por lo que se vive en el momento.

Una imagen puede graficarlo: contemplamos un lago que parece exteriormente calmo y apacible, pero de pronto afloran en la superficie peces que nadaban en la profundidad de sus aguas. No se estaba consciente de su existencia, pero era muy real. .

Resumiendo: **la vivencia genera una predisposición psíquica permanente, que se produce por la experiencia de un acontecimiento que cala en la afectividad profunda**, tocando algo que es particularmente importante para la persona, por ejemplo, el valor de la fidelidad, la verdad, la amistad, el sentido de la vida, etc., realidades que afectan todas las esferas de la persona: el consciente, su voluntad y sus afectos.

Esa vivencia sigue actuando en la persona, porque la ha predispuesto en una determinada dirección: en su pensamiento, en su voluntad y en su afectividad. Si esa vivencia la marca negativamente, se genera en ella una predisposición negativa que afectará mañana su modo de pensar, de querer y de sentir.

Algo análogo sucede con las vivencias positivas: crean una predisposición, ayudan a pensar y mueven a actuar y tomar decisiones correctas, imprimen en la efectividad impulsos ordenados.

Impactos emotivos y vivencias

Es importante no confundir vivencias con lo que hoy día se da, por ejemplo, en los eventos masivos. Son entretenciones, golpes emocionales, que captan preponderantemente los sentidos, lo sensorial: el color, el sonido, el

juego de luces, etc. Todo eso hace que la persona salga de sí misma. La persona está entretenida, embelesada, remecida, se siente pletórica como bajo el efecto de una droga. Pero, una vez que pasa el evento, queda vacía o físicamente agotada.

Los espectáculos televisivos, la comunicación de shock, los impactos, estimulan lo sensorial, lo sensitivo. Mientras duren tales estímulos, estas esferas están activadas. Se trata de una emocionalidad, que no está especialmente ligada ni unida a un conocimiento ni a una decisión por un bien.

La vida afectiva no se ha extinguido del todo. Sin embargo, el hombre moderno no es, en muchos casos, sino un ovillo de sentimientos. Donde hay sentimientos, estos no maduran, no se integran en el afecto maduro. Los sentimientos no son profundos ni durables, no son cálidos y cambian muy rápidamente. Por una parte, la razón y la voluntad no pueden depurar sanamente los impulsos de los sentimientos; y por otra parte, los sentimientos no pueden captar satisfactoriamente la razón ni la voluntad. El afecto no puede remontarse.

Así como el racionalismo reduce el mundo a las ideas, el voluntarismo, a las decisiones de la voluntad, el emocionalismo reduce el mundo a los sentidos, a los sentimientos, a lo que se siente, a lo agradable, lo atractivo o impactante. Todo esto está prácticamente desconectado del pensar y del querer.

La *vivencia*, en cambio, no ha de entenderse como esa emocionalidad o captación puramente sensorial o emocional. Como se dijo, una vivencia se da cuando un acontecimiento lleva a la persona a captar experiencialmente un valor que se hace presente “gráficamente” en lo que sucede; por ejemplo, el valor de la generosidad, del heroísmo, de la solidaridad, etc. Porque esos valores son importantes para el sujeto, ese hecho lo conmueve interiormente, capta todo su ser, integralmente.

La experiencia del impacto emocional, en cambio, pasa, queda solo como un recuerdo, pero sin que ello modifique nuestra vida o permanezca en nosotros como una predisposición en relación a lo vivenciado.

En torno a esto, se juega la capacidad del educador de cultivar el sentido por la interioridad en los suyos. Hoy vivimos inmersos en el mundo de la exterioridad, de la emotividad y sensorialidad. Desconocemos el significado de la contemplación de la naturaleza, de las personas, de los acontecimientos. Hoy se pasa de una cosa a otra, en un perpetuo activismo. Ni las verdades, ni las personas, ni los acontecimientos logran

echar raíces en nuestro interior. El hijo de nuestro tiempo normalmente desconoce lo que significa tener un mundo interior, detenerse para internalizar y elaborar interiormente lo que vive o las verdades que se le presentan. Una persona exteriorizada que carece de la capacidad de vivenciar, ignora la profundidad de su propio corazón.

El educador tiene, por eso, la tarea no fácil de ir fomentando en los suyos el cultivo de la interioridad, el valor del detenerse y elaborar interiormente lo que reciben.

ANEXO IV

LA VIVENCIA DEL PADRE

Para completar estas reflexiones, ofrecemos algo que para el Padre Kentenich constituye una clara prioridad pedagógica, especialmente en el contexto de la pedagogía de vinculaciones y de la vivencia del hogar. Se trata de la vivencia del padre en la familia natural y en aquellos que desempeñan un papel paternal, como camino hacia una profunda vivencia de Dios Padre. El P. Kentenich acentúa la necesidad de la conquista de una nueva imagen, actitud, sentir y actuar del padre, debido a que hoy no se aborda mayormente esta temática. Con ello no deja de lado, por cierto, lo que significa la imagen de la mujer y la maternidad tanto en el plano natural como sobrenatural. En otros lugares se refiere ampliamente a ello.

Cristo vino a revelarnos al Padre. Su *Buena Nueva* es que tenemos un padre y que estamos llamados a ser sus hijos en él. Cristo es el camino hacia el Padre.

De aquí que el Señor plantea como condición ineludible el ser como los niños para entrar en el Reino de Dios. Él es el Hijo y nos regala su espíritu, el Espíritu Santo, que nos hace hijos, de modo que ya no somos forasteros ni extraños sino familiares de Dios **(Cf san Pablo)**.

Estas verdades podemos comprenderlas en la fe, racionalmente, y tratar de vivirlas en la realidad de nuestro quehacer cotidiano. Sin embargo, cada vez podemos constatar que al hombre actual le resulta tremendamente difícil, psicológicamente hablando, ser y comportarse como un niño ante Dios.

Las vivencias en el orden natural, lo hemos explicado, condicionan las que se dan en el orden sobrenatural. Si no contamos con vivencias de paternidad y de filialidad en el plano natural, será muy difícil que la persona se sienta niño ante Dios. Ya, en general, actualmente está muy lejos de Dios, más todavía de un Dios que es Padre.

En su escrito *“Mi Filosofía de la Educación”*, refiriéndose a la actitud fundamental del educador, la paternidad, explica el P. Kentenich:

A la larga, sólo puede llegar a ser padre, en el pleno sentido de la palabra, aquél que posee, en forma permanente, una relación vital de hijo ante el Padre Dios. Pero casi siempre tales experiencias de filialidad sobrenatural suponen vivencias semejantes en el plano natural o en relación a transparentes terrenos de Dios. Según la ley

de la transmisión de sentimientos una experiencia negativa de padre en relación al transparente terreno, condiciona fundamentalmente la relación con Dios. Hay derecho a afirmar que tiempos sin padre son tiempos sin Dios. Es casi necesario que tales tiempos estén condenados a engendrar en gran escala ateos de todo tipo. Al revés, también vale la afirmación de que tiempos plenos de paternidad son tiempos plenos y poseídos de Dios.

“Tiempos sin padre son tiempos sin Dios”. Esto lo estamos viviendo hoy más que nunca. ¿Cómo lograr que un tiempo marcadamente materialista indiferente ante Dios, pueda llegar a sentir lo nuevamente cercano, más todavía, como nuestro Padre, poderoso y lleno de amor. Este proceso no se da sin que haya un serio esfuerzo pedagógico capaz de educar padres de familia y educadores paternales, que sean en Cristo Jesús imagen y camino hacia el padre; que sean capaces de despertar una auténtica y sana actitud filial, que llegue a ser posteriormente el puente psicológico para entregarse como un niño al padre Dios. Sin duda que esto no excluye, por de pronto, la acción del Espíritu Santo, o la cercanía y meditación de la Palabra de Dios. Todo ello también está en juego, pero no producen los frutos esperados si no promedia el proceso pedagógico señalado.

Si mantenemos estas referencias ante nuestra mirada, comparándolas con la posición que ocupa el padre en la cultura moderna, no es difícil aceptar la importante aseveración: la tragedia del tiempo actual es, en el fondo, la tragedia del padre.

En forma creciente vivimos y nos movemos en un tiempo sin padre. El padre se convierte cada vez más en una figura trágica en la literatura y en la vida. Basta recordar la frecuencia con que las revistas cómicas se ocupan de él y las caricaturas suyas que muestra continuamente la televisión. Tanto en uno como en otro caso, se muestra una imagen desfigurada de lo que es la auténtica paternidad y el ser padre. Se lo ve, es cierto, bien intencionado, pero no pasa de ser un torpe personaje que ha fallado totalmente en el ejercicio de su autoridad paternal como instancia decisiva en la vida familiar. Es tomado a burla y, en el mejor de los casos, es objeto de compasión para la mujer y el hijo, especialmente para las hijas mayores. (*Mi Filosofía de la Educación*)

A esto se agrega la deformación tradicional, especialmente en el ámbito latinoamericano, pero también en muchos lugares del mundo, del

machismo. Más todavía de todo lo que está ligado al autoritarismo y paternalismo en la cultura pasada y actual.²⁵

De este modo podemos comprender, explica el P. Kentenich, por qué la preocupación por hacer nacer de nuevo al padre, constituye una de las tareas más centrales de toda la educación.

Ciertamente existen muchas otras inquietudes tocantes a la formación y educación del varón. Todas ellas -a veces más, a veces menos- tienen su importancia. Por eso, no queremos dejar de verlas ni tampoco eliminarlas. Pensemos, por ejemplo, en la cuestión muy actual de la formación de adultos o en las exigencias que plantea el apostolado de los laicos. Préstese, además, atención al hecho de que en toda la Iglesia se buscan varones que lleguen a ser apóstoles. El Papa y los Obispos aprovechan toda ocasión propicia para poner esto de relieve. Recuérdese la clara misión del varón en la actualidad, que radica en dar espíritu, ordenar y acomodar su tarea o su trabajo - que constituye buena parte del mundo técnico de hoy- a la escala de valores objetiva querida por Dios. No olvidemos, finalmente, que la salvación del orden social cristiano en disolución y el cambio profundo de la orientación política dependen, con urgencia, de la acción de verdaderos hombres. Así podría continuar y señalar una tarea tras otra que hoy en día se exigen del hombre. Sin embargo, cada vez debería añadir: todo esto -y muchas otras cosas- es urgentemente necesario y conveniente... pero no es lo que debe ser considerado en primer lugar.

En primer lugar, está correctamente entendido hacer nacer de nuevo al padre, o, dicho en otras palabras, la múltiple y enérgica reanimación de una nueva imagen del padre, tal como lo exige el tiempo actual según el querer de Dios. El clamor que se levanta por educadores educados, equivale al clamor por padres auténticos y educados.

²⁵ Puede verse al respecto el ensayo del P. Hernán Alessandri *Padre en un Mundo sin Padres*, y el libro *Ser padre hoy*, publicado en Editorial Nueva Patris.